

hombre adonde está ese niño, para que podais devolvérselo á su madre.

Tranquilo se levantó: un solo pensamiento le habia decidido; él se habia dicho: A nadie espongo mas que á mí.

Un instante despues, montaba á la gru-

pa con Vicente Tarquino, y con ellos la última cabalgata salió aquella noche de la posada de la *Urraca*, despues de tantas otras, hácia el noble castillo de la Marche.

FIN DEL PRIMER TOMO Y DE LA PRIMERA PARTE.

# FRAY TRANQUILO,

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR PAUL FEVAL,

Y TRADUCIDA

PARA EL FOLLETIN DE LAS NOVEDADES.

TOMO SEGUNDO.

MADRID.—1860.

IMPRESA DE LAS NOVEDADES, A CARGO DE J. TRUJILLO,  
en el Barco, número 2.

5

# FRAY TRANQUILO,

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR PAUL FEVAL,

Y TRADUCIDA

PARA EL FOLLETIN DE LAS NOVEDADES.

~~~~~  
TOMO SEGUNDO.  
~~~~~

**MADRID.—1860.**

IMPRESA DE [LAS NOVEDADES], A CARGO DE J. TRUJILLO,  
calle del Barco, número 2.

## SEGUNDA PARTE.

I.

### LA TOILETTE DEL SEÑOR DE GRAVILLE.

Maese Annibal Cola era compatriota y aun algo pariente del señor Vicente Tarquino, el espadachín que hacia sonetos y mataba á golpe seguro, con su famoso bote napolitano. Pero así como este valiente Tarquino seguía el oficio de las armas, el otro se había dedicado á las artes de la paz.

Los dos salieron juntos del hermoso país de Nápoles: Vicente con su puñal, Annibal con su estuche de afeitarse; el primero había conseguido trocar su puñal por una espada; el segundo, no había sido menos afortunado, puesto que desempeñaba actualmente el empleo de rapista y bañero del señor conde de la Marche.

Todos habrán encontrado alguna vez en su vida alguna de esas respetables figuras de charlatanes italianos; toda la her-

mosura varonil en su mas alto grado de esplendor, sirviendo de envoltura á un alma de cortesano.

Este pueblo ha conservado la mas hermosa forma de nariz que haya en el mundo; esto les sirve de mucho. La Europa moderna está plagada de bribones que llevan apellidos en *a ó en o*, que son hombres políticos, taurés ó profesores de idiomas, los cuales, al primer aspecto, parecen ciudadanos muy dignos y hombres muy formales.

Guardaos de esas narices, que eran la admiración de la antigüedad: á falta de las virtudes romanas, los italianos contemporáneos han conservado la nariz de Scipion Násica, y de tantos otros republicanos magnánimos.

Annibal Cola era uno de estos bellos petardistas: formal, grave, manifestando en su semblante tanta dignidad, como bajezuela había en su alma.

Tenia este perillan una barba de grau pontífice; una mirada severa á la par que dulce; una estatura hermosa, magníficas proporciones y una voz varonil y sonora. El señor Olivier de Graville, conde de la Marche, le pagaba muy sabido salario; pero no era caro, porque en toda Italia, tan fecunda en bribones, no se hubiera encontrado otro de aspecto mas noble.

Parece escusado decir que Maese Annibal

bal Cola, barbero y camarero, era también cirujano-dentista y envenenador de oficio.

Gracias á él, el señor Olivier, aunque ya rayano á los cincuenta, parecía aun un joven de treinta años.

No había ni una arruga en su frente, ni un pelo blanco en su hermosa cabellera negra, ni en su barba, suave y brillante como la seda; estaba ágil, ligero, en medianas carnes, y el tinte de su rostro y cutis finos y frescos como el de una mujer hermosa.

Todo esto lo debía á que el maestro Annibal Cola, su rapista y camarero, conocía los cosméticos secretos de Oriente y sabía preparar misturas muy preferibles al agua pura de Juvencio.

Sobre todo había inventado un baño que titulaba con el nombre mitológico de *baño de Ganímedes*, que tenía la virtud de rejuvenecer ó quitar de encima diez años cada vez que de él se hacía uso.

Pero este uso estaba reservado á muy pocos, porque el baño benéfico costaba un ojo de la cara. Maese Annibal lo preparaba con mucha anticipación y aparatosos misterios: se procuraba de antemano flores machos de álamo, leche de ovejas primizas y polen de énebro, emblema de vigor. Cuando tenía reunidos estos ingredientes principales, sacaba una onza de sangre á un toro negro, que no servía para otra cosa, y dividía en cuatro cuartos una paloma enteramente blanca, y luego se encerraba con mucho misterio durante veinticuatro horas seguidas.

Se había hablado ya dos ó tres veces de quemarle como hechicero, como si no hubiera sido bastante echarlo á puntapiés de Francia como á un estafador charlatan. Mas el crédito del señor Olivier de Gravelle le había escudado siempre, y se le atribuía haber preparado un *baño de Ganímedes* para la mujer sexagenaria del presidente de la Tourneille.

Mucho más que esto y más grave, se decía; pero por mucho que fuese, nunca sería todo lo que decirse pudiera.

En el arco de esos italianos hay sien-

pre ciertas cuerdas que no se pueden tocar ni aun con espinzas.

La piscina del conde de la Marche era un inmenso salón adornado al gusto árabe, cuyo modelo se había traído de Oriente. En efecto, es proverbial la magnificencia de los sectarios del Koran para todo lo que se refiere á las abluciones secretas.

El centro lo ocupaban tres piscinas principales de púrpura encarnado, que se llenaban por cañerías revestidas de jaspe. Calefactores invisibles llevaban su calor por aberturas enmascaradas con arte, sosteniendo una temperatura agradable; otras bocas cubiertas por planchas taladradas, por agujeros capilares, daban paso á ténues hilos de humo azulado que se perdían formando espirales graciosas en la pintada bóveda, y llevaban los aromas de la mirra jopea, del incienso de Arabia, del aloes africano y del sándalo purpúreo que dá la Ambrosía.

Estos perfumes se exhalaban en seguida por respiraderos que conservaban á aquella atmósfera la frescura y la pureza convenientes.

Los muros revestidos de mármoles de mil colores formaban de arriba abajo una variedad deslumbrante de mosaicos primorosos, cuyo brillo era moderado por la media luz que penetraba al través de vidrieras de colores formando arabescos caprichosos.

Este refinamiento es desconocido en nuestros tiempos, y solo conocemos por pálidas descripciones el lujo maravilloso de los baños de la edad media, que escedía al de las termas del bajo imperio.

Si fuésemos á detenernos en pormenores, si fuese nuestro objeto describir minuciosamente, lo que nos sería muy fácil, todos los refinamientos de aquella molición bárbara que sumergía en un mar de delicias á los guerreros habituados á las rudas fatigas de la guerra y al crujido de las pesadas armaduras de hierro, se nos acusaría indudablemente de exageración y aun del prurito de invenciones fantásticas á

que son tan dados los novelistas de todos tiempos.

Nuestros oídos están tan acostumbrados á oír, que en punto á lujo, ninguna edad ha escedido á la nuestra; que nadie puede creer, ni quiere convencerse de que ya no se conoce el lujo, que ha desaparecido ya hace mucho tiempo.

El mundo ha nacido en Oriente, y la Biblia está ahí para decirnos á qué grado de magnificencia había llegado en Oriente. El mundo ha sido griego: la Grecia tenía el lujo de Pericles y el lujo de Alcibiades. El mundo ha sido romano, y nosotros conocemos ya el lujo gastronómico de Lúculo, el lujo sangriento de Tiberio, el lujo estravagante de Nerón y de Heliogábalo. El mundo ha sido francés, y el mundo tenía entonces el lujo noble y encantador de la caballería andante, la isla de Arnica y sus jardines, el palacio de Renaud, el lujo de nuestros poetas. Mas el mundo es inglés, es decir, mercader, es decir, miserable: el mundo no conoce ya el lujo; no aspira más que á lo cómodo y á lo positivo.

El lujo de hoy es una cosa inglesa, puramente mercantil, horrible y pesada, hecha para enmascarar las partidas supuestas y calentar los pies hinchados de la bancarrota.

Nos limitaremos, pues, á decir para acomodarnos á la credulidad escrupulosa de nuestros días, que el salón de baños del palacio de la Marche, era mas grandioso y bonito que el de nuestros baños chinos.

Mientras que Mme. Blanca de Armagnac se hacía disfrazar de reina de Saba en la posada de la Pavot, el señor Olivier de Gravelle, conde de la Marche, estaba ya hacía mucho tiempo en sus preparativos de tocador. Y no hay que tomarlo á burla, la toilette del señor conde era cosa mucho mas complicada é importante que la de una dama por remilgada y exigente que se la quiera suponer. Para eso tenía, no solamente á su pontífice Annibal Cola, sus pajes, sus ugieres de guarda-

ropa y sus camareros ó chambelanes, sino que también sus dos fornidas y bellas mozas de piel bronceada, á quienes podríamos llamar con mucha propiedad sus camaristas.

Y no se crea que esto fuese un capricho estravagante del elegante caballero: pues en Italia, sobre todo, era una cosa admitida y corriente el servicio de las mujeres en el guarda-ropa masculino, y Maese Annibal, superintendente de lo interior en el palacio de la Marche, no había hecho mas que imitar en la casa de su señor los buenos usos de su país.

El agua caliente corría por los tubos de jaspe: los perfumes subían y se perdían en la bóveda: los bañeros de Oriente ocupaban su puesto, así como aquellas hermosas jóvenes de mirada salvaje que sabían amasar con arte las carnes y devolver á los músculos endurecidos ó cansados la movilidad, morvidez y frescura de la juventud.

Medio tendido en una butaca y con un espejito de luna veneciana en la mano, el elegante Olivier de Gravelle se dejaba arreglar la cabeza por Maese Annibal Cola, asistido por dos artistas subalternos.

Maese Annibal en traje de gala, con su birrete calado como doctor que era, y con su toga magistral, recorría uno á uno los cabellos de su señor mientras que los ayudantes hacían el mismo oficio en la barba.

—Me he visto ayer una cana, decía con aire sombrío Olivier de Gravelle; estoy seguro de ello, maese Annibal, y ya sabeis nuestros tratos. Esa cana se ha anticipado en cinco años á vuestras cuentas, porque en la pascua de Pentecostés del año 85, me asegurásteis mi cabellera para dos lustros completos, de los cuales hasta ahora solo ha pasado uno.

Yo he garantido la cabellera de mi noble señor, contestó con mucha gravedad el napolitano, pero no sus ojos... Se cree ver algunas veces lo que se teme, y mi señor teme mucho la vista del primer hilo de plata en su magnífica cabellera y la primer arruga en su noble frente.

Yo, que no temo nada, añadió con mucha prosopopeya, porque conozco, todo el poder de mi ciencia, ando buscando esa imaginaria cana, y no puedo dar con ella.

La cana estaba en una diminuta pinza de oro que el italiano tenía desearadamente entre el dedo índice y el pulgar de la mano izquierda. El poder de su ciencia consistía en desplumar al señor conde de la Marche con tanta destreza, que este poderoso señor no lo sentía.

No pretendemos nosotros rebajar el mérito de este arte, que otros habían inventado mucho antes que viniese al mundo el maestro Annibal Cola.

El conde levantó el espejo á la altura de su frente, y se puso á examinar con todo cuidado el bucle donde antes brillaba la desdichada cana.

—No la veo ya, murmuró. ¡Este diablo de hombre me hará creer en la magia!

—No quiero mas, señor, sino que tengais confianza en vuestro servidor, repuso el napolitano con unción, y no temas las injurias del tiempo que pasará sobre vuestra frente preservada, como el agua de la lluvia corre sobre la frente de mármol de las estatuas.

Hizo en seguida una seña: uno de los bañeros tocó á un boton de cristal fijo en el mosaico de la pared, y el tuvo principal de jaspe empezó á vomitar en el instante torrentes de un líquido blanquecino, del que se exhalaban densos y soporíferos vapores.

Un olor penetrante llenó toda la sala. Era el baño de Ganimedes, que llegaba á la piscina. Cuatro lacayos se agarraron á la pesada butaca donde yacía, mas que estaba sentado el señor Olivier de Graville, y le arrastraron hasta el pilón del pórfido, donde los bañeros se apoderaron de su persona.

Annibal Cola se tomó la pena de pronunciar sobre el agua humeante unas palabras de muy grande virtud, en un lenguaje que nadie comprendió, y que nosotros creemos no entendiésemos mejor el que las pronunciaba.

En seguida fué sumergido el señor conde en las aguas regeneradoras, donde se le tuvo por espacio de diez á doce minutos.

Es de presumir que hub'era en el baño de Ganimedes algo mas que sangre de toro, caldo de paloma blanca, leche de ovejas primerizas, flores machos de álamo en infusión y polva vigorizante de acedro, porque el señor conde cayó casi inmediatamente en un sueño letárgico. Lo que ello fuera no lo sabemos nosotros; ese era precisamente el secreto. ¡Ah! si poseyéramos nosotros el secreto de la opiata maravillosa, con cuyo auxilio maese Annibal, en menos de un cuarto de hora, rejuveneció diez años nada menos á los caballeros y también á las damas de su tiempo, regalaríamos nuestra pluma á un pobre, y nos meteríamos á capitalistas!

La sangre subía al rostro del señor Olivier de Graville: las venas de su cuello se hinchaban bajo la acción de los vapores embriagadores que le envolvían. A una nueva seña del maestro Annibal, se hizo sentir á lo alto un ligero ruido, y empezó á caer una lluvia fina y helada, que impactó la cabeza abrasada del conde de la Marche. Su frente se inclinó, y mientras que el aromático líquido corría á lo largo de sus cabellos para verterse sobre sus e páldas, su rostro manifestaba una expresión indubitable de voluptuosidad indefinible.

Era esta la seña: Annibal Cola le hizo entonces algunos pases bien marcados con ambas manos, primero sobre la cabeza; y en seguida por toda la parte anterior, como ahora hacen los magnetizadores; y empezó á oírse una dulcísima armonía tras los mármoles del artesonado.

En cuanto fueron pasados los doce minutos, los bañeros cogieron al conde á fuerza de brazos; lo suspendieron sin que diera seña de vida, y le sumergieron una sola vez en la otra piscina llena de agua fría y acidulada.

El conde despertó y se puso en pié; los bañeros le friccionaron en forma con guantes de lana de perro, segun las instruccio-

nes de maese Annibal, y en seguida el conde se dirigió por su pié á un suntuoso lecho, donde las dos hermosas jóvenes del Oriente hicieron crujir uno á uno sus músculos y le amasaron, segun arte.

Cuando despues de acabada la operación, se puso el conde en pié, decía sentir duplicada su vitalidad y encontrarse fuerte, ágil y dispuesto para todo como en los mejores días de su juventud.

La tarea de maese Annibal no habia concluido, pero debia preceder algo todavía á la última mano que debiera dar á la cabellera y á la barba de su señor.

Una puerta de dos hojas se abrió de par en par, dejando ver el suntuoso tocador donde el señor Olivier de Graville pasaba una parte de sus días borrando de los años los indelebles rastros.

Vamos, hijos míos, dijo mientras se echaba sobre los hombros el manto ó peñador de lana fina y dulce; hoy es el día de echar el resto. Quiero presentarme á mi dama mas hermoso que Antinoo, mas bello que Narciso, mas interesante que París, amante de Elena, que mereció por su hermosura los favores de la misma Venus... Ya sabéis que nadie tiene que entrar aquí, y si hubiese alguno tan importuno y osado que lo intentase, echadlo á empellones, aunque viniese de parte del mismo rey.

Apenas habia acabado de decir esto, cuando dos ó tres golpes discretos se dejaron oír en la puerta del gabinete del tocador.

Un camarero se lanza apresurado para despedir al importuno.

El señor conde estaba ya en mano de los artistas encargados de hacerle mas hermoso que Antinoo, que Narciso, y que París.

—Es de toda necesidad que vea á nuestro amo, y al instante, dijo la voz del reciénvenido que parlamentaba con los ugieres.

—¡Al diablo! dijo Graville con enojo; si es para asuntos de importancia, que

vuelva dentro de ocho días, cuando se hayan concluido las fiestas.

—Decid á moaseñor, insistió la voz, que si no le hablo ahora mismo, podrian fracasar sus mas importantes proyectos.

Graville dirigió una lánguida mirada al espejo que tenia delante.

—El proyecto mas importante para mí ahora es cautivar el corazón de la sin par madama Blanca de Armagnac.

Los ugieres respondieron que las órdenes del conde eran tan terminantes, que no podían de ningún modo pasarle recado siquiera; y se pudo juzgar por el acento del recién llegado que levantaba la voz por tercera vez, que se empleaba la fuerza para hacerle desalojar el puesto.

—Decidle al menos de mi parte, exclamó el importuno ya desanimado, que es su leal servidor Vicente Tarquino, que viene para un asunto de vida ó muerte para todos.

Graville oyó estas últimas palabras, y se echó á reír.

—¡Qué simpleza! exclamó; ¡pues no cree franquear mis puertas con palabrotas, cuando le bastaría decir lo que quiere para ser introducido.

—Se me habia olvidado, ¡voto á Sanes! que tenia que venir mi trovador y cronista; y en verdad que he hecho muy mal, porque una fiesta que no tuviera su historiador, seria incompleta y manca. ¡Hacedlo entrar! que pase, porque de casa es en toda la estension de la palabra, Vicente Tarquino, el fiel paisano y pariente de mi leal Annibal.

Los ugieres cejaron en su empeño, y Vicente Tarquino se coló en el gabinete de rondon, con sus botas de montar, su casaca cubierta de polvo y sus cabellos en completo desorden.

A la vista de los inmensos preparativos que se hacian para la toilette del conde, porque el gabinete, aunque espacioso, parecia materialmente atestado de trapos, cacharros y trabajos de toda clase, el napolitano retrocedió.

—Que Dios no me ayude, refunfuñó, si este hombre no es un mentecato.

Esto diciendo, hizo una cortesía tan profunda como respetuosa.

—Por vida mia, maese Vicente, dijo Graville, que otro cualquiera que vos habria puesto en peligro grave sus costillas, insistiendo como vos en entrar...

Este es un lugar sagrado, bien lo sabeis; una especie de templo donde solo pueden entrar los pontífices del culto de la diosa Hebé...

Mas os habeis acordado de que vuestra presencia seria útil esta noche en el castillo de la Marche, y os doy gracias por vuestro celo, maese Vicente.

—Efectivamente, creo que esta noche ha de ser útil mi presencia en el castillo de la Marche, murmuró el napolitano.

—Nos trais, replicó Graville, que se guia con complacencia en el espejo de Venecia los progresos de su toilette, alguna buena loa, alguna burlada reciente, algun madrigal precioso para amenizar mas la fiesta de esta noche?

Este elegante Graville, una vez hecho gran señor, se habia vuelto impertinente y fastidioso; olvidaba el excelente puñal de Tarquino para no acordarse mas que de su mala pluma.

El italiano tenia la cabeza baja, y frunció el ceño, sin atreverse á decir todo lo que pensaba en aquel instante de su amo y señor.

—Monseñor, replicó sin levantar los ojos: no se trata de loas, ni de baledas, ni de madrigales...

—¿Con que es otra cosa, eh? exclamó Graville. ¿Me trais, por ventura, el anagrama que os tengo encargado sobre el nombre divino de madama Blanca?

Tarquino movió á uno y otro lado la cabeza con impaciencia y aun con desprecio.

—Bueno, bueno, no os apureis, añadió viger de Graville con benevolencia; ya yo por propia experiencia, que no siempre que me he propuesto renunciar culto á las

diosas hermanas de Apolo, ha querido secundar mis votos la inspiracion poética...

Mañana, y si no pasado mañana ú otro seréis mas feliz, pero no le dejéis de la mano, que como dice una inscripcion de no sé donde: *labor improbus omnia vincit*...

En tanto, asistiréis á nuestras fiestas, tomareis las notas necesarias, y grabareis en la memoria todos los sucesos dignos de mención; y gracias á vuestro talento, la posteridad conocerá las magnificencias de la corte de madama Ana, y tambien el oscuro nombre de Olivier de Graville.

Vicente Tarquino no pudo hacer mas que inclinarse: miraba de reojo á aquella falange de miserables, que rodeaba al conde y se daba á todos los diablos en el fondo de su corazon.

—Haré todo lo que queráis, mi querido señor, dijo despues de una pausa; mi pluma es tan vuestra como mi espada. Pero si yo he hecho empeño por veros, es porque no estamos en tiempo de anagramas, ni de versos, ni de historias de vuestras fiestas.

—¿Qué quereis decir? preguntó Graville volviéndose bruscamente, con lo que deshizo los lazos, hábilmente dispuestos, de dos ó tres agujetas.

Vicente Tarquino se acercó á él respetuosamente.

—Monseñor, le dijo, os ruego despidáis un momento á toda esa familia, pues tengo que hablaros á solas.

En su vida se habia asombrado Graville como en aquel instante. Interrumpir su toilette, despedir á sus camareros y ugiere antes de terminar el mas importante de sus importantísimos quehaceres! Miró á Tarquino, como si quisiera persuadirse de que aquel hombre le hablaba con formalidad ó si estaba loco como creia.

—¿Qué es eso? ¿cómo venís así? ¿Habeis bajado acaso de las nubes, mi buen Tarquino?

—Vengo de escoltar hasta aquí á madama Blanca de Armagnac, respondió el italiano.

—¿A Mme. Blanca? repitió Olivier de Graville, que recobró su acento de chunga y su lánguido mirar.

Vicente Tarquino callaba.

—Y escoltando á Mme. Blanca, continuó preguntando, ¿habeis visto al paso á algún diablo, mi buen hombre?

—Sí señor, respondió Tarquino en tono muy formal. Lo habeis adivinado al primer golpe; he encontrado efectivamente, al diablo.

En aquellos tiempos no se pronunciaba nunca en vano el nombre del eterno enemigo del hombre. No hubo uno siquiera entre los camareros y ugiere que no palideciera.

El mismo señor conde, preciso es decirlo, no se las tuvo todas consigo.

Y esto era tanto mas natural, cuanto que habia algo de satánico en el rostro de Tarquino contraído por la inquietud y por la ira.

—Supongo que no pensareis en chancearos conmigo, maese Tarquino, murmuró Graville como avergonzado de su primer movimiento. Esplicaos, pues.

—Estoy siempre á las órdenes de mi señor, respondió Tarquino; puede mandarme lo que quiera... pero no espere que hable una palabra de lo que tengo que decirle, mientras haya aquí uno solo que pueda oirme.

—¿Cómo! ¿te atreves á desobedecerme, vasallo? exclamó el conde ya sulfurado.

Los ugiere estaban esperando la primera orden para empezar á moler las costillas á mas y mejor á aquel busca-vidas, disfrazado de caballero.

—Mas su esperanza quedó burlada: el italiano respondia con una reverencia unida á las palabras siguientes, dichas con cierta firmeza enfática.

—Nunca he desobedecido á mi señor: mas si me mandara darle una puñalada por su cuenta y riesgo, le desobedecería por la primera vez.

—¿Y qué tiene que ver eso?... le preguntó Olivier.

—Monseñor, le interrumpió el napolitano,

tano, mejor os fuera recibir diez puñaladas, que imponer á los presentes en el secreto que voy á contaros.

Habia en las espresiones de Tarquino tanta formalidad, que el conde de la Marche tuvo que capitular al fin.

—Retiráos, dijo á sus camareros, y si por caso este hombre ha tratado de chancearse conmigo, por mi nombre le aseguro que se ha de acordar de la broma por algun tiempo. Los camareros se retiraron muy cariacontecidos y asombrados de que el elegante conde de la Marche interrumpiera una ocupacion siempre para él importante, y mucho mas en un dia de tanta solemnidad en que habia dado á entender de tantos modos que tenia empeño decidido por presentarse deslumbrador.

Graville y Vicente Tarquino quedaron solos al fin: el conde se encontraba en un atavío, á mas no poder extraño, que no pensamos en describir, para no confundir lo grotesco con lo formal y gravísimo de la escena que iba á pasar.

—Figuráos solamente un Adonis de cincuenta años, que no ha tenido tiempo para quitarse los papillotes y regularizar el arebol sobre el blanquete de su embadurnada cara.

—Veamos, pues, dijo el conde, qué es lo que tienes que decirme con tanto misterio, ¿qué es lo que habeis visto?

—He visto algo peor que al diablo, respondió Tarquino, he visto á Mme. Isabel de Armagnac y al señorito Juan, heredero legítimo del difunto último duque de Nemours.

Tarquino se figuró que esta revelacion iba á aterrar á Olivier de Graville. Mas se equivocó, porque el conde no hizo ni aun un movimiento de sorpresa.

—¿Y qué mas?... dijo.

—¿Y os parece eso poco?... balbuceó el italiano desconcertado.

—¿Y es para eso, y por eso tu venidad exclamó Graville. Por lo visto estás loco rematado. Por fuerza has soñado despierto ó te se ha aparecido algun fantasma.

Esta mañana mismo he recibido una carta

del honrado Thibaut de Ferrieres, que ha dejado el servicio de la princesa regente por el mio, diciéndome que trae la prueba irrecusable del fallecimiento de la duquesa Isabel y su hijo.

—Yo he visto esta tarde á Thibaut, señor de Ferrieres, replicó Vicente Tarquino; es un hombre obstinado y testarudo, y me ha repetido de viva voz lo que os ha escrito... Pero Thibaut de Ferrieres se engaña.

Yo, por el contrario, creo, y me obstino en creer, que sois vos, maese Tarquino, quien se engaña, replicó el conde.

Tarquino se sonrió con amargura.

—Lo creéis y os obstináis en creerlo, monseñor; porque si yo me engaño, tendréis la satisfacción y la alegría que queráis en el baile de esta noche, y no os costará ningun esfuerzo corresponder á las dulces sonrisas de Mma. Blanca.

Olivier de Graville no se incomodó esta vez, y respondió simplemente:

—Maese Tarquino, habeis adivinado de medio á medio.

—Pues bien, yo os digo, monseñor, exclamó Tarquino con mal encubierto enojo: divertíos esta noche para mucho tiempo... guardad si podeis para lo que os reste de vida... porque desdenáis la ocasion de poner el pié sobre la cabeza de la serpiente que mañana os ha de picar en el calcañar.

Graville bajó la cabeza quebrantado, á pesar suyo, por esta enérgica amenaza.

—Suponiendo que tu sueño febril fuese una realidad, repuso al fin, aun me parece que tenemos tiempo.

—¿Tiempo?... repitió el napolitano. ¿Sabéis lo que ha dicho esta mañana el rey-zuelo, monseñor?

Era de este modo irreverente como los partidarios de Ana de Beaudeau, hablaban del hijo de Luis XI, ya mayor de edad hacia tres años.

—¿Qué es lo que ha dicho esta mañana el rey-zuelo?... preguntó Graville.

—Pues esta mañana, por la primera vez en su vida, ha dicho Carlos de Fran-

cia: Yo quiero: respondió Tarquino con lentitud.

—Los reyes dicen: Nos ocupemos... murmuró Graville en tono de ironía.

—Madame, la regenta, no se atrevió á resistir, prosiguió el italiano, porque estaban allí con el circo ó seis vasallos de la corona, que ayer se arrastraban á los piés de madame, y que echaron mano á la empuñadura de la espada citando el rey de Francia dijo: Yo quiero.

—Farsa... dijo Graville.

—¡No, monseñor, no, realidad!... esas gentes han visto que el trono estaba ya ocupado... y desde esta mañana ha concluido la regencia.

—Y bien, dijo Graville, que sin embargo iba entrando ya en recelo; en interés del reino nosotros resucitaremos la regencia, aunque no sea sino por un poco de tiempo.

—Valiera mas que os aprovecharais de los pocos dias que os quedan, replicó Tarquino. Durante algunos dias, el rey, asombrado de su propio atrevimiento, dejará de hecho el poder en manos de su hermana... Durante esos dias podeis daros prisa y tomar esa corona de duque que ha de hacer os par del reino, y al abrigo de la cual podrán retirarse vuestros servidores más comprometidos.

—¡Ya!... ¿es ahí dónde os lastiman los aparejós, maese Tarquino? dijo Graville.

—Monseñor, yo he hecho mucho por vos, y el patibulo sería una muy triste recompensa para tantos servicios.

Cuando el señor conde de la Marche se encontraba en cualquier aprieto, su modo habitual de manifestarlo, era pasar los dedos por los bucles de su hermosa cabellera.

Quiso, pues, en este caso recurrir á su hábito favorito, mas se encontró con papilotes herizados que de los acostumbrados bucles.

Hacia mucho tiempo que el señor conde de la Marche pasaba como su agente de los bucles: hacia mucho tiempo que todas las mañanas se decía: «es preciso aprovechar el dia de hoy, y poner en fin,

la clave á la bóveda de nuestra fortuna.»

Mas el dia pasaba y el conde no habia hecho nada; nunca fallaba un pretexto para el aplazamiento, unas veces con que no aconsejaba la prudencia apremiar demasiado la voluntad real; otras, era la voz de los placeres la que le gritaba y le arrastraba á pesar suyo.

Cosa indefinidamente aplazada, puede decirse, frustrada; y es que el espíritu se habituó á estos aplazamientos reiterados y que el deseo mismo se estingue, anegado en el fastidio de la expectativa.

Olivier de Graville habia sido un excelente soldado: la fortuna le habia hecho un gran señor, muy vulgar; tenia sus dias de grandes ambiciones; eran los del acceso, y cuando la fiebre le calentaba, hubie-ra sembrado la tierra de cadáveres para conseguir su objeto.

Mas pasado el acceso, y apagada la fiebre, Olivier de Graville no pasaba de ser un hombre frívolo, de escaso talento y menos penetración, de temperamento mas que un poco gastado y afecto por costumbre á todo lo que era lujo y placer.

Y bien mirado, ¿era tan poco lo que habia conseguido? Habiendo salido de su provincia simple soldado; no habiendo traído á la corte mas que su capilla, no poco raída, y su espada de guarnicion de hierro, se habia elevado al rango de la mas alta aristocracia francesa; dirigia el consejo de la regencia sin que hubiese, aun entre los duques y pares de que hablaba Tarquino, quien se atreviese á disputarle el puesto.

Su fortuna era verdaderamente rógia, y su matrimonio con madama Blanca iba á traerle, ya que no el ducado y paría de Nemours, por lo menos al país de Armagnac, que añadiría un hermoso florón á su corona de conde.

En cuanto al ducado y paría, objeto supremo de su ambicion, debian venir en su dia; Olivier de Graville estaba muy persuadido de que no podia escapársele; y en esa seguridad, descansaba por lo visto

y lo venia aplazando de uno para otro dia.

Vicente Tarquino llegaba en dia malo: encontraba á su señor en uno de esos momentos en que todo desaparecia para él ante ese fastuoso orgullo que dominaba todos sus placeres.

Graville habia soñado que aquella noche iba á conquistar indefectiblemente, y sin aplazamiento, el corazón de su dama. Esta era su idea fija: él era Salomon, y esperaba á la reina de Saba: todo lo demás le parecia indigno de ocupar su atencion.

Y sin embargo, las últimas palabras del napolitano le habian hecho cierta impresion; habian tocado una cuerda muy sensible. Las grandes familias feudales tenían algo de casas de comercio, de nuestras casas de banca, y como estas, hacian á veces quiebra. Coged al banquero mas orgulloso, poned en duda su crédito, y le vereis palidecer.

Graville, pues, palideció, porque se habia puesto en duda su crédito.

La cláusula tácita, pero principal, que unia en torno de un señor feudal la falange de sus vasallos armados, era la garantía de proteccion implícitamente ofrecida por el señor á todos y cada uno. Desde el momento en que el cumplimiento de esta cláusula periclitaba, el contrato no valia un sueldo de cobre, como no hay quien dé un cuarto al banquero, cuyos negocios presentan un cariz un tanto avieso.

Entiéndase bien, que nosotros hablamos de señores como Olivier de Graville, y sobre todo que hablamos de servidores como Vicente Tarquino ó su pariente Anibal Cola, el sabio rejuvenecedor. Porque la historia de la edad media está tan llena de actos de abnegacion heroica, que nuestra asercion tomada en un sentido absoluto, sería mas insensata que calumniosa.

Graville estaba irritado, pero al mismo tiempo tenia miedo: las alegres preocupaciones de placer que llenaban su cerebro, se las habia llevado el diablo.

—Pero, ¿de veras creéis, maese Tarquino, exclamó, que hayamos perdido tanto?..

—Dispéñame, monseñor, que le interrumpa: monseñor será sin más que quererlo, el más poderoso barón del reino de Francia, pero...

Graville le contuvo con un gesto.

—Yo no os he permitido cortarme la palabra, señor Tarquino, dijo: y por muy decaído que me conceptuéis, exijo ante todo de los que de mí dependen, respeto... y por mi santo patron les digo, que los que me crean tan decaído y reducido á tal ostreñidad, harán mejor en cambiar de tono, ó afiliarse desde luego á otra bandera.

—La fidelidad... monseñor... empezó á decir el napolitano.

Graville se encogió de hombros.

—Hablemos claro, maese Vicente, dijo con acento resuelto: habeis venido á sorprenderme en medio de los preparativos de esta fiesta, de que depende mi felicidad tal vez, para contarme tonterías?... Cuando las gentes, como vos, hablan de lealtad y de fidelidad, es que están preparando una traición... Cambiad, pues, de tónica si no queréis tenerme toda la noche de mal humor y haciendo cálculos en el aire.

El italiano no contestó una palabra, ni su rostro dejó ver la menor señal de descontento.

Guardaba en la alforja lo muy suficiente para castigar al señor conde, y no era paciencia lo que le faltaba.

—Y para decirlo todo de una vez, continuó Graville; os engañais, maese Vicente; y eso en todos los puntos... la viuda y el hijo de Armagnac no viven ya... aun cuando existieran, lo que es imposible, las cartas que he recibido esta mañana me anuncian el triunfo completo de mis dos emisarios, y mañana estarán en mi poder las minutas de la información por notoriedad que han exigido los señores del Parlamento.

—¿Estais seguro de eso, monseñor? murmuró el italiano.

—Son necesarias dote firmas de caballeros, antiguos vasallos de Armagnac, repuso el conde. Thibaut de Ferrieres ha recogido cinco, y Guillermo de Soles me ha traído siete, contando con la suya.

—¿Contando con la suya?... repitió Tarquino con una sonrisa irónica.

Graville le interrogó con la vista; mas el italiano no creyó deber responder de pronto á esta pregunta muda.

—Me será permitido, monseñor, preguntaros, le dijo en tono humilde Tarquino, cuánto tiempo necesita el Parlamento de París para poner á Mme. Blanca de Armagnac en posesión de los bienes y títulos de sus antepasados?

—Tres días, si es el conde de la Marche quien prosigue la instancia, respondió Olivier de Graville.

—Es demasiado tiempo ese, monseñor, replicó pausadamente el italiano; ni aun tengo ya necesidad de preguntaros cuánto tiempo necesitais para casaros con madama Blanca de Armagnac, suponiendo que esta señora consienta en ello, como lo espero. Tampoco tengo ya necesidad de preguntaros si madama la regente pondría un celo muy solícito en haceros un regalo de boda á vos, que habeis rotó tantas lanzas por ella, ni cuánto tiempo invertiria para conferir el título de duque y par al esposo de su feliz rival... Tengo bastante con vuestra primera respuesta, y os repito que tres días es un tiempo demasiado largo.

—Por ventura, ¿está ardiendo la casa por los cuatro costados?... empezó á decir Graville procurando sonreírse.

Habia ya mucha diferencia entre el tono y maneras de esa pregunta, á la altanera rudeza de las primeras palabras; y nótese que ni aun se habia dado por entendido de la impertinencia de esta frase incidental, suponiendo que Mme. Blanca consienta, como es de esperar, en ser vuestra esposa.

Pero esta frase incidental habia quedado profundamente grabada en su corazón.

—¡Pluguiera á Dios, señor, dijo Tarquino, que la casa ardiera, si otra cosa no hubiese en cambio; porque tendria gusto en apagar el incendio, y lo que queréis lo podéis... lo que yo censuro en mi lealtad, quizás demasiado atrevida, es el no querer... No, monseñor, la casa no arde. Mas Luis, duque de Orleans, que creéis está en Londres, ha dormido esta noche en el castillo de Isla-Adam, á ocho leguas de París... y la jóven princesa Ana, duquesa de Bretaña, á quien suponeis en la ciudad de Rennes, su capital, ha pasado esta mañana por Tours, donde el preboste y los regidores le han erigido un arco triunfal como á reina de Francia.

—Enviaré cincuenta hombres de armas al castillo de Vile-Adam, y el duque de Orleans se esconderá en lo más profundo de sus subterráneos, dijo Graville.

—Es posible, dijo Vicente Tarquino; mas saldrá algún día, y será para reinar.

—En cuanto á esa gordinflona duquesa de Bretaña, añadió Graville con supremo desden, la mandaremos á comer su manteca agria y su pan de alforzon.

—Un día, murmuró el italiano como hablando consigo mismo, habia una asamblea de nobles bretones en la buena ciudad de San Malo, y sabeis muy bien, señor, que los barones de Bretaña pasan por los más difíciles de gobernar que hay en el mundo... Pues esa gordinflona, como decis, se dirigió á ellos en plena asamblea, y hubo de mandarles cosa que no era muy de su gusto... ignoro lo que ello fuese, porque despues he tenido cosas más importantes de que ocuparme. La princesa ceñia su corona, y llevaba su cetro, que por cierto se dice lo sabe llevar... Subió al trono, y pasó su mirada por entre las filas de los señores reunidos, que empezaron á murmurar. La gordinflona no dijo más que una palabra en la jerga ó patois del país de Rennes, y esa era la primera, sin duda, de una frase, que no le dejaron acabar.

—¿Y qué palabra era esa? preguntó.

—Algo parecida al famoso *quos ego*, de nuestro poeta Virgilio Marron, repuso el italiano sonriendo; solo que no tenía la armoniosa eufonia del idioma de Virgilio... la gordinflona frunció las cejas, cerró los puños, y dando con uno en la mesa, dijo: *Qui' q'en grogue!* (1)

—Bastó eso, añadió Vicente Tarquino. Sé dice que los ingobernables altos barones de Bretaña, desde el primero hasta el último, doblaron su cerviz, y pidieron mil perdones.

—Maese Vicente, sabeis muchos cuentos divertidos... dijo Graville. Pero aunque madama Ana de Bretaña fuese diez veces más ruda que lo que eso supone, no es que yo sepa, reina de Francia.

—¡Oh! monseñor, replicó el italiano; en vuestro condado de la Marche habeis hecho cacerías espléndidas y dado á madama Blanca fiestas magníficas; y entre tanto, como es muy natural, habeis cerrado los ojos y tapiado vuestros oídos para no ver ni oír lo que pasaba por este lado de París... El reyecuelo ha crecido: se ha formado alrededor suyo una camarilla de que forman parte, no sé por qué, todos los amigos de Orleans y de Armagnac. Sin saberlo la regente ni sus ministros, ha salido para Turenna el mariscal de Gié... y ante Dios, en presencia del gran senescal de Francia, monseñor el obispo de Orleans, ha consagrado el matrimonio de Ana de Bretaña con Carlos de Francia, cuya persona estaba representada por el mariscal de Gié, su plenipotenciario.

—Efectivamente, he oído referir esa fábula, murmuró Graville.

Y luego, sacudiendo la cabeza, añadió:

—Tienes razón, conviene no perder tiempo... Hablemos, pues, de negocios, ya que te empeñas; pero no olvides que las

(1) Este dicho está grabado en una de las torres del castillo de San Malo, fundido en tiempo de la duquesa Ana. Si hubiéramos de traducir la salvaje energía de esa palabra, diríamos: «El primero que me gruñe...»



horas de la noche pasan, y que mi dama va á llegar.

El italiano conoció el terreno que habia adelantado, y aventuró una cosa muy atrevida.

—¿Quién sabe, monseñor, dijo, si vuestra dama no encontrará modo de engañar dulcemente su impaciencia?...

Esta vez Graville dió un salto sobre su butaca.

—¡Bribon! exclamó. ¿Cómo te atreves á faltarme hasta ese punto al respeto. Explícareis satisfactoriamente esas palabras, ó por quien soy, que voy á hacer en vos un escarmiento para todos los que se propongan jugar conmigo.

—Las explicaré, monseñor, pero será despues, si os dignais permitírmelo; porque para no perder ya mas tiempo, se hace preciso que procedamos con orden... no temais, que cada cosa vendrá á su tiempo y lugar correspondientes.

Hizo una breve pausa, como para coordinar sus ideas, y comenzó á hablar con tono decisivo.

—Habeis dicho, monseñor, que conviene no perder tiempo, pues yo os digo que apresurarse en un camino malo, es fatigarse inútilmente, y las mas veces alejarse del objeto que uno busca, en vez de aproximarse. Lo importante, lo necesario es cambiar de rumbo, y yo os traigo los medios para ello.

—¿Y quién me dice que el camino es malo? preguntó Graville.

—Habré de detenerme á probaros eso? ¿No he dicho ya bastante?... El tiempo vuela... Madama Blanca no viene, como deciais há un momento; su toilette no ha sido tan larga como la vuestra. Madama Blanca ha venido, puesto que yo la acompañaba... ¿Pero quién sabe lo que hace madama Blanca mientras espera á su esposo?

Graville se levantó, y dió un paso hácia el italiano con semblante amenazador, mas sus piernas desnudas salian por el entrecubierto manto de tocador, y su corona de papillotes disonaba horrible-

mente con la expresion trágica de su fisonomía.

Tarquino se inclinó como de costumbre, mas no dejó al conde tiempo para hablar.

—Paciencia, monseñor, le dijo; adivinais que hay en mis palabras algun misterio; yo os le descifraré, no tengais cuidado, puesto que él hace parte de mis pruebas para convenceros de que estais en mal camino.

—Os lo pruebo primero, sentando que en el caso mas favorable, en el caso de que mañana hayais reunido las doce firmas de la informacion por notoriedad, en el caso de que madama Blanca os diera su mano con su corazon, en el caso de que la regente de Francia confiriera el título de duque al esposo de su rival, os faltaria todavía el tiempo, puesto que mañana quizás la Francia no conozca ya mas regente á quien obedecer que á su rey.

—¿Dudais de eso? Pues bien, yo os digo que no teneis las doce firmas de vuestra informacion por notoriedad... Thibaut de Ferrieres trae cinco y Guillermo de Soles siete, contando con la suya... Y los dos os han dicho que removiendo cielo y tierra en el condado de la Marche y en el país de Armagnac, ¿no se encontraría una mas?

—Así es, en efecto, respondió Graville. Pero ¿qué falta me hace una mas, teniendo las doce?

—Contando con la de Guillermo de Soles...

—Pues es claro.

—Quitando la de Guillermo de Soles, quedan once... ¿no es esto?

—Eso es.

—Pues Guillermo de Soles no la da, monseñor.

—¿Por qué? preguntó el conde impaciente.

—Porque Guillermo de Soles se arrepiente de lo que ha hecho, cuando su vértigo le sube á la cabeza... porque Guillermo de Soles tiene miedo á la venganza de

Dios, y ha visto salir esta noche una fantasma de su tumba.

—¿La duquesa Isabel?... murmuró el conde. ¿Con que no eres tú solo quien la ha visto?...

—Thibaut de Ferrieres la ha visto tambien; y ha dicho: «No es ella;» replicó el italiano, y antes de que pase la noche, se-reis vos juez entre los dos.

—Prósigo ahora mi tesis: en tercer lugar, madama la regente, tardará algun tiempo en satisfacer vuestros deseos, ahora que ella se ve desafiada. ¿Sabeis que desde la muerte del último rey está el duque de Orleans desterrado, sin haberla lastimado tanto como vos?

—En cuarto lugar, madama Blanca de Armagnac no os dará ni su corazon ni su mano, porque ella guarda su mano para quien ya es dueño de su corazon.

Por de pronto, el pobre conde quedó como anonadado. Las reficencias del italiano habrian debido prepararle á recibir esta horrible noticia. Por otra parte, la duda, este refugio de los amantes desairados, hubiera podido venir en su auxilio. Pero prefirió creer y perder su presencia de ánimo.

Cayó desplomado en su butaca: tomó un aire de abatimiento muy marcado, y dos lágrimas surcaron la primera capa de su afeit. Aun sin pensar en ello, se arrancó dos ó tres papillotes, pues hasta este punto habia perdido la cabeza.

El italiano esperaba una respuesta; pero la respuesta no venia.

—Veo, monseñor, dijo al fin, que no encontráis que oponer á mis argumentos. El camino que seguís era malo, y voy á propóderos otro, que es el siguiente:

—¿Qué hay entre vos y el objeto de vuestros deseos? Un hombre, segun yo; un fantasma, segun vos. Admitamos que vuestro fantasma sea de carne y de hueso: pues abramos una huesa de diez pies de profundidad, y pongámosle en ella.

—¿Un asesinato? dijo Graville con repugnancia; ¿me atravesaría yo á presentarme

ante mi dama, que es tan noble y tan santa con las manos manchadas de sangre?

El amor profundo que le inspiraba aquella jóven, disfrazada por él mismo con un nombre y un título usurpados, le habia hecho menos malo de lo que antes habia sido.

—Una vez desvanecido el fantasma... todos los obstáculos habrán desaparecido... No queda de la sangre de Armagnac sino madama Blanca, única y universal heredera.

—No, replicó Graville, que permanecía abatido en su butaca; no quiero... no me liables mas de eso.

—Sea como querais, dijo Tarquino con una sonrisa equívoca... hablemos ahora de otra cosa... ¿No me habeis preguntado, á lo que creo, el nombre del rival feliz á quien madama Blanca ha entregado su corazon, y para quien guarda su mano?

El puño de Graville se crispó sobre su rodilla.

—Es verdad, murmuró entre sus dientes apretados... decidme ese nombre para saber en quien tengo que vengarme.

Hubo un momento de silencio, en que Tarquino pareció reflexionar.

—Monseñor, dijo en seguida con voz grave; hay dias en que me siento inclinado á creer en la Providencia... Hableis de vengaros... ¿No os acordais mas que de la injuria que se acaba de haceros? ¿Es esta la primera vez que habeis amado y la primera que habeis sido desdefiado?

La mirada de Graville estaba amenazadora; mas Tarqu no se sentia protegido victoriosamente por la gravedad misma de la revelacion que iba á hacer.

—Os pregunto, monseñor, presiguió sin dar esta vez señal alguna de terror, si os habeis olvidado ya de aquel dia en que vuestros compañeros de la corte del rey Luis XI os hicieron hasta vuestra casa una ovacion irrisoria?... Entonces tambien os creiais amado por una mujer, y aquella mujer, burlándose de vuestro amor, daba su corazon y su mano á otro.

—¡Isabel! murmuró con voz bronca y trémula.

—Pues... Isabel... repitió el italiano apoyando con una inflexión de voz intencionada sobre ese nombre. Madama Isabel de Armagnac fué la primera que hizo brotar de vuestros ojos lágrimas de sangre... Hablais de vengaros... ¿Los ultrajes antiguos no han dejado rastro mas que en vuestro rostro?

—¡Vicente! exclamó rugiendo Graville, asido con ambas manos á los brazos de la butaca para no saltar furioso como un tigre. ¿Te propones encolerizarme?... ¿pretendes hacerme perder la razón? ¡Calla! ¡calla! yo te lo suplico; yo te lo mando.

Vicente Tarquino habia dejado su sonrisa irónica, para tomar un aire de respetuosa tristeza.

—Monseñor, continuó diciendo, los que os aman se acuerdan por vos... no han olvidado que el hombre que os fué preferido por esa mujer, os infirió el ultraje mas sangriento que se pueda hacer á un caballero.

—Calla... calla.

La cara del conde se puso livida, y grandes gotas de sudor caian hilo á hilo de sus sienes.

—Hablais de vengaros; continuaba Tarquino siguiendo con curiosidad desapasionada los progresos de aquella terrible fiebre.—Yo sé bien lo que quiere decir en vuestros labios la palabra *vengearos*: si el preferido por Mme. Blanca es caballero, teneis vuestra lanza; si es un simple hidalgo, le provocareis al combate con la espada ó con el hacha, y si es menos que eso, le entregareis al látigo de vuestros lacayos... pero, ¿y si el preferido á vos por Mme. Blanca no fuese ni caballero, ni hidalgo, ni villano?

Los ojos de Graville brillaron con una especie de estupor indescriptible.

—¿Seria, por ventura, eclesiástico? preguntó azorado.

—He omitido esa clase... respondió Vicente Tarquino, y añadió: ni eclesiástico...

por que hablando con vos, monseñor, no hay clase en que pueda colocar al predilecto de Mme. Blanca.

El entendimiento del conde se perdía en suposiciones imposibles.

—¿Hablas, quizás, de cosas sobrenaturales? preguntó al fin.

—El predilecto de Mme. Blanca... replicó el napolitano que parecia complacerse en repetir esta palabra como para clavar mas y mas la saeta en el corazón de su señor: el predilecto de Mme. Blanca es de carne y hueso como vos y como yo... mas ya lo he dicho... para vos no es ni un villano, ni un hidalgo, ni un caballero: tambien os he dicho: Fatalidad ó Providencia, la mano del destino anda en esto: Isabel de Armagnac se llamaba la mujer primera que os despreció, *Santiago de Armagnac* el primer hombre que os deshonró: habéis dado el nombre de Armagnac Blanca de á la mujer que os de-deña hoy, y el hombre que os ha robado su amor, se llama *JUAN DE ARMAGNAC*...

La descolorida frente de Graville se inundó con un flujo de sangre: en aquel fondo purpurino, la cicatriz que tenia ya mas de veinticinco años de fecha, mostraba en su fondo livido, el trebol, mas livido aun del pomo de la espada de Armagnac.

—¡Armagnac! ¡Armagnac! ¡Armagnac! repitió hasta por tercera vez el italiano; ese es el nombre que os condenará y atormentará en esta vida y en la otra, monseñor.

Algunos minutos habian pasado: al través de las puertas cerradas y del lado de allá de las largas galerías del palacio, se empezaba á oír el eco de la música. La función habia empezado á la hora señalada en ausencia del señor.

Graville, medio tendido en su butaca, mostraba en su rostro una calma aparente, y el italiano estaba á su lado en pie y con su gorrilla en la mano.

—Has hablado bien, maese Vicente, di

jo, en fin, Graville. Dios me perdone; pero á punto he estado y casi he temido caer epiléptico... Quiero creer que todo ha sido en interés mio, y no solo te lo perdono, si no que tambien te lo agradezco.

—¿Tiene algo que mandarme monseñor? preguntó el italiano.

El señor conde de la Marche escuchaba la música lejána, ó aparentaba escucharla.

—Mira cómo me has hecho faltar á la hora señalada, dijo afectando un tono desembarazado. Me atreverás á jurar que el rey Salomon, de sabia memoria, nunca hizo esperar así á sus setecientas esposas, ni aun á sus trescientas concubinas. Marchaos, pues, Tarquino, que voy á concluir de arreglarme.

Vicente no se movió.

—¡Ah!... dijo el conde como si algo le ocurriera de pronto: ¿me digisteis si tenia algo que mandaros?... Ahora, como antes, os digo que no quiero asesinos, maese Vicente.

—Un comate singular, no es un asesinato, murmuró el italiano.

—Mime la regente rehusaria abrir el palenque.

—Yo no hablo de un duelo solemne, monseñor. Dos hombres se encuentran con la espada ó la daga en la mano... estos dos hombres se odian y se batén... ni madama la regente ni el rey tienen que ver nada con eso.

Graville se sonrió con amargura.

—Y en un combate de ese género, ¿se puede hacer uso del bote napolitano?

—Cabalmente es en esos casos cuando está mas indicado, respondió descaradamente el italiano.

El conde pareció titubear un instante.

—En hora buena, maese Vicente, dijo al fin; ignoro el objeto que te propones, y convengo en que puedes decir verdad, una vez por todas en tu vida... Pero, que quieras; todo eso escede los límites de lo creíble.

Tomó en seguida de un velador un

silbatito de oro que usaba para llamar á sus camareros.

—Monseñor, exclamó Tarquino precipitadamente: os he ofrecido la prueba de todo cuanto he dicho.

Graville acercó el silbato de oro á sus labios.

—¿Y prueba evidente? preguntó.

—Palpable, respondió Vicente Tarquino.

El conde silbó.

—Pues bien, maese, dijo tomando la posición en que debian encontrarse sus sirvientes; quedan bastantes horas de noche todavía... Si me probases antes de amanecer que ese jóven es el cómplice de Mme. Blanca, y que ese jóven es el hijo de Santiago de Armagnac, le entrego á tu bote napolitano, que esta vez será pagado con toda magnificencia.

Hizo un gesto como de cansancio; Vicente Tarquino se inclinó hasta el suelo y salió del tocador.

Un instante despues, el ejército de camareros ó ayudantes de tocador lo inundaba, y la hermosa cabellera de Graville peinada, brillaba bajo un mar de perfumes; se le puso la segunda capa de blanquete, se completó el aceite, y el espejito de Venecia le decia sonriendo, que nunca le habia visto mas hermoso que aquella noche.

### III.

#### LOS ESTADOS DEL REY SALOMON.

Si tuiésemos nosotros la pluma poética y sabia; la pluma de oro que describia las fiestas maravillosas que dió el conde de Leicester en su castillo de Kenilworth

á la hija de Enrique VIII, haríamos ahora la descripción detallada de las con que el señor de Olivier de Gravelle, obsequió en su palacio de la Marche á la regente de Francia.

En realidad, nuestro drama no tiene necesidad de estas descripciones para hacerse interesante; pero las que, solo en el mundo, Walter Scott sabia hacer, tienen mas mérito que todos los dramas reunidos á todas las novelas imaginables.

El palacio de la Marche valia, indudablemente, mas que el castillo de Kenilworth, así como la corte de Francia vale mas tambien que la corte de Inglaterra. Es sabido que por mas esfuerzos que hagan los ingleses para parecer magníficos, resalta siempre en todo lo suyo algo de duro y de torpe, que no bastan á encubrir los esquisitos terciopelos, ni las franjas de oro. El arte no es para ellos, aunque lo paguen á fabuloso precio. Ese pueblo tiene siempre el aire de un pavo insulso que trata de cubrirse con el esplendente manto del pavo real, y se lo pone siempre al revés.

Podrá, si acaso, construir algun dia un palacio enorme de cristal y de mastic para reunir á todos los usureros de la tierra en una grande orgía industrial.

Tentado se está á creer que es Walter Scott quien creó en un génio las magnificencias de aquella corte donde tronaba la reina vírgen; porque si se rompe el prisma del novelista inmortal, nada quedará allí mas que una mujer coloradota, púdica y lúbrica á la vez; austera, pero mentirosa, sanguinaria, fastidiosa y pedante: una solterona coronada, y en torno de ella spartmens, caballeros ingleses de la edad media, panzudos señores inflados de Rosboef y Porter, devorándose unos á otros con ojos legañosos.

Olivier de Gravelle, que tenia á su disposición las arcas del tesoro, gastó sumas inmensas, atendido el tiempo, para transformar en palacio la última morada de los duques de Nemours.

La arquitectura, si no florecia enton-

ces, estaba en tiempos de inspiración, y el arte fantástico del siglo XVI nacía. Al antiguo castillo de la Marche habia hecho aumentar Olivier de Gravelle dos alas de estilo plateresco, que pasaban por encima de los fosos terraplenados, y hacían frente á las torrecillas de la abadía de San German de los Prados.

Los jardines, que no podían estenderse ya del lado de la ciudad, se prolongaban hasta el Sena, á uno y otro lado del camino real, aislado por vistosas empalizadas, que cortan al Prado chico de los Clérigos, perteneciente al patrimonio corto de la Universidad, de que habia tomado un buen quíñoncillo.

La Universidad acostumbraba á tomar mucho de otros y á no permitir que se tocara á nada de lo suyo, que así es como se hacen los buenos patrimonios. La Universidad chilló como una banda de grajos; subió al púlpito, y aun á los tejados; vomitó á mas y mejor textos latinos, imprecaciones hebreas contra las usurpaciones del señor Olivier de Gravelle, sin que con esto adelantase nada; porque era el tal señor demasiado poderoso para una Universidad, aunque fuera de París.

En vista de la inutilidad de tantos esfuerzos, cambió la Universidad de táctica. Cuando se está entre dos, y el poderoso oprime, no hay cosa mejor que cargar contra el lado opuesto, si es mas débil, en virtud de cuya regla de buen vivir la Universidad tomó en desquite una multitud de casuchas y algunos pobres cercados al Oeste de las murallas de la abadía, con lo que todos quedaron contentos, menos los infelices espoliados y espulsados de sus casas y de sus campos.

Pero con tal que la santa Universidad coma bien, beba mejor, y destile á su placer un veneno escotástico, lo demás la importa poco, y los pobres peleles se cansarán de gritar.

Es preciso que el mundo progresa.

Hacia ya un año que los constructores habian dado por terminadas las dos alas

del castillo restaurado, quedando, al decir de los historiadores de la ciudad de París, uno de los edificios mas notables de la época, que dejaba muy atrás al Louvre, al palacio Saint-Paul y al de Tournelles. Los jardines, particularmente, eran de una estension enorme, y presentaban un conjunto mágico.

No podia escogerse un lugar mas á propósito para dar una de esas gigantescas fiestas, que se han perdido con la edad media.

Y ya que sin querer ha venido á nuestra pluma, el nombre de Kenilworth, confesaremos sin inconveniente que la fastuosa función dispuesta por el conde de la Marche tenia muchos puntos de contacto con la del amante de la reina Isabel.

Desde luego, Olivier de Gravelle, como Leicester, habia tenido relaciones amorosas con su soberana; porque bien puede decirse que la hija de Luis XI habia hecho el papel de tal en Francia, durante muchos años.

En segundo lugar, madama Ana se encontraba en el mismo caso que esa fea reina Isabel, que hizo decapitar á la hermosa é interesante María Estuard; ningun historiador del tiempo se atrevió á celebrar las gracias de madama Ana, que era tuerca, ó por lo menos bizza.

Pero bien se puede asegurar que cuando ningun historiador encuentra entre los puntos de su pluma un poco de tinta pindárica para eternizar los atractivos de una princesa regente, es porque la princesa es horriblemente fea, tuerca ó jorobada. Así, pues, Isabel y Ana tenían, por lo menos, este punto de semejanza. Debemos añadir, sin embargo, que á nadie le ocurrió jamás acusar de muy pagada su persona á la legítima consorte del condestable de Borbon.

El tercer punto de semejanza resulta de la posición de Leicester y de Gravelle, respecto á sus reales amantes; si Leicester se habia casado en secreto con la dulce Amy Robsart, Gravelle queria casarse pú-

blicamente con madama Blanca de Armagnac.

La reina de esta fiesta, que ofrecía en apariencia á la regente, era en el camino de Gravelle, á madama Blanca.

Pero habia en la corte de Francia un elemento que faltaba en la de Inglaterra, y era un mozuelo enteco y de espíritu débil, una criatura enferma, y que era el rey.

En este país de Francia, las mujeres feas y coloradotas, no pueden empuñar el cetro, si no de contrabando, porque para mandar una nacion caballerisca, se há menester un caballero.

Al dar las dos de la noche, los guardias que hacían centinela en el encantado recinto de la Marche, embocaron el cornetín para responder á la llamada que hacían desde la esplanada, en dirección de la puerta de Buey.

En el instante, se encendió una larga línea de flameros en las almenadas cercas, al mismo tiempo que la vanguardia de los que se aproximaban, blandiendo alegremente sus antorchas, iluminaban los fosos y el puente levadizo del castillo.

Un duque del país de Saba, porque así es como la edad media comprendía la cronología y la propiedad histórica, un duque y par, decimos, avanzó puesta en la cuja la lanza, hasta el borde mismo del foso, demandando entrada en el palacio de Jerusalem para su poderosa ama y señora la emperatriz magna de los países orientales.

El caballero que velaba á lo interior, y hablaba en nombre del rey Salomon, preguntó si era una intimación de guerra ó una petición cortés la que se hacia, á lo cual el duque y par sabéo respondió que su ama y señora no exigía de Salomon el sábio si no la explicación de algunos enigmas galantes, y que le descifrara algunas charadas tan delicadas como sutiles.

La reina de Saba venia para eso, ni

as ni menos, del fondo de la Arabia, trayendo al hijo de David, á vuelta de las charadas y de los enigmas, oro en polvo á fanegadas; incienso y mirra, camellos, piedras preciosas y aquella goma esquisita que los árboles destilan en la feliz yema.

El caballero hebreo que se llamaba Bóthian, no pudo hacer menos que echar el puente levadizo á los piés de aquellos extranjeros, que de tan lejos venian á hacer la corte á su señor. Previno, sin embargo, al duque y par árabe que Salomon el sabio se habia casado recientemente con la hija de Faraón de Egipto, en loor de lo cual habia compuesto ese cantar maravilloso recogido en la Santa Biblia, bajo el nombre del Cantar de los Cantares; y que la reina de Saba, emperatriz de Oriente, se volveria como habia venido si por acaso era su intencion tratar de amores.

Dada esta esplicacion leal, las cadenas del puente levadizo resonaron con estrepitoso crugido, y el lucido acompañamiento de madama Blanca penetró en lo interior del castillo.

Era un verdadero ejército la tal comitiva, pues las cosas se habian preparado en toda regla; Madama Blanca habia encontrado en la puerta Buey un numeroso tropel de ambos sexos, reunido allí para aumentar su comitiva.

Al partir de aquel momento, el puente levadizo quedó echado, y durante una hora, penetraron en el castillo todos cuantos tuvieron la fortuna de conseguirlo.

Cuando se levantó el puente y cerraron las puertas, quedaba una multitud innumerable alrededor de las murallas, porque el anuncio de aquellas fiestas incomparables habia atraído á todo París, ávido siempre de funciones, sobre todo cuando son gratuitas.

Pero la orden del sabio rey Salomon era terminante, y los que no pudieron colarse durante la hora de gracia, tuvieron que quedarse y aburrirse á lo largo de los fosos.

Madama Blanca hizo su entrada al conde con los pasos dobles de las charangas, que despertaron á los antiguos ecos del castillo. Los caballeros y pajes, los guardias blancos y negros, las camaristas y cunuco de la poderosa reina, inundaron por un instante el vestibulo y los patios del palacio famoso.

Y decimos un instante, porque el cortejo árabe no debia ser recibido en el castillo mismo, y al Oeste del gran patio principal se habia ejecutado una espaciosa galería tapizada de colgaduras y hores, que conducía á los jardines, transformados á costa de mucho oro en una especie de escenario caprichoso, que representaba la ciudad y campiñas de Jerusalem.

Allí estaba el Jordan, el rio triste y sagrado de las divinas poetas, no lejos del torrente del Cedron y del lago Maldito, que sumergió las ciudades nefandas de Sodomia y de Gomorra. Se veía tambien el templo, obra maestra del sabio rey, en cuya construccion se invirtieron siete años y mas de cuatro millones de escudos de oro.

Delante del templo, descollaban el palacio de Salomon, tan célebre en las leyendas orientales, donde, segun la tradicion, podian alojarse cincuenta mil almas. Vefanse mas allá las colinas santas, los bosques regados con las lágrimas de las hijas de Israel, al borde de los rios de Babilonia, y aquellas soledades, donde los hijos de los Patriarcas apacentaban sus rebaños innumerables.

Hacia el lado de los jardines que daban al Sena, en medio de un paisaje extraño donde se quiso representar la planta del monte de la Oliya, se habia construido una especie de campamento; cada una de cuyas tiendas valia tanto al menos como una buena casa de piedra y de madera.

Era el departamento destinado á la emperatriz de Oriente y á su comitiva. No hay palabras con que encarecer la magnificencia, pródiga y galante á la vez, del pabellon principal, destinado á recibir á madama Blanca de Armagnac. Graville

habia reunido allí todos los refinamientos del lujo contemporáneo.

No se parecia regularmente al tabernáculo que el verdadero Salomon ofreció á la verdadera reina del Yemen. No nos atrevemos á comparar formalmente los esfuerzos de un simple noble francés del siglo XV con los del mas poderoso rey de los tiempos biblicos, cuyo patrimonio privado rentaba mas de seiscientos talentos de oro, es decir, mas de cien millones de francos, sin contar los impuestos propiamente dichos, y los tributos que le pagaban las naciones conquistadas. Pero bien puede decirse que los hombres de aquellos tiempos no recordaban haber visto ni oido hablar de tal refinamiento ni de tanta magnificencia.

Los tapices de la tienda eran de brocatel de oro con las armas de Mme. Blanca; las cifras de Armagnac y de Graville entrelazadas de mil modos galantes rodeando los escudos, formaban toda clase de emblemas de amor. Una cena espléndida, servida en vasos de oro y de plata esculpidos, campaba en uno de los salones, y centenares de bugías y lámparas formaban vistosas figuras, haciendo resaltar el brillo de los metales preciosos, de las perlas y joyas de toda clase, prodigadas con oriental profusion.

En torno de la tienda, que era espaciosa como un palacio, habia una triple fila de esclavas jóvenes vestidas al estilo de los romances de caballería con incensarios, las que se arrodillaron al entrar la reina y la adoraron como á una divinidad.

El interior del castillo, ó palacio, no estaba decorado con menos esplendor: Graville era demasiado buen cortesano para haberse olvidado del palacio de Salomon, destinado á recibir á madama Ana de Francia, trasfigurada en hija de Faraon, reina entre las setecientas reinas de Jerusalem.

Media hora despues que Mme. Blanca de Armagnac hubo pasado el puente levadizo, se dió principio á la funcion, no obstante, la ausencia del señor. Los esp-

ciosos jardines que querian representar el paisaje sagrado, hallaban ya cuajados por una muchedumbre impaciente y ávida de placeres. Allí se encontraba reunido cuanto en la corte de Francia habia de caballeros y damas distinguidas, y puede decirse que la única persona notable del reino que no habia sido convidada, era S. M. el rey.

En verdad que el pobre señoruelo no se encontraba en edad ni estaba acostumbrado á divertirse en tan elegante compañía.

En cambio, su hermana Mme. Ana contaba hacerlo por los dos.

En aquel primer momento de la funcion todos los rostros femeninos estaban cubiertos con su máscara que empezaba á hacerse de moda: los caballeros bajaban sus viseras volantes, si iban armados, ó dejaban caer hasta la barba el velillo que pendia de sus gorrillas de terciopelo.

Fué al principio pura y simplemente una reunion de baile, como podriais representaros, el salon de la Opera en el décimo quinto siglo. Los que habian ido sin otro objeto que el de divertirse y de hacerlo que en los bailes se hace, se entregaron á él con franca alegría y buena voluntad; porque si habia en los jardines salones brillantemente iluminados, tambien habia gloriolitas oscuras, casi tan desiertas como los gabinetitos y retretes tapizados de terciopelo de nuestros elegantes salones de máscaras.

No nos atrevemos á jurar que las setecientas esposas del sabio rey guardaran todas aquella noche el decoro que convenia á su elevado rango; y por lo que hace á las trescientas concubinas, de seguro podemos afirmar que adivinaron á cuatrocientos años de distancia las atrevidillas licencias de nuestra Mabille ó de nuestro Chateau Rouge, como quien dice de la Camelia y el Jardimillo.

Pero hablando formalmente, fué en esto quizá en lo que mejor se imitó á la corte de Salomon en el momento que se representaba; pues en el tiempo de la visita de

la reina de Saba, Salomon empezaba á pervertirse: adoraba los becerros y los cocodrilos, y nos le presentó la historia danzando entre los filisteos en un traje un si es no es deshonesto.

En el momento en que la gran puerta del castillo de la Marche se cerraba, despues de la hora de gracia concedida, se presentó ante el puente levadizo una comparsa de doce caballeros uniformemente vestidos de terciopelo negro y cubiertos con máscaras como las mujeres.]

El alcaide hacia ya girar sobre sus goznes las puertas, y se iban recogiendo las cadenas del puente levadizo. La comparsa indicada avanzó al galope y atravesó el puente próximo á levantarse.

El último que venia se vió precisado á aguijonear su caballo para salvar el espacio que iba creciendo entre los cables y el borde del foso.

—¡No podia yo entrar aquí si no por fuerza!... dijo al reunirse con sus compañeros.

No se habló otra palabra: atravesaron la espaciosa galería, entregaron sus corceles briosos á los palafreneros de la Marche, y fueron á perderse entre la muchedumbre.

A la estremidad del pabellon preparado para Mma. Blanca de Armagnac, habia un gabinetito que daba á entender que el señor Olivier sabia servir á las damas.

Mma. Blanca dejó la suntuosa cena á disposicion de sus camareras, y se retiró á este gabinetito acompañada de sus dos favoritas Berta de Lauves y María de Argenes.

Berta de Lauves era de la misma talla que su señora, y María de Argenes llevaba bajo su manto un ho bastante voluminoso.

Deshizose al instante el ho, que envolvía un traje de todo parecido al de madama Blanca.

Y madama Blanca, haciéndose por esta vez camarera, ayudó á María de Argenes á poner este traje á la linda Berta de Lauves, y con tan buena maña, que quedó hecha

la trasformacion en un abrir y cerrar de ojos.

Despues de esto, madama Blanca se quitó la preciosa diadema que llevaba, y la colocó en la frente de su camarista.

Una careta espesa completó el disfraz.

Madama Blanca y María tomaron distancia, y miraron á Berta, que empezó á pasear delante de ellas.

—Perfectamente, exclamó madama Blanca: si consigues contener la lengua, mi querida Berta, los mas suspicaces no te conocerán.

Se volvió entonces hácia María, la otra camarera, que ya se habia quitado su mantilla, con que la cubrió la espalda; se encasquetó en seguida el lindo gorriillo que Berta de Louves habia dejado para ponerse la diadema.

—Ya veis, hijas mias, dijo con tono resuelto... Dios me vé y sabe que hago lo que puedo.

En seguida volvieron las tres al pabellon.

La nueva reina de Saba, Berta de Lauves, fué á colocarse en el puesto de honor; madama Blanca á perderse en las últimas filas de su acompañamiento, y María de Argenes, linda muchacha, de génio resuelto y no comun travesura, cruzando á lo ancho el espacioso tabernáculo, levanta el portier, y se lanza á los jardines.

Juan Moreno y Juan Rubio habian entrado en el palacio de la Marche, formando parte de la comitiva de madama Blanca de Armagnac. Habia sitio para los dos y para muchos mas en el departamento preparado para la diputacion Sabosa; pero habian visto al pasar la muchedumbre brillante y abigarrada, que pasaba por los jardines, y el señor Juanito Moreno no podia estar mucho tiempo desocupado.

Mientras que el escudero y pajes se preparaban muy formalmente para desempeñar el papel que las habia sido asigna to

en la entrada solemne del rey Salomon, á Juan Moreno todo se le volvia entreabrir los paños de la tienda para ver lo que pasaba alrededor.

—Amigo mio, dijo cuchicheando á su compañero muy silencioso, segun su costumbre, y mucho mas que de ordinario, desde que la dulce voz de Blanca de Armagnac habia resonado en sus oídos; aun tenemos tiempo... conozco muy bien á nuestro honrado señor Olivier, y me atreveria á apostar la cabeza á que está aun en camisa en mano de los ayudas de cámara... ¿Quieres venirme conmigo?

Juan Rubio apenas se habia fijado en el espectáculo que ofrecia el jardin de la Marche, aunque tan nuevo para él, pobre criatura del bosque.

—Estoy aquí para obedecer, respondió, y es preciso que sepa dónde encontrarme á aquella cuyas órdenes espero.

El paje le miró de piés á cabeza con atencion.

—¡Fé mia, murmuró, que has cambiado en poco tiempo, hermano; has tomado ya ese aire de importancia y formalidad de los hijos de la dicha, que van á empezar su carrera... ¡Ea, buen ánimo! cuando llegues á ser siquiera baron ó conde, acuérdate de que tengo buenos los brazos y las piernas, y que necesito trabajar para vivir.

El interesante jóven de la cabellera rubia le tendió la mano sonriendo.

—Burlate de mí, hermano, cuanto quieras, le dijo; quizás te sobre la razon... Lo he olvidado todo, para consagrar mi cuerpo y mi alma á un solo pensamiento... ¡quién sabe si en todo esto no habrá mas que un capricho burlon de una niña irreflexiva!... pero por mas que razono, yo no puedo hacer mas... es preciso que yo persiga esta esperanza que brilla ante mis ojos, ya sea ella la luz amiga de un faro ó el brillo engañoso de un fuego fátuo.

—¿Sabes, chico, que hablas mejor que un libro, y que han de escucharte las princesas?... sigue tu faro ó tu fuego fátuo,

hermano mio; pero ten entendido que no es estando aquí, bajo estos telones dorados, cómo se consigue llegar al uno ó á la otra... vente conmigo; busquemos juntos, y no dudes que hemos de encontrar pronto lo que buscamos.

Una negativa se vino á los labios del jóven. Mas volvió los ojos, por casualidad hácia el jardin, en que se veia un trecho por la abertura de los paños de la tienda, y vió pasar un enjambre de mujeres, entre las que creyó reconocer á aquella cuya imágen llevaba grabada en el fondo de su corazon.

Sucede á todos lo mismo. Cuando pasa una docena de mujeres enmascaradas bajo los rayos rutilantes de las lámparas, hay siempre una al meaos entre ellas, que nos parece ocultar bajo su máscara la belleza por quien suspiramos.

Juan Rubio se levantó precipitadamente, y se lanzó al jardin como un frenético; Juan Moreno no tuvo tiempo mas que para echar á correr en pos y coger la de su manto, diciendo:

—¡Un poco de calma, compadre!... agárrate de mi brazo, y aprieta bien, porque si nos perdemos en este delicioso laberinto, Dios sabe si podríamos encontrar nos en una semana entera.

Juan Rubio, sin responder, le arrastraba á paso de carga hácia aquel grupo de mujeres, que se perdía ya entre la muchedumbre.

—Anda, hombre, esclama en el momento en que las fugitivas iban á desaparecer detrás de un bosque; ¿no la ves allá... allá abajo... al fin?...

—Veo tantas cosas, replicó Juan Moreno maravillado, que no sé siquiera dónde estoy... ¡Ah! ¡qué funcion y qué muchas!... Vive Dios, que si las vírgenes de Israel eran así, hubiera querido vivir en los tiempos de Salomon.

Juan Rubio estaba demudado, y sudaba á chorros. Per mas que hacia para arrastrar al paje, este se detenia para mirar, y bien de cerca, á todas las mujeres que pasaban, ya perteneciesen á la raza de Ja-

cob, ya fuesen de las hijas de Ismael, y ni aun reparaba en que fuesen de los Gentiles.

Llegaron despues de muchos altos al recodo del bosquecillo en que habia desaparecido la vision del enamorado mancebo.

Del lado de allá del bosque, la iluminacion del jardin se interrumpia bruscamente: se habia simulado á algunos pasos de la arboleda una rambla profunda, por donde corría un torrente, y ambos jóvenes se detuvieron asombrados ante aquellas tinieblas imprevistas.

—Por ahí no han podido ir, dijo Juan Moreno.

Mas su compañero creia estar seguro de lo que habia visto: se adelantó algunos pasos, y se encontró de repente con un grupo, cuyos vestidos negros los hacian confundirse con las tinieblas.

—Vete de aquí, hijo de Baal, dijo una voz hueca, que salía de en medio del grupo. Vé á confundirte entre el cortejo de esa impúdica, que viene del Yemca á ver á un rey loco, y deja en paz á los sabés.

Juan Rubio vaciló sobre el partido que habria de tomar, pues tan vivo era su deseo de llevar hasta el fin la aventura; mas el paje le atrajo hácia sí.

—No hagas caso, murmuró; vente conmigo, querido Juan, porque esta es alguna de tantas farsas preparadas para casos como el nuestro; vente para allá, repito, y déjate guiar por mi experiencia. Yo te prometo que hemos de arribar á buen puerto.

Juan Rubio se dejó llevar, no sin volver varias veces la vista, hasta que, deslumbrado por los torrentes de luz, creyó reconocer diez veces, no una, á la dama de sus pensamientos entre los torbellinos de mujeres que cruzaban á cada paso.

Sumióse en la muchedumbre con ardor, seducido por su ilusion, y olvidó muy pronto la comparsa de caballeros negros.

Dejábase ya guiar sin resistencia por la consumada pericia de su compañero. Mas ¡ay! la pericia y la esperiencia del presumido paje no estaban al abrigo de ciertas seducciones. No era él quien, como el prudente Ulises, se hubiese hecho atar al palo mayor de su navío con los oídos llenos de cera para no oír el canto de las sirenas.

Mientras que Juan Rubio buscaba y buscaba, y se creía á cada paso á punto de encontrar, Juan Moreno no perdía el tiempo. A él todo le venia bien; no pasaba una á quien no dirigiese una miradilla indiscreta y tal cual requiebro, que su elegante y atrevida postura hacia acoger siempre con cierta benevolencia.

Confesamos, con cierto dolor púdico, que Juan Moreno, este interesante pajecito, no era de la madera de que se hacen los perfectos caballeros.

Le faltaba ese recto sentido de los valerosos paladines y enamorados caballeros andantes: la constancia. Se parecia al infiel Galaor, que amaban siempre, muy lealmente y muy de buena fé, pero que no amaba nunca á la misma reina dos dias seguidos.

¡Gran Dios! este pícaro Juan Moreno no pensaba entonces en la pobre Mirette; y sin embargo, la amaba con todo su corazon.

Hubiera provocado por ella á combate singular, unos despues de otros, ó á todos juntos, á cuantos guerreros hebreos ó caballeros gentiles andaban por los jardines de la Marche.

Pero no estaba allí la interesante Mirette, y la cabeza loca del paje se perdía: estaba ébri viendo desenvolverse ante sus ojos aquellas interminables guirnaldas de mujeres hermosas.

Aquella funcion, aquellos jardines eran para él el paraíso de Mahoma. Juan Moreno andaba por ellas y entre ellos, como una mariposa en un jardin florido; revoloteaba, y hubiera querido posarse sobre todas.

¡Pobre Mirette! ¡Pobre Mirette!

No sabré decir si fué una morena ó una rubia; una ninfa de ojos azules rasgados ó una trigueña de ojos negros y brillantes como candelas; no podré asegurar si fué una mujer de cabeza altiva y actitud resuelta, ó una joven delgadita, de cintura flexible como una caña, y tímida como una gacela; no sé si fué Marta, ó María, Ana ó Isabel, quien le arrastró en pos de sí; mas es el caso que Juan Moreno desapareció.

Juan Rubio se encontró aislado y solo, en medio de aquella muchedumbre, sin saber cómo ni cuándo.

El buen vino de Champagne rompe á veces la botella donde se quiere aprisionar su espíritu inquieto, y así sucedió con el gascoso corazon del paje.

El cerebro de Juan Moreno habia saltado como el tapon de la botella de Champagne; se habia ido con Marta ó con María, mientras que Marta ó María se perdian entre la muchedumbre para irse en seguida con Ana ó con Isabel.

Juan Rubio no se apercibió de la fuga de su compañero, absorbido como estaba en sus investigaciones, sin ocuparse de lo que pasaba en derredor de sí.

Solo que cuando se figuraba haber encontrado, preguntaba al paje; ¿fué en uno de estos momentos cuando se apercibió de su soledad:

—¡Mira! habia exclamado por la vigésima vez; mira, hermano mio, allí está!

La respuesta burlona que seguia á este anuncio, tantas veces desmentido, no llegó; aquella vez á sus oídos; nuestro encantado mancebo dió una vuelta brusca sobre sus talones, y se encontró solo.

Se sintió entonces con el corazon oprimido por un desmayo extraño; aquella muchedumbre ruidosa y locamente agitada, en medio de lo que se veia perdido, era para él como el mar sin riberas para un náufrago infeliz. Se veia allí perdido y anegado, pobre niño de las selvas; no sabia dónde estaba: todo allí le era desconocido.

Aquellas espléndidamente iluminadas

arboledas, que antes le deslumbraban con su encanto seductor, producian ahora en él una sensacion de amarga tristeza.

Aquel lujo inaudito que en sus sueños nunca hubiera podido adivinar; aquellas maravillas sin fin, que su imaginacion no hubiera sabido nunca inventar; aquella noche, cuyo brillo eclipsaba al del dia; aquel fausto, aquella riqueza, todo pesaba sobre él hasta abrumarle formando un contraste desgarrador que le mostraba mas al descubierto su miseria.

¿Qué era lo que buscaba? ¡la reina de aquella fiesta!

Y él, ¿qué era?... El recuerdo de su madre le asaltó, al mismo tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas: ¡su madre! la pobre soledad y la indigente cabaña del bosque se presentaron á su imaginacion sobresaltada.

¡Su madre! ¿no estaria llorando? ¿no estaria llamando en vano al sueño consolador?

Quién sabe si no se habria puesto en camino tras él; porque en la posada de la Pavot habia reconocido al excelente hombre que habia sido el ayo de su infancia.

¡Ay! ¡Su madre no tenia otro consuelo que él! bien lo sabia: ¡la habia visto llorar tantas veces cuando se creia sola con Dios!

Sin embargo, él la habia abandonado.

Los extremos se tocan, dice el proverbio, y es verdad; puesto que los mismos efectos se producen á veces en circunstancias diametralmente opuestas; la luz prodigada al exceso engendra esas visiones que se parecen á los fantasmas, hijos de las tinieblas.

Marchando el desdichado Juan á la ventura entre aquella muchedumbre, cuyo murmullo confuso le ensordecia, se presentó una vision á sus ojos: ilusion ó fantasma, el recuerdo evocado de su madre tomó para él una forma.

Se quedó estupefacto. A diez pasos de él habia un caballero disfrazado con un

rico traje hebreo, cuyos anchos pliegues no podían disimular su espantosa demarcación, y bajo el semi-velo que pendía del boquete ó turbante se divisaba un rostro descolorido, macilento y enfermizo.

Iba cogido al brazo de este caballero una mujer cubierta con un velo. Al verla creyó Juan reconocer el gallardo é imponente contorno de su madre; una ráfaga de viento hizo ondular las luces de las arandelas y faroles de la iluminación, y el velo que cubría el rostro de la desconocida, se levantó. Juan lanzó un grito involuntario:

—¡Mi madre!

La madre se volvió, le miró, y siguió su camino.

El mancebo cerró los ojos, y con sus manos se apretaba las sienes, porque se creía loco.

Un torbellino de alegría le arrastró en su carrera, y cuando abrió sus párpados, el caballero desconocido y su compañera habían desaparecido.

Juan hizo ánimo de volver á las tiendas donde la comitiva de Blanca de Armagnac había fijado sus cuarteles; pero no sabía por dónde ir. A cada paso que daba se ofrecían á sus ojos nuevas maravillas que los fatigaban sin destruirle, y cuando trataban de orientarse, sus párpados se cerraban involuntariamente, heridos en el eterno horizonte de fuego que le circundaba.

No tenía ya confianza en sí mismo y le parecía á veces que aquel suelo mágico por donde marchaba, iba á abrirse bajo sus plantas.

Él quería persuadirse de que soñaba: esta música que hiere mis oídos, estos perfumes que embriagan, con ilusiones de mi fantasía ó creaciones de mi sueño.

—Pero, ¿mi madre? ¡yo he visto á mi madre! De eso no me cabe duda.

De repente se le apareció otra imagen; pero aquella vez tan insensata, tan inverosímil, que Juan hizo por despertarse un esfuerzo supremo.

Acababa de distinguir en uno de los ce-

nadores del jardín, rodeado de una multitud de mujeres echadas mucllemente sobre cogines de seda, á aquel hombre, ó aquel lindito hombre de costumbres tan puras y tan austeras, á su amigo, á su preceptor y ayo tan humilde y tan sencillo, tan casto y tan timorato y ejemplar... A, Fray Tranquilo!

Y no era esta vez el viento que descomponía á una máscara ó levantaba un velo, quien le mostraba el plácido rostro del bienaventurado: estaba allí sin disfraz, en medio de la abigarrada muchedumbre, con su balandran estrecho y largo, abrochado hasta el cuello, con su acostumbrado casquete, en rededor del cual salían sus cabellos lasos: estaba, en fin, como su discípulo le había dejado en el fondo del bosque de Benevent, en tierra de la Marche: él solo, miserable y raído en medio de aquellas magnificencias; él solo, grave, ingenuo, distraído en medio de tantas alegrías, en medio de aquel mar de placeres, en medio de aquella embriaguez incalificable, de aquella demencia universal.

Las mujeres que le rodeaban llevaban vestidos á la oriental, la frente coronada de flores, allí, al parecer, reunidas por él; y era cosa muy extraña ver á aquellas hermosas criaturas cubiertas de oro y de pedrería ir á llenar sus copas en las fuentes de vino que corrían al pié de los olmos, y volver risueñas y afectuosas, serviciales, á ofrecer el rojo licor al pobre hombre, cuyo traje hubiera avergonzado á un mendigo.

Tranquilo las miraba con una especie de espanto, y se santiguaba mientras que ellas reían á carcajadas: unas veces cerraba los ojos, otras quería huir.

Mas una barrera de hermosos brazos alabastrinos enlazados le circundaban, y aquellas locas empezaban á girar en torno de él en rondó lascivo y provocador.

Juan Rubio miraba aquello y no quería creer lo que veía.

Entonces se creía aun en los encantamientos, y Juan suponía que este iba á desvanecerse ante sus ojos.

Había allí un mago con su varita omnipotente, porque cosa mas sorprendente todavía que lo demás, el pensamiento de Juan se realizó; puesto que cuando mas animado parecía el rondó de aquellas bacantes medio desnudas en torno de Fray Tranquilo, que juntaba las manos con terror; las luces se apagaron de repente, y quedó la gloria sumergida en la mas profunda oscuridad. Ya no veía allí nada nuestro héroe, y si solo creyó oír un grilo de angustia de su amigo.

Juan llevaba al costado una espada; era valiente como un león, y no le infundían mas temor los encantadores, que los simples hombres de armas.

Arrastrado por un generoso impulso, iba á lanzarse en aquel mar de tinieblas, para averiguar lo que hubiese de cierto en aquella espantosa aventura; cuando sintió sobre sí dos manecitas delicadas que le contenían apoyando sobre sus brazos.

—Amabilísimo caballero, dijo una dulce voz; voy á permitirte decirnos cuatro palabras.

No era la primera aventura galante que se había ofrecido en aquella noche al hermoso jóven, sobre todo desde que se encontraba aislado en aquella muchedumbre. Y no era á fé porque llamara la atención su traje, puesto que la buena voluntad de su tocayo el paje no había podido añadir á su casaca de paño burdo, si no un mantó de comparsa sabdo; pero rostros y continentes como los suyos, para nada necesitan accesorios deslumbrantes.

Nuestro héroe poseía en el mas alto grado esa belleza grave, verdadera, interesante, permítasenos emplear esa palabra deshonrada por el vulgo elegante, esa belleza, en fin, que va derechita al corazón de las mujeres.

Aun vestido de gañán hubiera pasado en cualquier parte por un príncipe disfrazado.

—Quisiera responder como debo á vuestra bondad, señora, replicó tratando de desasirse, pero...

—¡Oh! caballero, interrumpió la des-

conocida sin soltar su presa; había formado mejor concepto de vos esta mañana al veros caracolear delante de nosotras en el camino que hay entre Corbeil y el bosque de Fontainebleau.

El interesante mancebo quedó cortado y no hizo ya movimiento ninguno. Mas miraba con avidez, procurando penetrar aquella máscara que, como de excelente terciopelo desafiaba su curiosidad. Todo lo que pudo ver fué que la desconocida era una jóven encantadora que se sonreía mirándole al través de los agujeros de su careta.

—¿Y en qué creéis que pueda servirnos, señora? la preguntó.

—Eso ya es otra cosa, mi amable caballero, replicó la desconocida, y vamos á entendernos. ¿Podeis ayudarme á buscar entre esta confusión á un cierto jovencillo indiscreto, imprudente y torpe que compromete á las damas, siguiéndolas todo á lo largo por los caminos reales, y á quien yo tengo necesidad de ver?

El inesperto jóven quedó confundido: comprendía muy bien que aquel ataque, un si es no es brusco para salir de una boca tan monona, se dirigía derechito á él. Mas el infeliz estaba completamente desarmado para luchas de este género. En el fondo del bosque, en los escampados solitarios, se puede muy bien encontrar por casualidad á un honrado arquero que enseñe á manejar la espada; mas no á un profesor de galanteos que enseñe la estrategia sutil de los salones ó de las cortes. Esto, no solo es difícil, si no que tambien imposible.

En cuanto al problema de por qué las jóvenes bonitas se complacen en oprimir á los buenos mozos, cuestion es que toca resolver á la alta filosofía.

Juan Rubio miró á la bella desconocida, cuya sonrisa traviesa se iba haciendo cada vez mas burlona.

Desconcertado estaba el pobre muchacho: y aun cuando lo que en aquel instante le pasaba, tuviese relacion con su misterioso enuentro con Mma. Blanca, deseaba de

todo corazón escapar y perderse entre la muchedumbre.

Mil veces hubiera preferido ver flamear entre sus ojos un enorme espadón! tanto la lengua afilada de la bella desconocida le parecía mas temible, cuanto la tremenda tizona del valiente soldado Geromo Ripaille, su maestro en la noble ciencia de la esgrima.

—Señorita, balbuceó bajando los ojos.

—Hé aquí lo que yo busco, interrumpió la desconocida jóven y casi creera haberlo ya encontrado, mi amable caballero, si pudiera presumir que un gentil-hombre convidado á una fiesta por su dama, hubiese de tener el capricho de presentarse con una casaca de paño burdo y un manto destinado á los lacayos.

El interesante jóven se puso encarnado como una peonia, y casi tuvo ganas de llorar.

Tanto le oprimió en aquel momento la conciencia humillante de su pobreza.

—¡Ay! señorita, dijo; si viniérais de parte de quien yo respeto, y á quien adoro como á una santa, manifestadle mi arrepentimiento... yo os lo ruego... Decidla que he venido porque me ha mandado que viniese, y porque no he tenido tiempo para confesarle la mísera situación en que me veo. Referidla mis propias palabras, señorita, si sois tan misericordiosa como linda. Decidla que no soy nada en este mundo, y que me contentaba con adorarla á lo lejos y quererla como se adora y se quiere á los ángeles, y con besar, como tantas veces lo he hecho, la huella amada de sus pasos. Decidla que quería ser rey para poner mi corona á sus piés; pero que desgraciadamente no soy ni aun hidalgo, ni aun escudero, ni siquiera paje. Decidla, en fin, ¡oh encantadora señorita! que me perdona haber venido con este humilde y único traje que tengo, y con un manto que debo á la buena voluntad de uno de sus servidores.

Hablaba así con voz dulce y triste. María de Argenes, porque ella era quien por orden de su señora había ido á buscarle,

primero al pabellon de los pajes, y luego, no encontrándole, se había lanzado valientemente en su persecucion al través de la muchedumbre, María de Argenes, decimos, se sintió conmovida.

—En mi vida he visto un jóven tan hermoso, se decia, si es que Mma. Blanca quiere jugar con su corazón, mucho me temo que haya de perder la partida.

—Seguidme, amable caballero, murmuró al oído de Juan Rubio con graciosa sonrisa, pero de que ya había desaparecido para siempre del aire de burla. Creo que no tendreis necesidad de intérprete para hablar á vuestra dama, y que vais á ser muy feliz. Si estais enamorado, como creo, y en la hora próxima á la en que bendigais vuestra buena fortuna, os ruego me tengais presente para dispensarme de buena voluntad y de todo corazón las palabras imprudentes con que quizá he lastimado vuestra delicadeza y dignidad.

—¡Ah señorita! quiso decir Juan Rubio mirándola con reconocimiento.

—Yo soy una locuela, continuó diciendo María, como tantas otras que andan por aquí, de quien no debéis hacer caso, mi amable caballero... pero venid conmigo, y sobre todo, no tengais ašomos de recelo, que estoy encargada de hacerlos cambiar, por otro mas adecuado, ese traje un tanto rústico, que os haria muy visible en esta reunion.

La frente del jóven se revistió de un aire de orgullosa dignidad, y asomó á sus lábios una palabra negativa tan bien marcada, que María de Argenes comprendió tener necesidad de añadir algo á aquella intimación, é inclinándose á su oído, le dijo:

—Así me lo ha mandado Mma. Blanca de Armagnac.

Juan Rubio levantó los ojos al cielo al oír este nombre bendito, y cedió sin mas hablar: dió su mano á la bella María de Argenes y los dos juntos empezaron á surcar por aquella muchedumbre.

No se acordaba ya de las visiones que le habían perseguido desde su entrada en

aquellos jardines encantados, ni de la extraña comparsa de caballeros negros emboscados á la sombra de los corpulentos olmos, ni de la imágen querida de su madre, que una loca ilusion le había mostrado un instante tras un velo agitado por el viento, ni de la fantástica vision de aquella glorieta brillante, donde el pobre Fray Tranquilo se agitaba loco en medio de un enjambre de hadas incitativas ó de furias disfrazadas con los atavos de las sacerdotisas de Vénus.

No se acordaba de nada; no le ocupaba mas que una idea, un pensamiento; Blanca de Armagnac su dama, cuya imágen radiaba en su corazón y en su mente.

María de Argenes poseía un maravilloso talento para abrirse paso entre la muchedumbre, y para reconocer muy bien las confusas y sinuosas vias de aquel improvisado paisaje, puesto que solo tardaron algunos minutos en franquear el espacio en que el desorientado mancebo había andado errante una hora larga.

Bien pronto reconoció las tiendas doradas del campo de Saba, y fué precisamente hácia la mas grande y mas ricamente exornada de todas, donde María de Argenes se dirigió. Dió la vuelta corriendo como una sílfide, levantó un portier que se encontraba al lado opuesto de la entrada pública; pronunció una palabra de seña al oído de un esclavo negro como la tinta, que hacia centinela á lo interior, con la cimitarra en la mano, é hizo entrar á Juan Rubio en un lindo gabinete, donde algunas damas del séquito de la reina de Saba estaban reunidas.

Una vaga explosion de júbilo acogió la entrada del gallardo mancebo y de su compañera.

El pobre Juan Rubio no sabia ya cómo componerse, pues para un pobre salvaje como él, era aquella demasiado rudamente.

Recorrió con su vista los contornos de la reducida estancia, y por todas partes encontró rostros agraciados á eual mas

picarescos á mas no poder, y animados por la mas viva curiosidad.

No sé que posición era mas embarazosa, si la de una jóven que se encuentra de improviso rodeada por una comparsa de mozuelos alegres, ó la de un pobre muchacho, á quien la casualidad coloca bruscamente en un círculo de muchachas burlescas y picaruelas.

La jóven tiene al menos el recurso de las lágrimas; mas al pobre inocente ni aun llorar se le permite; y si llorara, os dejo adivinar lo que podia llegar á ser su martirio.

La posición de la pudorosa doncella, en este caso, es horrible; pero nosotros guardamos toda nuestra compasión para el pobre novieto, que nos parece injustamente mas comprometida y cruel.

Una media docena serian las que había allí, jóvenes todas de diez y seis años la que mas, hermosas como solas y locas, sin rastro de piedad. Por mas que María de Argenes interpuso su valimiento en favor del interesante mancebo, solo pudo conseguir que la acusáran de haberse enamorado; sobre cuyo tema comenzó un fuego graneado que no había mas que oír.

Juan Rubio tomó el partido mas prudente; se sonrió con la mayor dulzura y se entregó desarmado y á discreccion á la crueldad de sus implacables enemigas.

Había preparados en los sitiales un lindo capotillo de paje, un gracioso gorro de terciopelo azul celeste, una primorosa casaca del mismo color con cintas de color de rosa y unos calzones de seda, mitad púrpura y mitad azul, y borcegués de polaina adecuados.

—Señor paje, dijo una de las niñas, y si os place mas, señor príncipe; puesto que el mismo rey quisiera verse tratado como vos, todas nosotras estamos aquí á vuestras órdenes, y esperamos vuestros mandatos para principiar vuestra trasformación.

—Fuera de broma, amigas mías, dijo María de Argenes, que por su juicio casi



parecía una madre en medio de aquellas locuelas: se trata de una cosa muy grave, á lo que parece, y ninguna de nosotras sabe en lo que esto puede venir á parar.

—¿En qué ha de venir á parar? exclamó la Lahae, linda muchacha rubia, que miraba á nuestro héroe con ojillos un poco interesados, es lindo como un caballero de los cuentos de «Las mil y una Noches» y el señor Olivier tiene ya los cincuenta del pico.

Una explosión de carcajadas contestó á la graciosa ocurrencia de la rubia de los ojos azules.

—¡Basta! exclamó María de Argenes; la señora nos espera.

Todas aquellas locuelas, sin distinción, amaban con toda su alma á madama Blanca de Armagnac: cesaron las risas y se prepararon á comenzar la obra formal de la transfiguración del paje.

Porque bien podreis figuraros, caros lectores, que aquellas vistosas prendas espárcidas por los sitios, aun cuando no muy propios que digamos para un paje de la reina de Saba, eran, sin embargo, los que se habían adoptado por el sábio director de escena de la famosa farsa: Borcegues de polainas, calzas de dos colores, casaca azul con cintas y lazos de rosa, manto azul y gorro de terciopelo vestían los árabes del Yemen en tiempo del sábio rey Salomon, al decir del maestro Annibal Cola, grande maestro de aquellas fiestas.

Dos de las interesantes niñas se apoderaron de los borcegues: cogieron otras dos la casaca, cada una por su manga, y las dos últimas se cargaron con la gorra y la capilla.

Quedaban las calzas, mitad azul y mitad de púrpura: ninguna había pensado en las desdichadas calzas. Mas hubo al fin una que las miró, y luego dos, y luego todas.

Y hételas aquí con sus ojitos bajos, desconcertadas y sin saber qué hacerse.

—Pues no puede ir sin calzas á lo que

entiendo... dijo María de Argenes, después de un rato de silencio.

—¡Pues es claro, respondieron todas en coro.

El interesante mancebo callaba y aguardaba modestamente en su rincón, mientras que la asamblea de sus camaristas debatía la grave cuestión de su impenitada trasfiguración.

—Pues, hijas, dijo María, de aquí no podemos salir sin haber cumplido las órdenes de la señora!... y por otra parte, todas somos señoritas muy honestas y muy pudorosas, para quienes el honor es mas que la vida.

La asamblea aprobó con un movimiento unánime de asentimiento.

—En consecuencia, continué diciendo María de Argenes, propongo un medio.

—¿Cuál?

—Escuchad. Nos quitaremos las cintas del cuello, y nos vendaremos con ellas los ojos muy lealmente. Estando vendadas, este caballero se pondrá las calzas, y cuando lo haya hecho nos avisa, nosotras nos quitamos los lazos de los ojos, y el honor queda á salvo.

Aun no había acabado de decirlo, cuando todas las cintas estaban en la mano, y aquellos lindísimos ojos, que brillaban antes con tintes tan diversos, aunque todos igualmente vivos, se vieron cubiertos con su venda.

—¿Está ya? preguntó María de Argenes.

—Ya está, respondió Juan Rubio.

Las cintas pasaron de nuevo de los ojos á las golas.

Las calzas brillantes dibujaban las graciosas y esbeltas formas del mancebo; sus camaristas le rodearon, y se sonrosaron un poco al pensar en lo que había podido ver. Pero María de Argenes pasó la esponja sobre aquel escrúpulo de la conciencia general, diciendo:

—Hijas mías, con seis cintas no se pueden hacer siete vendas.

—¿Y quién negará que desía verdad? Por

otra parte, nuestras lindas camaristas no eran de esas gazmoñas, á quienes dá en que pensar toda una semana un pecadillo leve.

Sí por acaso inocente Juan Rubio les hubiera confesado que no había visto nada, hubieran estado de mohín un mes.

Pero nuestro héroe tenía demasiado en qué pensar para hablar en valde. Estaba como una amapola, y se manifestaba casi cortado, porque se veía asediado por todas partes por blancas manos que le arreglaban, y que le tocaban. Ya el peine se sumergía en las bellas ondas de su rubia cabellera; lindos dedos le separaban en dos porciones iguales, y mientras que cada lustrero bucle se empapaba en perfumes, otras manos diestras y delicadas abrochaban la casaca, y preciso fué que, de grado ó por fuerza, permitiese que se le calzaran sus borcegues de polainas.

Tenían razón las bellas camaristas para llamar á Juan Rubio señor príncipe, porque, á no dudarlo, ninguno hubo aquel día sobre la tierra que se viese mejor servido.

¡Lastima fué que no hubiera estado en su lugar Juan Moreno!

Y echáronle sobre los hombros el manto azul que hacía maravilloso juego con la cenida casaca; la gorra de terciopelo vino en seguida á cubrir la hermosa cabeza, dejando escapar los luminosos reflejos de la aurora, la poblada cabellera del encantador mancebo.

No se reían ya aquellas muchachas: había un granito de melancolía en su mirada y un poco de tristeza en el fondo de sus sensibles corazones.

María de Argenes bajó las largas pestañas de sus párpados sutiles, y dió un suspiro; sus compañeras hicieron lo mismo.

Estaba tan interesante aquel jóven con su hermosísimo rostro, que coloreaba la cortedad; con aquellos rasgados ojos tímidos, dulces, expresivos y brillantes; con su sonrisa inteligente y sencilla á la par! suspiraron, repelimos, y dijeron, tratando

en vano de reconquistar su alegría burlesca:

—¡Adios, señor príncipe!...

En seguida levantaron una punta del tapiz, y desaparecieron, no sin echar hacia él una larga mirada de despedida.

Juan quedó solo con María de Argenes, la cual estuvo un instante silenciosa y conmovida; su seno palpitaba, y sus ojos negros dejaban distinguir un cierto brillo diamantino.

—Amable caballero, dijo al fin; no sé si tendré la dicha de veros mas; pero creed que os deseo con toda mi alma una felicidad completa.

Juan Rubio se inclinó sobre su mano, y la besó.

—Sois muy amable, señorita, respondió, y os doy las gracias.

María de Argenes reprimió un suspiro, y sacudió bruscamente su cabeza.

—Es la primera vez que me encuentro cortada como una payesa, murmuró, y ni parece bien ni quiero estarlo.

En seguida se puso en actitud de despedida, y dijo:

—Caballero Juan, he quedado aquí la última, porque debía quedarme... tengo que comunicaros las últimas instrucciones de madama Blanca de Armagnac, mi señora.

Los ojos de Juan Rubio brillaron como si un rayo de luz los hubiera herido de repente. María desvió los suyos.

—Hablad, señorita... dijo el jóven hecho todo oídos.

—Vais á salir por donde habeis entrado, dijo María de Argenes; por la puerta secreta; el negro que la guarda cruzará ante vos su cimitarra, diciendo: Blanca, este es el nombre. Vos responderéis hermosa; esta es la seña. Dareis la vuelta á la tienda, e ireis á esperar á la entrada principal... en cuanto el rey Salomon ponga el pie en los jardines, el cortejo de la reina de Saba se pondrá en marcha para salirle al encuentro.

—Yo deberé ponerme al lado de la

reina?... dijo Juan Rubio devorado por la impaciencia.

—¡Esperad!... murmuró María de Argencos con una sonrisa triste; el que se llama esta noche el rey Salomon tiene largas espadas á su servicio y afilados puñales... ¿Qué es para él la vida de un hombre?

—¿Y á mí qué me importa la vida? exclamó Juan Rubio.

La jóven le interrumpió.

—Ya sé que amais con todo vuestro corazon, y os repito, caballero, que os deseo toda felicidad; pero, añadió dando un paso hácia el sitio por donde sus compañeras habian desaparecido, guardáos de acercaros á la reina.

Juan Rubio hizo una reverencia, y le pareció que le robaban todas sus esperanzas.

—Dejareis pasar á la reina, prosiguió María; dejareis pasar á la primera dama que siga á la reina, porque esa seré yo; os aproximareis á la que me siga, y á quien reconocereis por su sombrerillo de terciopelo del mismo color que vuestra gorra, y por su manto azul igual á vuestro manto... le ofrecereis la mano... Dios os guarde, caballero.

—¿Y esa mujer? preguntó Juan Rubio con voz suplicante; ¡ah! yo os ruego que me digais...

María de Argencos habia levantado ya el tapiz; llevó el indice de su mano derecha á los sonrosados labios, como para recomendar la discrecion, y yo no podré decir cómo su mano se redondeó al apartarse de los labios, é hizo ese ademán gracioso que envia á lo lejos un beso.

—Yo os digo que seréis feliz, murmuró desapareciendo detrás del tapiz.

Juan se llevó ambas manos al corazon, que latia á punto de hacer estallar su pecho.

### III.

#### LA SALA DE LOS ENCANTAMIENTOS

No era una ilusión: los ojos de Juan no le habian engañado: era efectivamente su buen amigo el pobre Fray Tranquilo el que Juan Rubio habia visto en medio de una especie de Paraíso musulman, iluminado con luz deslumbradora y lleno de hermosas mujeres.

Aquel lugar poético, era el teatro donde debian pararse las muelles delicias de la corte de Salomon, despues que el sábio rey hubiese dejado el camino del Señor. Aquellas hermosas mujeres eran las ídólatras contratadas para hacer el papel de concubinas del hijo de David.

—¡Hé aquí lo que habia sucedido. Vicente Tarquino habia llevado consigo al buen Fray Tranquilo á la grupa y al galope alzado desde la posada de la Urraca al castillo de la Marche. El italiano, que tenia prisa por conferenciar con el conde, se habia apeado del caballo y habia dicho á sus compañeros al echar de un empujon á Tranquilo en medio de ellos:

—Guardádmelo.

Los compañeros de Vicente Tarquino eran de varias clases; habia hidalgo, como Thibaut de Ferrieres que oían un cambio de gobierno, y que llevaban mas de un pensamiento secreto á aquella función. Estos entraron de seguida en los jardines, y se pusieron en continenti á hacer lo que pensaban.

Habia tambien simples hombres de armas y soldados que iban á divertirse, y nada mas. Estos debian obedecer, al menos por un poco de tiempo, la recomenda-

cion del capitan Vicente Tarquino, porque el buen hombre que les dejaba con su balandran raído y su larga cara de tonto, prometia hacer un oso excelente, un hazme rein' completo.

Examinaron por un momento á Tranquilo, que tenia los ojos asustados y un mismo pensamiento hizo asomar una sonrisa igual á todos los labios.

Era una fiesta estraña, que iban á divertirse y hacer en los estados de Salomon una entrada triunfal.

Al lado de la galería tendida de ricos tapices, que era como el umbral del país encantado, habia un cobertizo lleno de objetos destinados á la representacion. Se tenian allí, entre otras cosas, literas para los reyes amigos ó tributarios de Salomon, para las reinas y los príncipes de los sacerdotes.

Cogieron una de aquellas literas, desarmaron la caja é hicieron una especie de palanquin descubierto. Pusieron en seguida un taburete en medio, en que hicieron sentar á Fray Tranquilo, y cuatro robustos soldados, echándose al hombro el palanquin, se engolfaron en la galería, gritando:

—Paso á Salamazar, el hechicero de la reina.

Tranquilo apareció á la vista de la muchedumbre que obstruía las avenidas de la galería sentado muy derecho en su taburete con su escafido balandran abrochado hasta el pescuezo que le hacia aparecer estrecho y largo como el palo de una lanza, con su rostro que se veia pintado en él el asombro prolongado sin él saberlo por un enorme cucurcho de Mago encontrado en el improvisado guardaro-  
ropa.

La muchedumbre saludó con frenéticas aclamaciones aquella procesion que inauguraba la série de farsas prometidas.

—¡Viva! gritaron de todas partes. ¡Viva el mago de la reina Sabal!

Tranquilo dejaba hacer sin moverse ni pestañear: habia algo como de loco en su mirada, que á veces bajaba tímida para

reaparecer en seguida llena de una exaltacion febril.

Para comprender esto, mejor conviene saber cuál era el estado mental de Tranquilo, y lo que pensaba aquel pobre sér incompleto, enfermizo y estravagante, en quien se veian reunidas las debilidades, de la infancia con los arranques mas heróicos, que era ignerante y sábio á la par, cuerdo y demente al mismo tiempo.

Tranquilo era sobre todo un espíritu débil y solitario, empobrecido por el excesivo estudio y la continua distraccion. Vivía fuera del mundo real y desde su infancia llevaba en sí como otro universo creado por la fiebre de su cerebro.

Tranquilo habia sido bruscamente arrancado de su sueño, el que le daba algunos vapores del buen vino que le habia servido la Payot: se habia quedado dormido en la exaltacion de sus ilusiones, y al despertarse habia visto aspadado sobre un caballo, cuyo rápido galope habia acabado por aturdirle.

Hacia tres dias que Tranquilo venia siguiendo las huellas de su discípulo fugitivo, y esta última fatiga venia á llenar la medida de sus fuerzas.

Bien sintió, mientras el caballo de Tarquino le llevaba, que sus ideas hervian en el cerebro: vió la noche, que le rodeaba, poblarse de repente, y una especie de vértigo alegre se apoderó de él mientras pudo disfrutar del viento fresco que templaba el ardor de su cerebro.

Oía resonar en torno de sí en el empedrado las pisadas de los caballos de los compañeros de Tarquino, los guijarros de la calle despedir chispas de fuego, y entre la conversacion de los hombres de armas oía repetir á cada instante una palabra: Salomon, Salomon.

La causa alegada por Vicente Tarquino para hacerle montar á la grupa de su caballo, se oscureció ya en su memoria.

El soñador estaba allí como en medio de un sueño y se dejaba llevar.

Cuando se le hizo apea en el patio de honor del palacio de la Marche, la me-

moria de Tranquillo hizo un esfuerzo violento y doloroso por despertarse. Hacia quince años que no había atravesado aquel puente levadizo, pero reconocía vagamente la magestuosa fachada, en cuyo centro había reemplazado el escudo de Graville á las armas unidas de la Marche y de Armagnac.

Cuando los compañeros de Tarquino contemplaban entre risotadas su descompuesto semblante, es cuando él procuraba, él se esforzaba y luchaba para construir la antigua morada de sus señores en medio de los cambios hechos por su abuelo poseedor.

No se necesita tanto para recalentar la fiebre hasta el delirio: este último esfuerzo acabó por anegar las ideas de su cerebro, y mientras que atravesaba la espaciosa galería, se apoderó de su mente una alucinación.

Cuando se presentó á las miradas de la muchedumbre estaba grave, y se hubiera buscado en vano durante mucho tiempo antes de encontrar quien pudiera representar mejor que él su grotesco personaje.

Una vez en el jardín ya no había nada que pudiera atraerle á la realidad de sus recuerdos: era en verdad un mundo nuevo que se parecía al mundo confuso, tenebroso y espléndido á la vez, que se representaba en la soledad de sus noches. Era el mundo abortado por los locos, sabios y enfermos delirantes, sus predecesores, en la investigación de la grande obra.

Era el mundo sobrenatural, la humanidad *noctambule* de los latinistas alemanes, el medio planetario de Alberto el Grande, el universo prodigioso y fantástico que se para nuestro globo del infierno.

Y aquí, como en las oscuras calles de París, dormido Tranquillo, distinguía una palabra que dominaba el ruido de la muchedumbre: era la misma palabra, Salomon, Salomon.

Tranquillo miró mejor y reconoció en torno de sí ese paisaje convencional que según las ideas de aquellos tiempos, re-

presentaba las inmediaciones de la ciudad santa.

—Sí, sí, murmuró cruzándose de brazos; bien sabía yo que se debía pasar por aquí al principio del último viaje... este es Jerusalem, y todas las gentes hablan de Salomon, el padre de toda la ciencia.

Como las aclamaciones burlonas redoblaban, añadió con un movimiento de profundo orgullo:

—Se les ha dicho que yo había resuelto los cinco problemas y reducido á cero tres de las siete hipótesis principales: no saben que yo he ascendido la tercera grada, y que no queda ya mas que un velo trasparente como una gasa entre mi y las puertas del cielo.

Arrebatado de este modo en su delirio, la sangre se le subía á la cara: la brisa, al mismo tiempo hacia ondular sus cabellos á la espalda, y tomaba el aire de un ser inspirado.

La muchedumbre aplaudia, viendo que el grotesco personaje desempeñaba su papel á las mil maravillas; porque no hay inspiración que se sostenga, y pueda ser tomada por lo serio en un semblante coronado por un iamenso cucurúcho y sostenido por un esqueleto envuelto en un balandran raído.

Pasados algunos minutos, la muchedumbre, que queria otra cosa para reír mas, preguntó:

—¿No hablará el señor encantador?

Tranquillo estendió su brazo con una gravedad, que arrancó una salva de aplausos.

—Sí hablaré, dijo con voz solemne; ¿dónde está vuestro rey Salomón, el pretendido sabio de los sabios? ¿Se arrodilla ante el ídolo de Belial, que tiene orejas de becerro, y que le enseñó el medio de pasar al segundo grado?

Las orejas de becerro hicieron una gracia infinita.

Tranquillo había erécido un codo, y los compañeros de Tarquino daban gracias á

la casualidad que les había procurado un bufon tan perfecto.

—Escuchad, continuó diciendo Tranquillo; vuestro rey Salomon no vendrá, no podrá sostener mi mirada.

—No se atreverá, interrumpió una voz entre la muchedumbre.

—No se atreverá, vosotros lo habéis dicho; repitió Tranquillo con acento terrorífico... Sabe demasiado bien que yo soy su señor y su maestro, yo que he pulverizado esas murallas enigmáticas que había levantado entorno de la ciencia... sabe demasiado bien que yo he conquistado en Dios y sin renegar mi fé, los grados que él había pedido á los ídolos impuros... vuestro rey está condenado, condenado, digo, por sus crímenes innumerables, á pesar del templo que erigió á Dios; á pesar de su palacio del Líbano, á pesar de sus mil cuatrocientos carros de oro arrastrados por cuarenta mil caballos... está condenado; todos los padres de la Iglesia convienen en ello, si se exceptúan San Gerónimo, San Cirilo, San Ambrosio y San Atanasio...

Las diez mil bocas de la muchedumbre bostezaron, que no estaban allí para oír sermones.

—¡Holá! gritó un hombre de armas que estaba en pie á la entrada de los bosquetes reservados á la representación de las delicias de la corte de Salomon; ese buen hombre no está aun bastante borracho... bajémosle de su trono, camaradas, y entreguémosle á las señoras para que nos le devuelvan en buen estado.

Las doncellas y otras mujeres encargadas de desempeñar el papel de concubinas de Salomon miraban la alegre procesion al través del follaje de las glorietas. Los magos de la corte del sabio rey estaban allí tambien en disposición de hacer la repetición de sus sacrificios.

Todo el serrallo de Salomon se lanzó á él, y circundó las andas.

El hombre de armas Pedro, á quien Vicente Tarquino había dicho especialmente: «guárdamele,» le pujo en manos de aque-

llos alegres bacantes, diciendo á su vez: «guárdemosle.»

Y las favoritas del sabio rey, apoderándose inmediatamente de Tranquillo, que resistía de la manera posible, le arrebataron hácia el salon de las Delicias y de los Milágros.

La muchedumbre se acumuló en torno. Y como eran escogidas entre las mas hermosas todas aquellas jóvenes, hubo allí algo parecido á la tentación de San Antonio.

Tranquillo se había desembarazado de su enorme cucurúcho, y estaba allí en pie en medio del enjambre bullicioso, con sus cabellos esparcidos y los ojos abiertos cuanto podia.

Tentadme cuanto queráis, exclamó cruzándose de brazos; he puesto mi alma en el señor que está conmigo; no os temo.

Tranquillo se mantenía mas firme que una roca.

De repente, las luces que iluminaban la glorieta se apagaron con gran contentamiento de los espectadores, y aquella parte del jardín quedó sumergida en la mas profunda oscuridad.

Era aquel el momento en que Juan Rubio, pronto á lanzarse en auxilio de Tranquillo, era contenido por la blanca mano de María de Argénés.

Oyóse un cántico suave en medio de la noche, y la brisa se cargó de tibios perfumes.

Sobre los cánticos de amor resonaba la voz de Tranquillo; el pobre hombre consumía allí su valor sobrehumano para contener la rebelion de sus sentidos, y clamaba oponiendo una verdadera virtud á este simulacro de seducción.

—No me venedreis, hijas del infierno; no os temo, soy mas fuerte que vosotras.

Cesaron los castigos y se oyeron broncos rugidos en las sombras.

Al mismo tiempo, una luz rojiza pareció nacer tras los ecos, y se fué aumentando poco á poco. El arte de la pirotecnia,

que estaba aun en la infancia, producía ya maravillas.

La luz rogiza empezó á palidecer; tornóse luego azul, y concluyó en verde, dejando ver el enjambre de las jóvenes lidas como espectros irse alejando, y por fin desaparecer.

Tranquilo habia quedado solo en medio del salon, y los rugidos duplicaron en número y en intensidad.

Una manga de fuego centelleó por cima del follaje; la luz verdosa fué sustituida por un fuego de color vivo, cobrizo, que dejó ver figuras monstruosas abriendo bocas enormes en todas las entradas del bosquecillo.

Entre la muchedumbre hubo mas de un soldado muy valiente que tembló á su aspecto.

Los monstruos avanzaron lentamente, mientras que la luz, volviendo por las mismas graduaciones que al principio, enrojecía sus melenas móviles.

Eran leones, tigres, panteras y lobos enormes con sus bocas destilando sangre.

Los cabellos de Tranquilo se herizaron sobre su frente pálida, pero no retrocedió.

—Va de retro, murmuró solamente.

Al oír estas palabras, los monstruos se agitaron, dieron algunas vueltas, é hicieron espantosas contorsiones. Parece, sin embargo, que el exorcismo no era bastante fuerte, porque los monstruos, despues de haberse repuesto de su malestar, se unieron por las garras y comenzaron en torno de Tranquilo un rondó verdaderamente espantoso.

Esta vez pensó Tranquilo que sus oídos estaban locos, porque se le figuró oír á los monstruos arreglar la música de su danza infernal al compás de una canción báquica.

Cuando hubieron concluido su danza, los monstruos dieron un gran grito, cada uno segun su clase. El leon rugió, el lobo ahulló, gimió la pantera como la onza feroz, algunos chacales ladraron ó gruñeron,

y el tigre prolongó un abominable ronquido.

La muchedumbre se tapó los oídos.

Tranquilo, que sudaba á chorros, vió entonces al leon venir hácia él con paso grave y magestuoso.

Esta bestia feroz, de talla gigantesca, llevaba al cuello una sutil cadena de hierro, de que pendia un anillo de oro.

Al llegar el leon al lado de Tranquilo, que estaba mas muerto que vivo, se levantó con mucha donosura sobre sus patas, y se quitó con no menos desenvoltura su cadena del cuello.

En seguida tomó la palabra en buen francés, y dijo:

—Maestro, este es el anillo del rey Salomon.

Los parroquianos mas asiduos de la taberna inmediata pudieron reconocer por la voz del monstruo la reducida talla de maese Pavot que habia cumplido los cincuenta años antes de zurrar á su mujer.

El leon pasó la cadena de hierro al cuello de Tranquilo, petrificado al son de un segundo concierto de alaridos, despues del cual todos los animales fueron desfilando con orden á la luz de un fuego rojizo que fué declinando hasta hacerse amarillo, y se estinguió pasando por un tinte grisáceo.

Volvieron á empezar los cánticos entonces, las arañas se encendieron como por ensalmo, y se vió venir el tropel de mujeres que entró danzando.

Mas á la vista de Tranquilo, todas las concubinas del rey Salomon se detuvieron, aparentando la mas profunda admiracion.

—Señor! señor! exclamó una de ellas que se llamaba Bertrada, ¿quién os ha dado esos magníficos vestidos?

Y todas, juntando las manos, repitieron: ¡oh, qué magníficos vestidos!...

Giraban en torno de él, le contemplaban é iban onumerando en alta voz las piezas de su traje, que eran de seda y de oro, y contando las piedras preciosas de su cinturón y de su diadema.

Tranquilo se miró de piés á cabeza y no vió mas que su balandran raído.

Los espectadores se desternillaban de risa.

Pero Tranquilo, mirándose de piés á cabeza con creciente asombro, llegó á ver el anillo de oro que pendia de su cuello, y su asombro cesó en el instante.

—Es efecto del anillo de Salomon... dijo para sí.

Y para convencerse bien de que no se engañaba, se llevó el anillo de oro á los labios, segun la tradicion, y dijo en voz alta:

—Quiero ser invisible.

No tuvo motivo para quedar descontento del ensayo; porque apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando las concubinas del rey Salomon empezaron á frotarse los ojos, y se pusieron á buscarle como almas en pena.

—¿Dónde está se preguntaban corriendo por todas partes, dónde está el gran encantador, nuestro venerado maestro?... —Ahora mismo estaba aquí, y ya no le vemos!

Tranquilo se alegraba en su interior hasta con no poder contener la risa.

Pero la muchedumbre comprendia muy bien lo que pasaba, y se reía de veras á grandes carcajadas.

Pero la gravedad de Tranquilo no podia complacerse largo tiempo con tales niñerías; se quitó, pues, el anillo de los labios, y la alegre comparsa de concubinas aparentando verle de repente, cayeron de hinojos á su presencia.

—Aquí tenemos á nuestro buen señor de vuelta, exclamó Bertrada fingiendo la mas viva alegría, celebremos su retorno, hermanas.

Mientras que una parte de las alegres bacantes bailaba en torno del pedagogo una danza muelle y líbrica, corrió la otra hácia las fuentes de Baco y Sileno, de cuyas urnas manaba vino escelente.

Volvieron levantando las copas llenas sobre sus cabezas, se reunieron á sus compañeros que habian cogido tirsos y em-

prendieron aquella famosa contradanza de la copa, que era la «cachucha» del décimo quinto siglo.

Tal vez, decimos nosotros, hubiera colocado Tranquilo lo que le pasaba en aquel momento entre las cosas imposibles, si se hubiera encontrado en el fondo de su solitario retiro; y decimos tal vez, porque aquel era el tiempo de los encantamientos, de las ilusiones y de los delirios, y Tranquilo era un espíritu débil familiarizado con las lecturas místicas, y mas predispuesto que otro alguno á confundir con la realidad los desvaríos de su razon.

No era un poeta: era en el fondo de su humilde esfera, uno de esos investigadores atrevidos que miraban mas allá de los límites del entendimiento humano, como Colon miró mas tarde mas allá del antiguo universo.

Entre esos caballeros, de lo desconocido, algunos se han hecho célebres, como Raimundo Lulio, Paracelus, Albert, Trevisan, Artefio y muchos otros iluminados. Pero la mayor parte se han perdido en el olvido, y bien que dirigidos á un objeto estravagante, sus esfuerzos han sido inútiles á la ciencia moderna, puesto que de la ridiculizada alquimia arrancan esos maravillosos descubrimientos que han inaugurado el ilustre y grandioso arte de la química.

En la hora en que nos encontramos, el pobre Tranquilo no tenia ni aun el esmo de razon comun que le pudiera defender contra las ilusiones que asediaban su espíritu.

El cansancio habia quebrantado su cuerpo y solo le sostenia la exaltacion de la fiebre en que se encontraba; en cuyo estado real y positivamente, se creia él en posesion del famoso anillo del Sábio rey de los judíos y de los nigromantes.

Él tenia real y positivamente en sus manos aquel anillo; ¿cómo dudarlo? la manera prodigiosa de hacerse poseedor, no era una prueba mas en apoyo de los mila-

gros hechos por aquel amuleto divino.

Tranquilo se decía, yo soy el fuerte de los fuertes. Si quiero, esa muchedumbre que gira en derredor, se prosternará ante mí, porque el anillo de Salomón se ha escapado de las manos de su señor, hecho ya indigno de poseerlo y yo he sido el escogido para llevarlo; porque yo he cabado lealmente, y lo mejor que he podido, el pozo de la ciencia; porque he pasado mis noches y mis días pidiendo á Dios la clave del enigma eterno, sin recurrir jamás por amargo que fuese mi desaliento, por grande que fuese mi cansancio, al falaz enemigo de los hombres.

—Esta ha sido la recompensa de mi constancia: en lo sucesivo no tengo ya mas que pedir.

El pobre hombre cerraba los ojos para no distraerse de sus solemnes meditaciones: la idea del paso gigantesco que iba á dar en la ciencia, le estasiaba y le asustaba; porque sin pensar aun su pensamiento, es indudable que Tranquilo soñaba ya, y soñaba sobre todo con la grande obra por él conquistada.

La grande obra, doble y magnífica manifestación de esos dos deseos que nacen y mueren con el hombre: la vida y la riqueza.

La vida, es decir, ese bien inapreciable que Adam, nuestro primer padre, perdió cuando fué espulsado del Paraíso por el enojo de Dios: el don de la inmortalidad.

La riqueza, es decir, el acompañamiento de esta vida interminable que no sería mas que un prolongado martirio si hubiera de pasar en la debilidad y en la miseria.

La riqueza inagotable para hacer feliz siempre, siempre poderosa y fuerte la existencia indefinida.

Tal era la grande obra que devolvía al hombre el estado que habia perdido en el momento de su caída.

Tal era la grande obra prosseguida por tantos géneos robustos en su temeridad

por tantos filósofos que dieron un cuerpo á la ilusión de su orgullo.

El pozo de oro y el pozo de vida ambos inagotables, ambos sin fondo.

¡Un himno de triunfo entonaba el pobre Tranquilo en lo interior de su alma, creyendo encontrarse tan cerca del objeto siempre prosseguido, y nunca logrado!

Bien podían danzar, bien podían reír, bien podían cantar las bacantes humedeciendo con el vino la púrpura de sus labios: Tranquilo no las veía, no las oía, ni siquiera pensaba en ellas.

Ese hombre, de quien se reía aquella muchedumbre ignorante, aquel hombre que servía de irrisión á una turba de soldados bestiales, aquella jauría de lacayos se tenia por mas grande que un semi-Dios.

—¡Yo lo quiero... yo lo quiero! murmuró llevando el anillo á sus labios; es preciso que el milagro se haga aquí en este sitio ahora, en este instante mismo.

Convendría no perder un segundo, porque es precisamente en el instante en que el filósofo va á salvar el último obstáculo cuando la muchedumbre de los envidiosos aparece.

Y sin embargo, Tranquilo se detuvo; su mano quedó suspendida, y el místico anillo no tocó á sus labios. Es que un nuevo pensamiento venia á lucir en el caos de su cerebro.

La tradicion decía que bastaban tres deseos para apurar la virtud del anillo del rey de los judíos; el insensato Tranquilo habia ya consumido los dos tercios de este inestimable tesoro.

Una vez habia dicho: «Quiero ser invisible;» otra vez habia dicho: «Quiero hacerme visible;» y ambos deseos se habian visto al punto satisfechos: de suerte, que sola le quedaba un golpe que dar.

Cójase al mas humilde de los hombres y póngasele en el caso de escojer entre los deseos de su alma, y vereis si titubea.

No habia, de cierto, hombre en el mundo mas humilde que Tranquilo, y sin embargo, una vez puesto á reflexionar,

Tranquilo no se atrevió á escojer entre sus deseos; no era para sí el esperar tan ardientemente á la realización de la grande obra, y no obstante, sintió nacer en sí un escrúpulo unido á un remordimiento; se echó en cara su egoismo, y tuvo vergüenza.

Porque este último deseo que le quedaba por realizar podia formularlo de una manera mas precisa, y decir, por ejemplo: «Quiero que madama Isabel y su hijo sean restaurados en su nobleza y poder; quiero que sean felices.

Esto era la parte, en vez del todo, porque la lógica de Tranquilo le decía que la posesion de la grande obra envolvía todo eso.

Pero era formal, y el géneo desconocido encargado de ejecutar las ordenes que el anillo de Salomón hacia obligatorias, no podia utilizar, como hacen todos los géneos; no podia oponer á esta fórmula precisa ningun motivo de no há lugar.

La mano de Tranquilo volvió á ponerse en movimiento, y el anillo se aproximó un poco á sus labios. ¡Ay! bien sentia perder ese aplaudido tesoro que tenia entre sus manos, y que dejaba quizás confundido para siempre en las tinieblas de los desconocidos; ¡pero amaba tanto á madama Isabel y á su hijo Juan de Armagnac!

El anillo estaba ya á algunas líneas de sus labios, cuando la mano de Fray Tranquilo se detuvo de nuevo. Esta vez el sonrosado que sus ideas de triunfo habian hecho subir á sus mejillas, fué reemplazado por una palidez súbita, y sus sienes se cubrieron de sudor.

—¡Mal padre!... murmuró, ¡mal padre! y sus brazos cayeron al costado, mientras que añadía:

—¡Todo para los unos! nada para los otros!

Y de sus ojos, clavados en el suelo, brotaron dos lágrimas.

—¡Marion! decía mi querida esposa; esos pobres niños no han tenido mas que tus oraciones para protegerlos... yo no pienso en ellos mas que por casualidad, y

cuando ya he pensado en todo... pues bien, Marion, mi querida esposa, perdóname esta vez siquiera; será para ellos el mayor favor que Dios me ha hecho y que puede hacerme... mi tesoro lo tengo aquí entre mis manos; es para tí, Marion, para tí, para nuestro hijo y para nuestra hija.

Y con movimiento brusco, como si hubiera temido arrepentirse demasiado pronto, se llevó el anillo á los labios, y dijo:

—Quiero ver á mis dos hijos, si Dios los tiene en vida.

En torno del salon habia un verdadero alboroto; la muchedumbre se agitaba, gritando, como lo hace siempre, á la aproximacion de algun importante personaje.

Se decía que el rey Salomón acababa de entrar.

Esto, en verdad, importaba muy poco á Fray Tranquilo, que estaba á mil leguas de lo que pasaba en torno suyo pensando únicamente en la realización de su deseo.

Abrió los ojos con un terror instintivo, porque en todo prodigio aun cuando se haya implorado con el mayor fervor hay siempre algo de terrible.

Tranquilo vió á algunos pasos de sí á un jóven gallardo y hermoso, cuyo aspecto conmovió todas las fibras de su corazón.

—¡Hijo mio, mi querido hijo! tal fué su primer pensamiento.

El gallardo mancebo llevaba pendiente de la cintura una brillante espada y el sombrerillo de medio lado, cubriendo una verdadera selva de cabellos negros como el ébano, aizados con gracia, que apartaba con la mano á la turba loca de danzantas, y avanzaba derecho hácia Tranquilo.

—Milagro, milagro, decía para sí. ¡Marion, esposa mia, tú nos ves, y tú eres feliz.

Juan Moreno, porque era él el que habiendo acabado con una porcion de aventuras amorosas, vino á cojer á Tranquilo del brazo diciéndole:

—Vamos, buen hombre, ¿qué haceis

ahí en medio de esa turba que se burla de vos?... hay alguno que os ama, y á quien amo yo tambien, sin hablar de ciertos recuerdos que he tenido esta tarde, y que me hacen parecer al príncipe querido de los cuentos de mi abuela... venid, venid conmigo, yo os llevaré á un sitio donde nadie, á fé mia, se reirá de vos.

—¿Y tu hermana? balbuceaba Tranquilo, ha muerto sin duda, puesto que yo no la veo.

Juan Moreno no le oía, porque el griterío redoblaba. Pero no era ya Fray Tranquilo el que escitaba este tumulto, puesto que lacayos, pajes, escuderos, caballeros y señoras, todos en tropel corrían hacia el palacio del rey Salomon, donde los juegos piro-técnicos del maestro Annibal Cola hacían prodigios, y que aparecía solo en medio del paisaje lúmbrio un palacio de brillantes.

—¿Dónde está? preguntó en este momento una voz detrás del seto de verdura, ¿dónde está ese loco que he confiado á vuestra custodia?

La respuesta de Pedro de Raul y de los otros hombres de armas de la compañía de Tarquino, se perdió en el bullicio; mas se pudo oír la voz de Tarquino que decía:

—Ya se acerca el momento en que tendremos necesidad de él.

Los hombres de armas invadieron el salón campestre, donde solo quedaban Fray Tranquilo y Juan Moreno.

—¡Hola! ¡Hola! exclamó Vicente Tarquino al verlos juntos.

Una sonrisa maligna é inquieta á la vez, plegó sus labios.

—¿Es así como se obedece á la consigna, señor Juan Rolaud? exclamó, pues, por quien soy os digo que lo ireis á pagar en el fondo de un calabozo bien profundo.

Juan Moreno habia echado mano á su espada.

—¡Bueno, buenol... refunfuñó Vicente Tarquino, ya nos entenderemos alguna noche á la luz de la luna, compañerito; porque ya sé que haceis un papel que no me

gusta nada... entre tanto estaos quedo tendreis que arrepentiros.

Hizo una señal, y los hombres de armas circundaron á Juan Moreno, espada en mano.

Tranquilo miraba todo esto con un aire de sorpresa inexplicable, y al ver desvainar las espadas, se cogió á los brazos de Tarquino.

—¿Qué es lo que queréis hacer con ese niño? preguntó aproximando su rostro al del italiano mirándole de hito en hito,

Tarquino se echó á reír.

—¿Cómo, mi buen hombre, dijo, habeis podido olvidar lo que veniais buscando aquí?

Tranquilo le soltó los brazos para pasar las manos por su frente como hombre que trata de recoger sus ideas.

—¿Buscando aquí?... repitió, sí, sí... yo he venido á buscar algo por aquí.

—Pues... á tu señorito Juan, respondió Vicente Tarquino arrastrándole hacia el palacio de Salomon.

—Pues... repitió todavía á mi señorito Juan.

Tranquilo se dejaba llevar como un niño, pero con la cabeza vuelta hacia el salón campestre de donde Tarquino le alejaba rápidamente, y mirando siempre á aquel hermoso jóven que habia visto precisamente en el instante en que pedía á su hijo y á su hija al poder misterioso del anillo de Salomon.

Continuaba mirándole, y al paso que la distancia iba desvaneciendo la traviesa figura de Juan Moreno, se le figuraba ver salir de entre las sombras el dulce y hermoso semblante de Marion, su esposa.

—¡Es mi hijo, bien lo veol... ¡yo, que me acusaba de no amarle!... ¡Ah, Dios mío! cuán de buena gana daría mi vida por la suya!

—No tengais cuidado, buen hombre, dijo en este momento Tarquino, no se trata de hacerle mal.

—Pero, ¿y su hermana? decía para sí Tranquilo, ¿cómo no me la ha presentado

el poder del anillo!... ¡Oh, sólo los muertos pueden resistirlo!

Llegaban al espacio inundado de luz, donde estaban reunidos los principales personajes de la farsa.

—Ahí tienes, dijo Tarquino golpeándole rudamente en la espalda: no dirás que no sé cumplir mis palabras; mira... y le señalaba con el dedo por encima de las olas de la muchedumbre, el acompañamiento de la reina de Saba.

Tranquilo, deslumbrado por las luces, miraba y no veía nada.

—Allí, allí, decía Vicente Tarquino con impaciencia, aquel paje de la cabellera rubia que dá la mano á la tercera dama de la comitiva, cubierta con una mantilla azul y un gorro de terciopelo.

Tranquilo estaba colocado de modo que no podía distinguir al paje de la rubia cabellera, pero su mirada se dirigió á la compañera del paje.

Esta iba á desaparecer así como su caballero en el vestíbulo del palacio de Salomon, é iba tan engolfada en la conversacion, que no pudo reparar en los escolones que precedían al peristilo; su breve pié tropezó contra la primera grada, y en el esfuerzo que hizo para no caer se le desprendió la careta.

Tranquilo lanzó un grito de alegría y besó el anillo de Salomon como si hubiera sido una reliquia santa.

—No ha muerto... no ha muerto, dijo riendo y llorando, he vuelto á encontrar á mis dos hijos... ¡Marion, mi dulce esposa, mira este corazón y verás si yo los amo!

La compañera del paje de la rubia cabellera habia recogido su careta y puesto-sela con tanta presteza, que Tarquino no tuvo tiempo para reconocerle, y examinaba á Tranquilo con inquietud y recelo.

Este inclinaba ahora su cabeza sobre sus manos cruzadas y daba gracias á Dios en el recogimiento de su alma.

—¿Le has visto? preguntó Tarquino.

—No, respondió Tranquilo, no es él á quien yo he visto.

—Pues bien, replicó Vicente Tarquino empujándole de nuevo, entremos en el palacio, porque es preciso que tú le veas.

## IV.

## LOS CELOS.

Juan Rubio, vestido de paje de la reina de Saba, con la propiedad que ya hemos dicho, se paseaba arriba y abajo delante de la entrada principal del pabellon; si los ociosos que andaban husmeando en la campiña de Jerusalem habian reparado en nuestro gallardo manco cuando iba vestido con su casaca de paño burdo y su manto destinado á un lacayo, puede adivinarse el efecto que haría con su brillante traje de dos colores.

No era, á fé, un buen medio el que se habia escogido para confundirle entre la muchedumbre.

Pero los colores de Mma. Blanca eran siempre un excelente preservativo contra el atrevimiento; así es que la curiosidad de que el señor Juan Rubio era objeto, no se tradujo sino por miradas curiosas de parte de los hombres, y por la de las damas en miradas atrevidas y provocativas sonrisas.

Juan Rubio debia empezar por aguerirse un poco contra ese género de ataques desde el principio de la funcion.

Una ó dos veces le asaltó el recuerdo de Juan Moreno, mientras hacia su centinela, y miró todo en torno para ver si alcanzaba á distinguir á su aventurero amigo; Pero Juan Moreno estaba muy ocupado; por su parte, en quehaceres, por lo visto muy agradables, y Juan Rubio tenia no poco en qué pensar.

A fuerza de llena su cabeza, estaba a punto de estallar.

Al cabo de una media hora, que le pareció larga como un siglo, se dejó oír el ruido de las charangas en dirección del palacio de la Marche.

Toda la parte del paisaje que cruzaba el palacio de Salomon, que por una singular licencia topográfica representaba los suntuosos jardines de Ethan, se iluminó de repente; al mismo tiempo el vestíbulo del palacio realzado y prolongado, se vio cubierto por una muchedumbre de señores y de levitas en todo el esplendor de aquel traje de capricho que el director de las farsas dadas por Olivier de Graville, había escogido para representar el traje hebreo en el siglo del hijo de David.

Un ejército de esclavos bajó con candelabros de tres mecheros en las manos, é hizo penetrar la luz en los macizos mas espesos: los guerreros, los escribas y los presbíteros, se colocaron en doble fila á lo largo de la escalera, que se vio repentinamente inundada de nueva luz, y se vio aparecer como en medio de una gloria en lo alto del vestíbulo al rey Salomon en persona.

Todos los asistentes se llevaron las manos á los ojos, segun la costumbre oriental, para evitar el quedarse ciegos por la repentina aparición de ese sol; la talla de la muchedumbre se abatió como por encanto, porque ni hubo cabeza que no se inclinara ni rodilla que no se apresurara á doblarse.

Este movimiento hizo reparar en lo mas espeso de la avigarrada muchedumbre una especie de mancha sombría entre todos aquellos trajes de colores brillantes: la formaba un grupo compuesto de doce personas, todos vestidos de negro. El grupo se había perdido hasta entonces en la profundidad de aquella masa viviente, pero cuando todos los demás se prosternaron, el grupo permanecía en pié y parecía sobresalir como un promontorio en medio de aquel mar humano.

Hubo muchos cuchicheos en torno,

porque no se había olvidado á todos los doce caballeros que entraron casi á viva fuerza en el momento que se iba á levantar el puente levadizo.

La conducta de esta comparsa de colores lúgubres, correspondía á lo misterioso de su entrada, puesto que los doce caballeros negros no se habían separado un instante desde que se empezó la fiesta, ni nadie los vió hablar con personas extrañas á ellos. Aun mas, habiendo tenido algunas mujeres el atrevimiento de preguntarles qué papel desempeñaban ellos en la farsa, el que parecia jefe entre ellos respondió lacónicamente:

—Pronto va á verlo vuestro rey Salomon.

Corría por aquellos tiempos una leyenda romancesca que acusaba á Salomon de haber abusado de la juventud y de la belleza de la princesa Maqueda, hija del rey de los Abisinios. Como la reina Saba había venido la princesa Maqueda á ilustrarse con los rayos que esparcía en torno de sí el sábio de los sábios; y por mas que tuviese el color de las vírgenes de Etiopía, Maqueda era encantadora, y el rey la obsequió con un festin.

Si nosotros hemos contado, es porque en los jardines del palacio de la Marche decian algunos que los doce caballeros negros, eran los doce pares de Etiopía, los mantenedores de la hermosa princesa Maqueda, que venian á pedir cuentas del desaguizado que habían hecho á su señora.

Sea de esto lo que quiera, es la verdad, que cuando se mostró el rey Salomon circundado de esplendente gloria, revestido con aquella túnica blanca que era la admiración del pueblo hebreo, con la diadema en la frente, con el cetro en la mano y la espada de la justicia en el cinturón, merecian muy bien que se prosternasen ante él.

Hermoso era, segun la Historia Sagrada, el hijo de David y de aquella que fue de Urias; pero el señor Olivier de Graville, que llevaba hoy su nombre y su corona,

nada tenia que envidiarle bajo este aspecto.

Los artistas que se ocupaban de su tocado, bajo la alta dirección de maese Annibal Cola, le habían hecho con albayalde, olin y carmin un rostro mas majestuoso que lo que nosotros podemos decir. Sus cabellos negros como el ébano, rizados con maravilloso primor, dejaban despejada su arrogante frente, estaba erigido con toda la majestad de su locura, y la pomada de Antirronio con que le habían untado los párpados daban á su mirada un brillo sobrenatural.

Desde lo alto del vestíbulo, Salomon bendijo á su pueblo, como se dice en la Biblia, y en el mismo instante, el rayo, cayendo sobre el altar respaldado al castillo, encendió la llama del sacrificio.

No se acusen de sacrílegas estas imitaciones de los misterios bíblicos; porque todo se hacia con la mejor buena fé, y no existia aun el elemento escéptico que nació mas tarde entre nosotros en el cubículo adúltero de la señora filosofa.

Salomon y su pueblo cruzaron los jardines entonando cánticos.

Entre tanto los tapices de la tienda ó pabellon de la reina de Saba se descorrían en toda su amplitud y altura entre los ecos de los clarines y de las arpas. Un espectáculo nuevo despertaba tambien aquí el entusiasmo de la concurrencia.

Olivier de Graville se había procurado á coste inmenso un elefante, animal casi desconocido entonces en Europa, y fué sobre un elefante donde la hermosa soberana del país de Arabia cubierta de oro y joyería apareció á las miradas ofuscadas de la muchedumbre.

El elefante anduvo algunos pasos fuera de la puerta, y luego como la reina manifestase algun terror, se desmontó su trono y el elefante fué paseado en triunfo por la campiña de Jerusalem.

El ceremonial estaba arreglado de manera que Salomon y la reina de Saba debían encontrarse junto á las puertas del templo para marchar reunidos al palacio

que centelleaba á lo lejos, de suerte que la doble procesion seguía un itinerario trazado de antemano.

Al salir de la tienda tomaron su puesto detrás de la reina una dama de la comitiva y un paje; venia una segunda dama de la comitiva con una mantilla azul sobre su flamante ropaje, á quien no acompañaba nadie.

Juan Rubio estaba allí al lado del umbral pálido de emocion; sus piernas se tambaleaban bajo el peso de su cuerpo, y su cabeza abrasaba; era presa de un desmayo. Mas tuvo fuerza para adelantarse y colocarse al lado de la dama de la comitiva que no llevaba caballero.

Juan Rubio le ofreció la mano tímidamente: la hermosa dama la tomó, y sea por la emocion, sea por temblor nervioso involuntario, es el caso que sintió una dulce presión sobre sus dedos.

—¡Oh, mi noble señora!... murmuró sin saber demasiado qué se decia.

—¡Silencio!... dijo la pretendida dama del acompañamiento, y Juan Rubio reconoció la voz adorada de Blanca de Armagnac.

Blanca se recogió un poco en sí misma, é inmediatamente despues, con acento breve y terminante, dijo:

—Poco tiempo tenemos que perder, señor mio... escuchadme y no me interrumpais... solo si responded á mis preguntas como hombre leal y de corazon... ¿Habeis venido por mí á París?

—Per vos, y solo por vos, contestó el gallardo mancebo.

—Segun eso, ¿me amais?

—Mil veces mas que á mi vida.

—Pues siendo así, ¿desearis vivamente ganar vuestras espuelas para ser un día mi caballero?

—Sudando toda mi sangre hasta la última gota... comenzó á decir Juan Rubio.

—Bueno, bueno, bueno, interrumpió madama Blanca con una sonrisa; toda vuestra sangre seria demasiado, señor paje... no quiero tanto... creo que sois valiente; todo el mundo lo es á vuestra

edad... vuestros ojos me dicen que sois leal, y no sé si es razón o locura, es el caso que yo tengo confianza en vuestra adhesión.

Juan Rubio llevó la mano de su dama á sus labios, como si toda su vida hubiera sido un cortésano.

—Voy á daros el medio, replicó Blanca de Armagnac de ganar vuestras espuelas y de ser caballero antes que se ponga el sol que va á alumbrarnos dentro de algunas horas.

—¿Será posible? exclamó Juan Rubio. Y cuando sea, caballero, ¿me será permitido esperar?...

—Señor paje, interrumpió madama Blanca con algo de severidad en su voz; querria mas que me dijérais qué hay que hacer.

Juan Rubio bajó la cabeza, y repitió con acento contrito: ¿qué he de hacer?

El cortejo de la reina de Saba mostraba en este momento á Salomon su comitiva; el rey y la reina cambiaron yo no sé que preguntas y respuestas en latin, que ni uno ni otro comprendian; mas el latin era la lengua de moda, y no hubiera habido sin latin funcion completa.

La reina no dejó su trono, y conservó su velo espeso por cima de su máscara, lo cual no ob-tó á que Salomon, aun á costa de su anacronismo singular, pero muy galante, le dirigiera, por via de cumplimiento, algunos versos de Virgilio acerca de su extraordinaria belleza.

La reina le hizo una corta reverencia, y uno y otro cortejo reunidos tomaron el camino de palacio.

—¿Qué hay que hacer? dijo en voz baja madama Blanca; que no pudo dejar de sonreirse al ver los tesoros de talento y de memoria que el señor Olivier gastaba para agradar á Berta de Sauves, su camarista; hay que grabar, señor paje, cada una de mis palabras en vuestra memoria; que estar alerta y tener la mano pronta, aprovechar la ocasión, jugar la vida sin temor y ganar la partida.

Juan Rubio no preguntaba ya; escuchaba y aguardaba.

Blanca inclinó de repente su rostro encantador, como si algún grave pensamiento la preocupara.

—Hay aquí un hombre, continuó, que ha venido á robarme.

Juan Rubio se conmovió.

—¿Se trata de matar á ese hombre?... exclamó.

Blanca de Armagnac movió su cabeza lentamente, diciendo:

—No, la vida de ese hombre es mil veces mas preciosa que la mia, señor paje... se ha empeñado, como joven irreflexivo que es, en una peligrosa aventura... y se trata de protegerle.

Juan Rubio retrocedió un paso; los celos le hacian saltar el corazon.

—¡Oh! mi noble señora, balbuceó, sean las que quieran vuestras ordenes, las cumpliré... Mas ese de quien hablais será muy querido vuestro, puesto que le perdonais el ultraje que medita, y mucho debe interesaros cuando en el momento mismo en que él se dedica á perderos, vos estais pensando en el modo de defenderle.

—Ese hombre, como os he dicho, es un niño, replicó Blanca de Armagnac, y yo no le amo en el sentido que das á esta palabra; pero, como deciais un momento hace, yo daría por él hasta la última gota de mi sangre.

Y como sintiese la mano de Juan Rubio agitarse violentamente en su mano, añadió con voz tan dulce, que el paje creyó oír la música de los ángeles.

—¡Hace ya mucho tiempo que os conozco, y que soy vuestra amiga!... Aquella plazuelcilla del bosque donde me esperábais, señor paje, no la frecuentaba yo tanto por casualidad, porque bien comprendereis que habia muchos otros sitios por donde ir. Mas escuchad: no sé lo que él porvenir nos reserva á entrambos, ni tampoco quiero saber si hago bien ó mal en hablaros, como lo hago, y en deciros que cuando salimos del país de la Marche latía mi corazon muy agitado la primera

vez que volvia la vista al camino andado... yo pensaba y me decía: allí está, no me cabe duda; voy á verle allá abajo al extremo del camino.

Juan Rubio traba de alegría bajo su máscara.

—Si yo estaba allí, mi noble señora, exclamó, lo habia abandonado todo por seguir la huella dorada de vuestros pasos!

—Y sin embargo, prosiguió la encantadora joven, no me atrevía á volver la cabeza, porque me decía tambien: si es que yo me engañara, si por acaso no le viera, se me figura que habia de ir muy triste dejando aquí la mitad de mi alma, la que sonrie y la que espera... llevándome la otra mitad, la de donde se exhalan los pesares, la de donde nacen las lágrimas amargas...

Juan Rubio hubiera querido echarse á sus piés para dar gracias á su dama y despues á Dios.

—Ya, añadió la joven tomando su actitud natural, no me preguntéis mas. Yo no os hubiera dicho tanto, si hubiéscis sido un señor afortunado como tantos cuyas lisonjas me fastidiaban... hé aquí llegamos ya al sitio en donde tenemos que separarnos... Mirad aquí á vuestra izquierda entre esos caballeros vestidos de negro... ¿no distinguís á uno que es mas pequeño y mas delgado que los otros?

—Y que lleva en su sombrero, añadió Juan Rubio frunciendo las cejas, una escarapela de púrpura y azul; vuestros colores, señora.

—Miradle bien, dijo Blanca, para que le reconozcais cuando llegue el caso.

No tenia necesidad Juan Rubio de tanto mirar, porque era, como todos los enarcorados, injusto ó insaciable. Hubiera tratado de charlatan y de impostor diez minutos antes á quien le hubiera anunciado que madama Blanca de Armagnac iba á hacerle implícitamente la confesion que acababa de oír; menos aun que eso, la dé cima parte de la felicidad que acababa de experimentar.

Ni aun en sus momentos de mas localusion, hubiera traspasado él ciertos límites, y lo que acababa de pasar ora ni mas ni menos que la realizacion de un imposible.

Pues bien, en la fiebre de esta felicidad inesperada, Juan Rubio todavia no estaba satisfecho, ni mucho menos; los celos nacian en él á la par de esta embriagadora ventura. Miraba con ojos sombríos á aquel joven desconocido que llevaba los colores de madama Blanca, y á quien circundaban los caballeros negros como una muralla viva.

—¿Y es aquel, dijo con amargura, el que viene á robaros, madama?

—Aquel es, respondió Blanca.

—¿Y es aquel, preguntó aun Juan Rubio, el que queréis que yo defienda contra un peligro de muerte?

—Aquel es, respondió segunda vez la hermosa joven.

—¡Abajo sombreros y rodilla en tierra ante el rey! gritaron los heraldos.

Decian eso porque en medio de la muchedumbre trastornada permanecia en pié y con la cabeza cubierta la comparsa de caballeros negros.

Estos permanecieron inmóviles á la intimacion de los heraldos, y como los guardias del rey Salomon hicieran intencion de adelantarse hacia ellos con las alabardas preparadas, doce espadas salieron de la vaina y reflejaron mil rayos centelleantes á la luz de las arañas.

Un caballero de soberbia estatara, que parecia el jefe de la comparsa, tronchó de un revés la alabarda del heraldo que se encontraba ante él, y le dijo con la calma del desprecio:

—Seguid vuestro camino, buenas gentes, en compañía de vuestro loco rey farsante, que lleva mas albayalde en sus mejillas arrugadas, que lo que necesitarian una docena de rameras para revocar durante un mes los costurones de su garganta... seguid, pues, vuestro camino, y atended á vuestros deberes: nosotros estamos aquí á los nuestros.



La muchedumbre escuchaba estupefacta.

Juan Rubio sintió estremecerse y resistirse la mano de Blanca de Armagnac.

El cortejo se había detenido; el conde Olivier de la Marche, que no podía mudar de color á causa de la carga de albayalde que llevaba encima, miraba con ojos airados á los doce caballeros inmóviles y en pié.

Un momento hubo en que se hubiera podido leer en sus ojos el desprecio que tenia de hacer un ejemplar castigo, en la apariencia muy lácil.

Mas el buen rey de Tiro, Heram, su aliado, que no era otro que Thibaut de Ferrieres, se inclinó á su ordo, y le dijo:

—¿Os he engañado, señor?

—¡No, vive Dios! exclamó el conde, he reconocido la voz de Luis de Orleans.

—Vicente Tarquino, replicó Thibaut de Ferrieres, os habia dicho que el duque estaba en Isla-Madam mientras que yo os aseguraba que estaba en París... ved ahora á quien debéis creer.

—¡Locos deben estar!... murmuró Graville, que cavilaba profundamente.

—Lo que ahora conviene, prosiguió Thibaut de Ferrieres, es tener paciencia... la trampa está armada, ellos vendrán y no hay mas que decir.

Y sin aguardar la respuesta de su señor, hizo una señal y el cortejo continuó su marcha.

El mas joven de los caballeros negros, el que estaba en el centro de la comparsa, y que llevaba los colores de Mma. Blanca, blandió en los aires su espada, y gritó:

—¡Viva la hermosa reina de Sabal!

Thibaut de Ferrieres miró á Graville sonriendo.

—Y yo digo, que la trampa está bien cebada, murmuró.

Juan Rubio dejó escapar una exclamación de ira.

—Y sin embargo, señores, dijo entre sus dientes apretados, ¡insistas en que se le salve!

—¡Insisto, replicó Blanca.

En aquel momento empezaban á subir las gradas del vestíbulo del palacio de Salomon.

—Queréis decirme, quién es? preguntó Juan Rubio sin poder contener su celosa cólera.

Blanca de Armagnac miró con aire de reprension: se desprendió del brazo del joven y le hizo señal que se quedara fuera.

—Es el rey de Francia, caballero, respondió lentamente, quedad con Dios.

Y entró con la comitiva, dejando al pobre Juan Rubio hecho una estatua fuera del vestíbulo.

## V.

## MADAMA BLANCA.

Estraña criatura era esa Blanca de Armagnac, de quien decía el rey Carlos VII que era única en este bajo mundo, como el sol en los cielos. Su carácter se resentía enérgicamente del medio en que había vivido desde su infancia.

Era atrevida hasta el punto que nuestros lectores habrán podido ver en ella la fisonomía de una aventurera; y sin embargo, nadie ni nada podía igualarla, al decir de sus compañeras, en dulzura, recato y discrecion.

Nosotros la hemos visto confiar el secreto mas íntimo de su corazón al primer advenedizo, y en tanto nunca se habia confiado á nadie.

En un conjunto de cualidades opuestas, entre las cuales podemos decir que no se hubiera encontrado un vicio por el mas hábil escrutador, aunque sí tal vez algun pequeño defecto.

Lo que había faltado á Mma. Blanca de Armagnac, era la afectuosa enseñanza y el ejemplo de una buena madre: era imperiosa á veces hasta la dureza, caprichosa tambien, y los inmejorables instintos de su corazón no habían podido preservar la siempre de ser injusta.

Las que han nacido en el seno de la opulencia, no tienen generalmente hablando, y esto es un hecho comprobado desde mucho tiempo, la celosa arrogancia de esos grandes por casualidad, de esos patanes cepillados y barnizados que se llaman advenedizos. ¿Por qué madama Blanca, mostraba á veces en medio de su noble modestia, repentinos arranques de orgullo; por qué aparentaba á ciertas horas reclamar las exageraciones del respeto y aun la lisonja? ¿Tenia acaso miedo de que alguno fuese harto insensato para desconocer el esplendor casi real de la sangre de Armagnac que corría por sus venas?

No: es que habia en el fondo de su corazón una duda misteriosa.

A nadie habia confiado este secreto. Sus camaristas y doncellas que la amaban, no eran sus confidentes, y Mma. Blanca huía con mucha frecuencia de los placeres de su edad para irse á perseguir, no se sabe qué preocupación solitaria, en el silencio de los bosques.

Se sabia esto muy bien en el castillo de Benevent, y nadie se hubiera atrevido á turbarla ni contradecirla en su capricho sa distraccion.

Y no se crea que esta manía la hubiese venido desde que aperebiera un día en las revueltas del camino un mancebo de cabellera rubia que era hermoso como Apolo aun bajo sus humildes vestiduras. Antes de ese día que cambió, en efecto, el estado de su corazón, se complacia ya Blanca de Armagnac en huir de las ruidosas y alegres distracciones de sus compañeras.

Cuando se encontraba sola, revolvia en su imaginación un pensamiento, y procuraba levantar cierto velo que le ocultaba las primeras impresiones de su infancia,

como la niebla lejana oculta á perdidos horizontes.

El recuerdo nacía, brillaba un instante y se disipaba.

Con nada podriamos comparar ese estado mental de la interesante jóven, mejor que con las vagas remembranzas de que hablaba Juan Moreno en su primera entrevista con Juan Rubio en la posada de la Urraca.

Y nos parece esta comparacion tanto mas natural, cuanto los recuerdos del travieso paje y los de la jóven princesa tenían en realidad un aire de familia. Tambien cuando el velo se levantaba á medias, era una pobre cabaña lo que Mma. Blanca distinguía allá en las profundidades de su memoria, y en la cabaña unos paisanos de mirar triste, de espaldas encorvadas por el trabajo, siempre infelices, muchas veces hambrientos, y de vez en cuando—esta impresion era la mas viva—un hombre de rostro apacible, descompuesto por los sufrimientos que se inclinaba sobre su cuna llorando.

La hija de Armagnac no podía seguramente preguntarse como el paje Juan Moreno, si era aquel su padre, y sin embargo...

Pero acabemos. Bruscamente y sin que la transición se presentase á sus ojos, se veía en el palacio hereditario de los señores de la Marche, donde se le decía que era Borbon por su abuela, prima de madama Ana, regenta de Francia, y prima del rey.

Le ponderaba ante ella en voz alta y con estudiado énfasis la incomparable nobleza de su raza, diciéndola: sois la primera señorita del reino.

Y cosa estraña de que la jóven encontraba el rastro en esas vivas apreciaciones que solo tiene la infancia: todo eso tenia para ella un cierto aire de ficción y de comedia: le parecia que el señor Olivier de Graville se habia sonreído de cierto modo la primera vez que le habia llamado madama.

Se desprendía como un vago perfume

de burla en todos esos respetos que entonces la tributaban.

Además, no se guarda siempre la conveniente reserva delante de los niños, y madama Blanca había oído así y allá medias palabras que dieron en qué pensar desde luego á su precoz inteligencia.

Ese italiano, Vicente Tarquino, á quien odiaba sin saber por qué, se inclinaba, seguramente, hasta el suelo cuando la veía; pero cuando había pasado, Vicente se enderezaba, se encogía de hombros y murmuraba:

—Ahí teneis el huevo de ánado que nuestras gallinas han encubado.

Fué por mucho tiempo éste su dicho favorito, comprendido ó no por los soldados confiados á sus órdenes.

Había entre esos soldados un valiente que se llamaba Geromo Ripaille, el más valeroso de todos para la guerra, pero dado al vino con exceso.

Madama Blanca encontró una tarde al tal Geromo en la galería principal del castillo, y el buen hombre, como de costumbre, estaba borracho á punto de no poderse tener.

Por consecuencia, no se pudo reponer y cuadrar tan pronto; y madama Blanca, que estaba en uno de sus momentos de mal humor, le increpó con extraordinaria dureza.

Geromo Ripaille se respaldó contra el muro de la galería, y se despedazaba á carcajadas.

—Reina mía, habla aun más alto, yo te lo aconsejo... tu madre guardaba ovejas, y tu padre era un medio fraile... ¡Ah! ¡voto á sanes! como dice maese Tarquino: nuestras gallinas han encubado un huevo de ánado, y la anadería se cree señora del gallinero.

Hizo en seguida un gesto equívoco á la jóven, que permanecía estupefacta, y se marchó haciendo ceses de todos tamaños á lo largo del corredor.

Madama Blanca llegaba entonces apenas á los doce años, y no hizo castigar al soldado Geromo Ripaille.

Unos cuantos días después, Geromo Ripaille fué mandado llamar de parte de Mma. Blanca é introducido en su cámara.

A todas las preguntas de la niña, respondía Geromo: «Mi noble señora, estaba borracho, y os ruego tengais piedad de mí,» suponía no conservar el menor recuerdo de sus palabras.

Durante aquella misma entrevista, en que Geromo había sabido tan bien guardar sus secretos, debieron aumentarse las dudas de madama Blanca, porque el buen soldado se despidió de ella, diciendo:

—El día en que dije eso, hubiera debido cortarme esta lengua, que sabe demasiadas cosas.

Después de esto, Geromo Ripaille salvó la vida de madama Blanca de Armagnac, cuyo caballo había sido espanzurrado por un javalí, desde cuyo tiempo se estableció entre ambos una relación secreta, y Geromo bebió desde entonces un poco menos vino que lo acostumbrado. Aun á veces se le veía entrar con pretexto de cacería en el gabinete reservado de madama Blanca.

Llegó esta á los quince años, y su posición cambió. Olivier de Gravelle llegó á apereibirse de su admirable hermosura, y se apasionó de ella formalmente, desde cuyo instante madama Blanca no fué ya para nadie una princesa de mentirigillas, sino que había que respetarla como á tal. El mismo Vicente Tarquino tuvo que perder sus malos hábitos de burla, y no guardar sino de hablarle profundamente inclinado.

El italiano se consoló de esto diciendo á sus más allegados, que si las cosas continuaban así, el día menos pensado madama Ana de Beauchieu estrangularía á su rival.

Toda la casa de la Marche estuvo á los pies de Blanca de Armagnac; soldados y caballeros, todos la tributaban respetos sin fin, y el señor conde mismo no tenía para ella si no galantes atenciones. ¿Era Blanca por eso más feliz? Nadie podía decirlo. Blanca no tenía amigos: el que quizás sa-

bia mejor sus secretos era ese buen soldado Geromo Ripaille, que bebía algo menos á causa de ella, pero no mucho.

Fué hacia esta época cuando volvió al lado de Blanca, en concepto de paje, nuestro buen perillan Juan Moreno. La primera vez que los dos jóvenes se vieron, sintieron á la par una impresión inexplicable; se hubiera dicho que se reconocían ellos, que entre sí se habían visto. En los pajes de quince años, la idea de amor se mezcla á todo, así como en las niñas de la misma edad el instinto de la defensa y de la astucia.

Blanca se sentía con inclinación hacia su nuevo paje; más los ojos negros de Juan Moreno brillaban tan ardientemente cuando se fijaban en ella, que Blanca tuvo miedo y pudor.

Se hizo severa para el atrevido manco la que era tan comunicativa y tan buena para con todo el mundo, cuando no se trataba de su gran secreto.

El chico no era de aquellos que enflaquecen y se deslustran al pié de un ídolo; por consecuencia, enderezó pronto la proa en otro rumbo; loqueó entre las damas del servicio y las camaristas, trincó valientemente con Geromo Ripaille é hizo diabluras con todo el mundo.

Al apereibirse madama Blanca de su conducta, supo además que el paje era como el hijo adoptivo de Vicente Tarquino, creado recientemente señor de Pruns, por Olivier, conde de la Marche; cuya circunstancia perjudicó al paje, más que todo, en el concepto de madama Blanca, que ya no volvió á ocuparse de él.

Los años siguientes fueron una serie no interrumpida de fiestas y de encantos, ya en París, ya en el palacio de la Marche. Madama Blanca era la reina de la belleza, y según la expresión del reyecito Carlos, el sol único y sin rival.

A ella misma se lo dijo en una noche de baile en el palacio de Tournelle. En una justa que la regente dió en los jardines de Saint-Paul, el reyecito llevó los colores de

madama Blanca, y se declaró su caballero.

El rey es siempre el rey, y madama Blanca se sintió muy satisfecha en su corazón por esta ilustre preferencia, y sintió hacia el pobre niño coronado una simpatía, que no era amor, pero que podía traducirse por una especie de fraternidad ternura y unida á una adhesión respetuosa.

Los días pasaban, y ella se hacía mujer; las dudas que ocupaban las cavilaciones de su adolescencia subsistían, y había sobrevenido otra cosa para aumentar la confusión de su espíritu.

No había podido dejar de saber la trágica historia del último duque de Nemours, su padre, y el papel que Gravelle había hecho en este drama sangriento. Es verdad que se trataba de representarle á sus padres como indignos de ocupar su memoria, puesto que la habían arrojado violentamente de su seno para poner á un extraño en su puesto; es verdad que se envolvían en una nube condensada, cuanto posible, esos sucesos, ya tan confusos en realidad.

Pero era su talento muy claro, y su juicio de aquellos que van al fondo de las cosas, y por grande que fuese la oscuridad en que se trataba de envolver el drama del palacio de la Marche, no quedaban si no dos hipótesis posibles.

Los rumores que corrian en el público, y que llegaban á veces hasta los oídos de madama Blanca, eran ciertos; en cuyo caso era usurpada la posición que tenía; ó bien madama Blanca era la hija de Santiago y de Isabel, y entonces tenía por tutor y por protector al asesino de sus padres.

Fuera de estas dos suposiciones, no había nada.

La primera tenía su origen y verdadera relación con esos vagos recuerdos que asaltaban desde tanto tiempo á la preocupada jóven. Aquella pobre cabaña que se le representaba tan frecuentemente en sus sueños, no le decía bien claro, como lo había

hécho la embriaguez del soldado Geromo Ripaille: «Tú eres la hija de un pobre hombre y de una pobre mujer.»

Pero por la segunda hipótesis, militaba el orgullo natural de madama Blanca; era buena, tenía un corazón de oro, pero era altiva, y caer de tan alto á tan bajo, la hubiera descuartizado.

Así es que no sabía, que no quería escoger, y permanecía voluntariamente sumergido en una especie de entorpecimiento, y procuraba distraerse, y se decía que lo prudente era esperar.

Pero esperar no convenia á su natural apasionado. Así es que en cuanto Dios le presentó al paso á un hombre que le pareció digno de ser amado, sus ideas se transformaron con una violencia súbita.

Se hizo mil ilusiones, vió el cielo abierto, y le pareció que era aquella una antorcha que habia de dirigir seguramente sus pasos al través de las tinieblas de su destino.

El pobre mancebo Juan Rubio, que tanta necesidad tenía de salvarse á sí mismo, fué para ella desde luego un salvador. Ella le hizo á la imagen de su deseo, le elevó hasta la altura de su imaginación, le supuso en fuerza tanto como tenía en hermosura, y héteme aquí á Juan Rubio así revestido por la mas encantadora de las Hadas, elevado de repente, y sin saberlo, á la altura de un héroe perfecto de novela.

Juan Rubio amaba de corazón á aquella divina cazadora, que se le habia aparecido como un sér sobrehumano; se arrodillaba ante su imagen evocada, y la amaba con ese amor delirante y dulce que se parece á la adoración, y bien puede asegurarse que Blanca también le amaba con entusiasmo por lo menos igual.

En el amor, como en todo sentimiento humano hay algo de egoísmo, ó al menos de esa reverberación que nos hace referir sin cesar el objeto amado á nosotros mismos. Cuanto mas ponemos el objeto amado en nosotros, mas le amamos; porque esa afecion se aproxima mas al amor

innato y supremo que nos tenemos á nosotros mismos. Y tanto es así, que la última y mas bella expresion del amor es una especie de confusion entre el corazón del amante y el corazón del objeto amado.

De este modo amaba Pigmalion á la estátua animada por su gémito, lo cual quiere decir que Pigmalion se amaba á sí mismo en su obra. El mito eternamente admirable no quiere decir otra cosa.

Pues bien, para madama Blanca, el hermoso mancebo que venia todos los dias á esperarla y admirarla de lejos á la encrucijada del bosque, era algo parecido á la estátua de Pigmalion. Ella no le conocia, no le habia hablado jamás. Por consecuencia, no era al mancebo mismo á quien Blanca amaba con tanta pasión, sino á su propia obra, á una creacion de su fantasía, que habia encarnado en la forma física del afortunado mancebo.

No hay que dudarle: esa clase de pasiones que no tienen por freno la vista y el contacto de las imperfecciones inherentes á nuestra naturaleza, nacen en la imaginación, pero penetran al corazón con una fuerza maldita.

Y por otra parte, ¿en dónde está esa diferencia arbitraria y sofisticada inventada por los poetas que nos entre la imaginación y el corazón?

¿Pueden decir los poetas en dónde acaba la una y dónde empieza la otra? No es ere uno de tantos temas inventados para amontonar palabras sonoras sobre el vacío de la idea?

Blanca amaba á su héroe con la efusion que lo habia hecho en otro tiempo; Blanca le amaba con duplicado cariño, formado muy profundamente. Le amaba como una madre, como una esposa y como una amante; solo que hay que cuidar mucho de la primera entrevista, porque no queremos dejar de decir que estos amores, los mas vehementes de todos, pueden extinguirse en un instante dado por el menor de los desencantos.

Blanca salió del palacio de la Marche sin haber hecho sufrir esta prueba á su

amor, sin haber llegado á esta primera entrevista.

Ella misma nos lo ha dicho: estaba segura de que Juan Rubio la seguiria, y aunque estuviese segura de ello, cuando vió que era así, creyó volverse loca de gozo.

Fueron horas felices y gratas las del camino: Blanca no tenía motivo para sentir el cansancio ni el fastidio, porque de tiempo en tiempo, en lo alto de una colina, ó bien entre los corpulentos árboles del bosque que atravesaba el camino, veia á Juan Rubio que trotaba sobre su pobre caballo trahido de cansancio.

Sonreia entonces bajo su velo, daba gracias á Dios, y no pocas veces brotaban lágrimas de sus hermosos ojos.

Puede asegurarse que no hubiera podido decir lo que habia ocurrido durante el viaje.

El último dia, entre Fontainebleau y Corbeille, el capitán Vicente Tarquino, que mandaba la escolta, llegó ya á recelar de aquel jóven desconocido, que parecia seguir á madama Blanca como su sombra. Dió la orden de perseguirle, y Blanca de Armagnac cesó de resistir á fuerza de la inquietud y espanto que la orden le produjo; pero Juan Rubio y su caballo, aunque trahido por la fatiga, hicieron milagros y se burlaron valientemente de los caballeros de la escolta.

Cuando estos volvieron mohinos y cabizbajos hacia Tarquino enfurecido, madama Blanca se echó á reir á carcajadas.

Era ya á la conclusion de esta jornada, próximos ya á París: el crepúsculo de la tarde sombreaba ya los objetos, y madama Blanca, que no buscaba á su amante en las orillas del camino, estaba absorta en sus reflexiones, y la escolta se detuvo en una posada para echar el trago de la merienda. En la posada habia ya gentes armadas alrededor de las mesas, y eran los compañeros de Thibaut de Ferrieres que volvian de desempeñar la comision que el conde de la Marche le habia confiado.

La posada estaba situada en lo alto de una colina, desde donde se distinguian

perfectamente por cima de los altos muros las luces ya encendidas de la ciudad de París.

Madama Blanca habia echado pié á tierra y descansaba un instante, cuando sintió posarse una mano en su brazo.

—Seguidme, dijo á su oído una voz conocida, si quereis oír algo que os interesa.

Blanca de Armagnac se volvió y se encontró con el soldado Geromo Ripaille, que por casualidad no estaba del todo borracho.

Condujo á madama Blanca á la parte del salón, opuesta á la en que estaban sentados los compañeros de Thibaut de Ferrieres en compañía de los soldados del rey. Vuestros posadas no se distinguian en el siglo V por el lujo del alumbrado, de modo que Blanca y Geromo pudieron sentarse sin llamar la atención de los bebedores.

—¿Estais seguro de lo que decís?... preguntaba en aquel momento Thibaut de Ferrieres.

—Estaba de guardia esta mañana en la cámara del rey, nuestro señor, y lo oí todo con mis propios oídos.

Blanca se puso á escuchar mas atentamente.

—Por fuerza están locos los que rodean á Carlos de Francia, exclamó Thibaut.

—¡Bá! respondió el soldado, dicen que el señor Olivier no se atreverá.

Hubo un momento de silencio, despues del cual Thibaut de Ferrieres continuó bajando la voz:

—¿Y cuántos serán los que compongan esa alegre expedicion?

—Doce, contando al rey.

—¿Qué traje llevarán?

—Enteramente negro, excepto el rey que llevará en el sombrero los colores de su dama.

—¡Oh! exclamó Thibaut riéndose, yo sé que tiene mas de una nuestro buen señorito. En primer lugar, tenemos á la hija de Maximiliano de Austria, que come y vive como una alemanota, que es en el palaci

Real de Tournelles... en segundo lugar, se cuenta la duquesa de Bretaña, que camina hacia París, á lo largo del Loyre en traje de novia... ahora parece que se trata de madama Blanca, y yo os digo, que si nosotros le dejamos, acabará por hacerse un hombre ese muchachuelo enteco...

—¿Y qué armas llevarán?

—El estoque y la daga.

—¿Cuándo y cómo se proponen dar el golpe.

—Cuando Graville y madama Blanca salgan del palacio de Salomon para ir al templo.

Thibaut alargó un bolsillo, es de suponer que con dinero, al soldado, y se levantó precipitadamente.

—¡Hola! amigos, á caballo... exclamó: si el señor Olivier no se atreve, volvamos á madama Ana, duquesa de Borbon, mi antigua señora... andando, andando.

Los compañeros y él salieron de la taberna en tropel, y se mezclaron con la escolta mandada por Vicente Tarquino.

Estos dos excelentes servidores de Graville, Vicente Tarquino y Thibaut de Ferrieres, eran rivales, así como suena, y no respiraban siquiera delante de su señor sinó para hacerse necesarios. Cada uno tenía su sistema trazado: el de Tarquino era destruir los últimos vástagos de Armagnac para llegar á la posesion del ducado de Nemours, y Thibaut de Ferrieres, por espíritu de contradicción, negaba la existencia de la duquesa Isabel y de su hijo Juan; trataba de locura las aprensiones de Tarquino, y aconsejaba á Graville que abandonara el terreno judicial, en que se encontraba empeñado de mala manera, y que tentara los azares mas atrevidos de la política.

En el fondo, Thibaut era siempre el hombre de madama Ana de Beaujeau; su mejor argumento consistía en decir que clavando dos féretros, se podía poner al duque de Borbon en el trono.

Pero el duque de Borbon, menos feliz que nuestro amigo Pavot, no había aprendido aun, á zurrar á madama Ana, su mu-

jer, y una vez Pedro de Borbon en el trono, el verdadero rey de Francia sería Olivier de Graville.

Este daba oídos á sus dos consejeros, y pronto veremos cuál de los dos pudo dominar en su ánimo.

Blanca de Armagnac volvió á emprender el camino muy precipitada; el secreto que acababa de descubrir la aterraba y la confundía, pues se trataba nada menos que de la vida del rey.

Se encontraba sola, sin un amigo á quien confiarse, y el desaliento llegó á apoderarse de ella.

Pero antes que la escolta se pusiera en marcha, y durante el corto instante de silencio que precedió á la partida, oyó trotar un caballo por el camino; levantó la vista, y sus ojos se inundaron de alegría.

—Le veré esta noche, dijo.

Y le pareció que todo peligro había desaparecido, que podía confiar á su héroe la custodia del rey de Francia. Dió en seguida un fustazo á su acanea, y partió con el corazón tranquilo.

Ahí teneis lo que es una jóven muy razonable y un monarca admirablemente servido y guardado.

Durante un largo rato, Juan Rubio quedó estupefacto á consecuencia de la brusca despedida de su dama. El fin de la entrevista había acibarado toda su alegría, y no pensaba el ingrato en lo que por él se había hecho. En su cabeza trastornada no se forjaban sinó inquietudes y terrores.

—El rey, repitió, el rey... si el robarla fuera para algo bueno...

Una sonrisa picaresca y burlona se hizo sentir á dos dedos de su oído; se volvió sobresaltado y reconoció en el elegante y gracioso tallo de su autora á la amiga María de Argenes.

—Por lo que veo, señor mio, mis deseos no se han realizado, dijo la jóven; he oido lo que os decian y tambien lo que contes-

tábais. Por mi santa patróna os digo, que sois muy desgraciado.

Y se reía á mas y mejor, al paso que Juan Rubio no sabía si reír ó incomodarse, pues estaba de un humor detestable.

—Caballerito, replicó María de Argenes con un tono muy formal; es muy peligroso mimar á los niños, porque muy pronto llevan sus exigencias hasta la locura... el rey, ya veis que no puede robar á madama Blanca, que lleva el traje de una de la comitiva, y si es que se lleva á alguna, será á mi amiga y compañera Berta de Sauves, que va disfrazada de reina de Saba, y que no sentirá mucho verse robada por el rey... Tranquilizaos, pues, señor mio, y no olvidéis que á la fortuna la pintan calva, y que tanto como hoy os favorece, puede mañana seros adversa. Con que así, ya sabéis lo que hay que hacer; mostrad que sois digno del papel que se os confia.

Su brazo tendido señalaba la sombría comparsa de los caballeros negros.

—Estad alerta, añadió, y no perdais de vista al niño de los colores púrpura y azul; tenéis allí, y en vuestra mano vuestra felicidad ó vuestra desgracia.

Las últimas damas de la comitiva de la reina de Saba franqueaban, en aquel momento, los umbrales de palacio. María de Argenes se mezcló entre ellos, y Juan Rubio volvió á quedarse solo.

La muchedumbre que había afluído, se fué desvaneciendo poco á poco, y los jardines se poblaron de nuevo: en torno del palacio había pabellones con mesas y asientos donde las gentes de juicio podían tomar un refrigerio mientras que los locos corrían ó bailaban.

Juan Rubio se sentó á una de estas mesas, y se colocó de modo que veía en claro la comparsa de los caballeros negros.

## VII.

## DONDE TRANQUILO SE ENFADA.

Vicente Tarquino había arrastrado á Tranquilo hasta el palacio: los que hubieran visto remolcar de aquel modo al pedagogo que parecía mas aun que de costumbre un demente, pudieran haberse preguntado sin poder resolver la cuestion, lo que el italiano político y astuto queria hacer con aquel pobre diablo.

Tranquilo se dejaba llevar: iba un poco detrás de su guía, como los niños que van refunfuñando agarrados á las faldas de su niñera.

Todos los acontecimientos de aquella noche estraña, se confundían en el cerebro de Tranquilo, que hacia todo lo posible por ordenar sus ideas, sin conseguirlo, porque todo era desorden y confusion en su espíritu.

Marchaba con los ojos abiertos cuanto podía, fijos en lo vacío, procurando asirse á un rayo de luz que lo iluminara, pero que no venia.

El fatigoso viaje; la posada, cuyos puentes había abierto el traidor Guillermo de Soles; madama Isabel, el sueño de oro; aquel palacio de luces despues de la rápida carrera en la profundidad de las tinieblas; aquellos cánticos, aquellas danzas, aquellas mujeres medio desnudas, el anillo de Salomon que le había echado al cuello el terrible y gigantesco leon; aquel primer milagro que le había hecho invisible; el otro que le había vuelto á su ser natural, y luego su hijo y su hija, retratos vivos y queridos de Marion, su esposa, y por último, aquel hombre que trataba de distraer-

le de todos sus pensamientos, y que sin cesar le gritaba que pensase en el hijo de su señor; eran demasiadas cosas para no trastornar un cerebro mas seguro que el de Tranquilo, que cansado ya y persuadido de la inutilidad de sus esfuerzos para descifrarlas, procuraba adormecerse en esa inercia que era su refugio.

Sus piernas tardas y fatigadas seguian á Tarquino: su inteligencia desconcertada dormía; pero de repente fué despertado bruscamente, porque el italiano le agarró por los hombros y le sacudió rudamente.

—Allí le tienes, exclamó despues de haber atravesado todo el palacio de Salomón al salir por la puerta por donde habia entrado el doble cortejo. Apodérate de él, buen hombre, y no le sueltes.

Tranquilo echó una mirada en torno y no vió al pronto mas que el horizonte movidizo de la muchedumbre, y á sus piés grupos de bebedores sentados á las mesas en los pabellones hospitalarios.

Pero cuando vió, al fin, á Juan Rubio, ya no tuvo que empujarle máese Vicente Tarquino.

Tranquilo no reparó en el disfraz de sus discípulos, ni aun quizás vió la galante compostura, obra de María de Argenes y de sus compañeras, porque esas cosas no tenían la virtud de fijar su atencion.

Bajó del vestíbulo, entre saltos torpes é inseguros, á riesgo de esnucarse, y se lanzó sobre Juan Rubio como un milano sobre su presa.

—¡Ah! desgraciado niño, exclamó cogiéndole con las dos manos, ¿por qué nos has abandonado?

Juan Rubio se habia arrojado á su cuello: no hubiera abrazado de mejor gana al mas amado de los padres.

Tranquilo reía y lloraba á la vez: todo lo que le habia ocurrido hasta entonces, pasaba para él á la categoría de sueño, y solo era cierta la emoción presente.

—¿Y mi madre?... exclamó Juan Rubio, háblame pronto de mi madre.

—¡Pobrecito niño! ¡pobrecito niño! repetía Tranquilo; tú solo desde el país de la

Marche hasta París... ¿quién te ha enseñado el camino?

—Por Dios os ruego, interrumpió Juan Rubio, que me habéis de mi madre.

—Tambien ha venido, dijo Tranquilo en voz baja; andandó ha venido, y con mucho riesgo de su vida... porque tú no sabes, desgraciado niño, y yo no puedo decirte... tú no eres como los demás, y lo que en otro sería una simple calaverada de muchacho, en tí es casi un crimen.

Juan Rubio estaba con un ojo en la comarsa de caballeros negros, y otro en su antiguo amigo, empaquetado en su pobre balandran y en pié al lado suyo.

Maese Vicente Tarquino, despues de haberlos contemplado un instante, habia dejado un guardia del palacio en observacion al pié del vestíbulo, y se habia escurrido á todo correr.

Su juego marchaba tambien casi como el de Thibaut de Ferrieres.

Si este habia tomado perfectamente sus medidas, ya hemos visto que el italiano habia tomado tamb'en las suyas.

Afortunado era el señor Olivier de la Marche en tener dos servidores tan adictos y tan arduosamente preocupados en hacer su fortuna.

—Amigo, dijo Juan Rubio, á quien los pocos días pasados de libertad habian cambiado mucho; ya no soy niño, y seria tiempo de que no me hablárais en enigmas.

—Tranquilo le miró lleno de sorpresa, ¿tú ya no eres niño?... repitió como si hubiese tratado de explicarse el sentido tan claro de esta frase. Es verdad, tienes quizás razon; hé aquí, al menos, tú estatura, que es la de un hombre... é interrumpiéndose, exclamó, ¡Jesus, Dios mio! no habia reparado en ese espadon que llevas á la cintura, muchacho... acaso, ¿puedes tú moverlo?

Juan Rubio se levantó haciendo un clar de juvenil de su fuerza y de su destreza; desvainó y blandió la pesada tizona, que hizo zumbiar el aire como una nube de tormenta.

—¡Oh! murmuró Tranquilo, que cerró los ojos, la antigua sangre de los caballeros no puede mentirl... aprénden á servirse de la espada como el león á rugir, como el águila á volar.

—No mas, por Dios, hijo mio, añadió con voz mas triste, ¡el que se sirve de la espada, morirá por la espada!... tu madre está no muy lejos de aquí, y te espera; ven á consolarla.

El primer movimiento del jóven fué responder á esta insinuacion, y se hubie-ra dicho que iba á anticiparse á Tranquilo; pero dió solo un paso y se detuvo, porque su mirada vino á fijarse en la comarsa de los caballeros negros.

—No puedo, balbuceó volviendo la cabeza; pronto, dentro de algunas horas, amigo mio, te seguiré... mas ahora no puedo.

—¡Ah! exclamó Tranquilo con un asombro tan espresivo, que hirió al jóven en medio del corazon con mas fuerza que la mas amarga de todas las reprensiones. ¿Con que no puedes venir donde está tu madre que te espera y que llora?

Juan Rubio bajó la cabeza y no respondió.

En esto, como en cualquier otro de los de aquellos jardines, atisbados por una muchedumbre curiosa, Tranquilo tenia el privilegio de llamar la atencion de todos con su cara del otro mundo y su ridículo traje: si hubiera sido uno de esos hombres malignos que se devanan los sesos en la eleccion de sus disfraces, y ponen toda su gloria en hacerse notar entre las máscaras, no hubiese acertado mejor.

Las mesas vecinas empezaban á cubrirse de gente, y de todas partes invitaban á ver á aquel hombre grotesco que parecia desempeñar el papel de mentor al lado del page mas gracioso y mas elegantemente empergilado que hubiere en la corte del rey Salomón. La mayor parte querian descubrir en ese un contraste estudiado: esto daba en qué pensar, y lo que lo adivinan todo, presentian que de allí habia de salir alguna cosa rara;

Se esperaba como se espera en el teatro cuando un cambio de decoraciones escita la curiosidad y mantiene la atencion despierta.

Eran por lo demás gentes de poco mas ó menos que andaban por allí desocupadas que procuraban sus distracciones fuera del palacio real. Todo lo que valia algo, cuantos hacían poco ó mucho viso en la corte y la ciudad de París, se encontraban en aquellos momentos en lo interior de aquel maravilloso palacio.

Allí estaban todas las magnificencias escogidas; allí habia reunido todas las maravillas de un lujo prodigioso para festejar dignamente á sus nobles huéspedes, el poderoso, el sabio rey Salomón, portento de riqueza y de magnificencia.

La reina de aquel palacio, la que segun el programa debia hacer los honores de la recepcion, era ma'lama Ana de Beaujeau, regenta de Francia. Habia aceptado el papel de la hija de Faraon, de Egipto, esposa de Salomón y reina de Israel. Grayille era demasiado excelente cortesano para no haber concentrado en este palacio todos los esfuerzos de su fastuosa elegancia.

En el salon de honor sostenido por esas columnas de jasper pesadas y cortas que daban un carácter tan particular á la arquitectura primitiva del Oriente, se ostendian cuantos alcanzaba la vista mesas espléndidamente decoradas: la luz brotaba del mármol de los muros en forma de ramilletes de flores y por todas partes exhalaban perfumes en sus braserillos aplastados de los pebeteros babilonios.

El vino era servido en unas urnas de oro por hermosas ninfas que tenían alas de ángeles y sobre todas esas mágicas delicias, se dejaba oír una música dulce y misteriosa ejecutada por concertantes invisibles y que parecia descender del cielo.

La opulenta profusion de manjares estaba, como puede suponerse, en relacion con la riqueza de los accesorios en que estaba ser vida. Inmemorial entre los gastrónomos no se habia oído hablar de cena parecida, y sin embargo, en torno de

aquellas espléndidas mesas reinaba una especie de embarazosa ansiedad.

Todos sabemos con qué rapidez se propagan ciertas noticias: empezaba á correr un rum rum, un rumor vago, segun el cual, Olivier de Grayville estaba amenazado de una grande desgracia, y se decia:

— ¡Mirad! madama la regente no ha venido.

En efecto, el sitio reservado para la esposa legítima de Salomon estaba desocupado: en cambio el que estaba enfrente lo ocupaba con gracia la picarueta Berte de Souves, que se reía bajo la larga barba de su máscara y se divertía en grande con los honores que se le prodigaban.

La verdadera reina de Saba, Blanca de Armagnac, estaba sentada á algunos pasos del trono, y perdida entre las demás de la comitiva.

Salomon estaba inquieto y silencioso, con lo que Berte de Souves no tenia que hacer grandes esfuerzos de ingenio para sostener con él la conversacion.

En una palabra, todas aquellas reinas y aquel rey, que tanto papel debian hacer en la funcion, se eclipsaban naturalmente; no quedaba mas que una opípara cena ante convidados de buen apétito, lo cual ya era algo. Se dejó de mirar á los tronos vacíos ó ocupados por soberanos mudos y cada cual se puso á divertirse á su manera. Se prescindió un poco de la etiqueta, y las mil mujeres de Salomon se dieron por muy contentas con poder olvidar una vez mas á su amo y señor.

Thibaut de Ferrieres estaba al lado de Salomon y le hablaba vivamente al oído.

Hacia la mitad de la cena el valiente capitán Vicente Tarquino vino á hacerle concurrencia, se inclinó al oído del conde y le dijo:

— Cuando monseñor quiera convencerse de la verdad de mis palabras, se escurrirá y me seguirá: yo le haré ver con sus ojos á un enemigo vivo.

— ¿No se tienen noticias de madama la regenta?... murmuró Graville incapaz de detener esta idea que le asediaba.

— Sí tal, replicó Tarquino: se dice, pero bien sabéis lo que valen tales noticias, que madama Ana ha preguntado si las tablas y maderos del cadalso que sirvió para Santiago de Armagnac, duque de Nemours, estaban aun en disposicion de hacer su oficio.

Graville se volvió y miró á su confidente.

— ¿Por qué no me has dicho que el duque de Orleans estaba en París? murmuró.

— Vengo de fuera, como vos, monseñor, replicó Tarquino, y yo no os digó mas que una cosa: los que os aconsejan atacar al rey, son unos insensatos, son unos traidores.

Graville se volvió y notó que muchas miradas indirectas estaban fijas en él.

— No te alejes, dijo á Tarquino, dentro de unos instantes saldré contigo.

En seguida, llamando á sus labios una sonrisa, levantó su copa de oro cincelada en honor de la hermosa reina de Saba.

Al lado de Blanca de Armagnac habia un sitio desocupado, porque Blanca habia entrado sola en el palacio, y todas sus compañeras tenian un caballero.

En el momento mismo en que Graville brindaba á la salud de la reina de Saba, una mujer, con el traje de las esposas de Salomon, vino á ocupar el puesto vacío al lado de Blanca.

Esta mujer iba enmascarada: un tupido velo cubria además su tocado, y con mucha pena se entreveían los hermosos bucles de su negra cabellera.

— ¿Por qué la reina no responde á la salutación del rey? murmuró la desconocida, que se habia inclinado al oído de Blanca.

Esta se estremeció y la miró.

Aun cuando me quitara este máscara, dijo la desconocida, aun cuando este velo se levantara por sí mismo, no me conoceriais, hermosa jóven, porque nunca has visto mi semblante.

Blanca escuchaba á la que la hablaba de este modo sin pensar siquiera en darse

por ofendida: parecióla que el eco de aquella voz traía á su imaginacion vagos y dulces recuerdos.

Por un momento tuvo una estraña idea, y era la de si aquel loco paje no se habria encapillado un traje femenino para acercarse á ella.

— ¿Por qué me habeis dicho la reina? balbuceó.

— Porque te conozco bien, respondió la extranjera, y tanto que sé los secretos de tu corazon mejor que tu corazon mismo... la que está allí en el trono, debería estar en tu puesto, y tú en el trono. ¿Qué te parece que haria el señor Olivier si se arrancara ante él la máscara de la reina y apareciese en su lugar el palmito gentil de Berta de Souves?

— Mujer, dijo Blanca queriendo tomar un tono imperioso, no os atreveriais á hacerlo, porque sabéis quien soy.

— Sé quien eres, jóven, respondió la desconocida con voz lenta y firme, y mejor que vos misma... y por eso me atreveria.

Blanca no respondió.

El festin se iba animando, y degeneraba insensiblemente en orgia: el ruido de los vasos y el rumor confuso de las alegres conversaciones, cubrian ya la música celeste.

Todos se divertian muy bien, mejor aun á lo que me parece, que si la funcion hubiera continuado segun el programa.

Y tan divertidos estaban, que en un instante dabo pudo el sábio rey Salomon abandonar su trono, sin escitar otro sentimiento que el de la sorpresa. Y esta sorpresa la causaba el que no llevase consigo á la jóven y hermosa reina de Arabia.

El rey Salomon cruzó el salon, seguido por Tarquino, y salió del palacio despues de haberse cubierto con una anchurosa manta de color oscuro.

Esperaban á la puerta una media docena de hombres armados, los cuales á una señal de Tarquino siguieron á su señor, sirviéndole de escolta.

ii

Thibaut de Ferrieres, en el salon del festin, decia á los que le rodeaban:

— Compañeros, esto era cosa convenida entre el señor conde y yo... tenemos carta blanca... y cuando llegue la hora, luzcámonos como valientes, que por Dios os juro, que la remuneracion ha de ser espléndida.

— Hermosa jóven, decia en este momento la extranjera, que estaba sentada al lado de Blanca de Armagnac: yo sé que vos le amais... pues yo le amo tanto como vos, le amaba mucho antes que vos.

— Los ojos de Blanca querian taladrar la tela de la máscara, algo habia que la hacia creer que aquella mujer era hermosa, y aun cuando la infundia temor, no podia aborrecerla.

— ¿Con que le amábais, repitió, antes que yo?... y él os correspondia?

En el acento de la desconocida se hubiera adivinado que se sonreía.

— ¡Nunca ha dejado de amarme!... respondió.

Blanca encorbó la cabeza.

— Pero no hablemos de él, continuó diciendo la extranjera, sino de tí... ya te he dicho que te conocia mejor que tú misma te conoces; ¿no es verdad, hermosa jóven, que no es el amor solo el que ocupa tus insomnios y te preocupa en tus cavilaciones?... ¿no es verdad que hay en torno y por cima de tí un misterio que querrias penetrar á costa de los mejores años de tu vida?

Blanca la escuchaba aterrada.

— ¿No es verdad?... ¿no es verdad, prosiguió la extranjera contentiendo su voz, que vibraba bajo la máscara sorda y profunda, que ese nombre de Armagnac es muy pesado de llevar?... ya sea que se le lleve por derecho de nacimiento, ya se le haya recogido entre los despojos sangrientos de un hombre villanamente asesinado.

Blanca nunca se habia dado cuenta á sí misma de una manera tan precisa del secreto de su turbacion y de sus tristezas.

El dilema terrible que atormentaba su

10

existencia, recibia en cierto modo una forma tangible, y se le presentaba brutalmente á su vista.

El nombre que llevaba era, en efecto, el nombre de un hombre asesinado.

Si aquel nombre era el suyo, si el hombre asesinado era efectivamente su padre, ¿por qué habia de estar bajo el techo del asesino? Si ese nombre no era suyo, ¿por qué enfangarse en la vergüenza de una suplantacion feroz, de una superchería infame?

—Mujer, dijo con una tristeza que no trató de ocultar, ignoró quien te haya descubierto el fondo de mi corazón... no sé quien eres ni si me amas ni si me aborreces... ¿puedes tú, y quieres descubrirme á costa de cuanto poseo, mi nacimiento, que es un misterio para mí?

—Puedo descubrirte, respondió la desconocida, y no quiero nada de lo que tú posees.

Blanca empezó á temblar porque pensó:

—Es su amor lo que ella quiere, y nada más que su amor.

—Mañana, respondió la desconocida levantándose, estará en la iglesia de Notre Dame á la caída de la tarde, te esperaré á la orilla izquierda de la nave, ante la berja del coro... ¿irás tú?

—Iré, mujer, respondió Blanca de Armagnac, mas te suplico me enseñes la cara para que pueda reconocerle.

Su voz estaba conmovida, tanto era lo que deseaba ver, y tanto temia encontrar una belleza fascinadora bajo la máscara de la desconocida.

Esta volvió la espalda á los convidados y levantó su cabeza con un movimiento rápido: el alma de Blanca pasó á sus ojos, miró ávidamente y un grito ahogado se exhaló de su pecho.

La desconocida acababa de descubrir un semblante descolorido ó iluminado por una sonrisa llena de tristeza, pero de una belleza tan noble y magestuosa que Blanca quedó deslumbrada y llevó sus manos al corazón.

—¡Ah! murmuró con angustia, debe amarnos y os ama.

Entre la tristeza y la sonrisa de la desconocida, se mostró una sonrisa de dulce interés. Y decimos interés porque esa mujer que se encontraba allí fraudulentamente quizá, y conversaba con la heredera mas poderosa que hubiese en el reino de Francia, tenia aquí el aire de una princesa al lado de una pobre niña tímida y extraña al sitio en que se encontraba.

—No puedo decir cómo los papeles se habian trocado tan pronto y tan fácilmente; pero sí que Blanca de Armagnac nunca habia experimentado igual respeto aun en presencia de la regente misma.

La desconocida la tomó la mano y la dijo:

—No olvidéis el lugar ni la hora.

Blanca tenia la cabeza inclinada sobre su hombro, y su voz desalentada murió entre sus labios.

La sonrisa de la desconocida se hizo mas dulce y más bella, y en el momento que los convidados ahitos se levantaban de la mesa tumultuosamente, se inclinó y sus labios tocaron casi á la frente de Blanca.

—Hija mía, yo no soy vuestra rival, murmuró:

—Pues ¿quien sois? preguntó Blanca con asombro.

—Le amaba antes que vos, repitió la desconocida, y le amaré aun despues que vos, si pudiérais olvidarle, porque yo soy su madre.

Una explosion de alegría inmensa hizo callar al corazón de la interesante doncella, que quiso llevar á sus labios la mano de la desconocida para cubrirla de besos, pero la muchedumbre se agitaba ya alegre y bulliciosa, y la desconocida con un brusco movimiento se desprendió de ella y murmuró, «hasta mañana,» despues de lo cual desapareció entre la turba de los convidados.

## VII.

¡SALVAD AL REY!

La bóveda del cielo que antes se extendia oscura por cima de aquellos jardines inundados de luz, comenzaba á iluminarse por el lado del Oriente: una línea livida aparecia á lo lejos curbando las guirnaldas de fuego que pendian de árbol en árbol: era la aurora con sus sonrosados dedos que aparece muy pálida cuando se le mira al través de los fulgores de un incendio.

Y las iluminaciones del país de Jerusalem bien valian por diez incendios.

Se vió salir del palacio de Salomon á dos hombres encapitados bajo anchurosos mantos, en el instante mismo en que la alegría de los convidados llegaba á su apogeo: á estos dos hombres se reunieron algunos soldados hebreos de la guardia del hijo de David: bajaron todos las gradas del peristilo y se metieron en los pabellones donde las gentes subalternas satisfacian su apetito.

Todos se sentaron en una mesa en el pabellon mismo donde dejamos antes á Tranquilo y Juan Rubio conferenciando gravemente.

Los guardias de Salomon se colocaron en la parte anterior de la mesa, y un poco mas atrás maese Vicente Tarquino. Su compañero, que llevaba un capuchon echado á la cara, y que parecia querer ocultar hasta el último detalle de su traje bajo los anchos pliegues de su manto, se respaldó contra un pié derecho de espaldas á la luz.

Antes de echar vino á los soldados, Vicente tragó con su mirada á su misterioso

compañero, y le señaló con un gesto disimulado la mesa donde Juan Rubio y Fray Tranquilo estaban sentados uno al lado del otro.

El hombre de la capa guardó silencio, y la actitud en que se colocó, parecia decir: maese Tarquino, me habeis ofrecido pruebas, vamos á verlas; á mí solo me toca oír y juzgar.

Maese Tarquino lo entendia demasiado bien para no saber lo que se le pedia.

—¡Hola! mi amigo Pedro, dijo, dirigiéndose á uno de los hombres de armas; bien sé que no conviene minar demasiado cerca cuando se trata de gentes de guerra... ya sabes que en ocasiones tú y yo hemos afeitado como deben hacer los soldados que quieren tomar un bocado para beber; pero no es así como se conducia aquel maldito Condestable que chupaba al pueblo hasta la sangre, y cuando el pueblo no tenia sangre ya, lo pisoteaba y estrujaba para ver si saldría aun alguna gota.

Vicente hablaba así en alta voz, de modo que pudieron oírlo cuantos habia en el pabellon; pero nadie hizo el menor caso porque allí estaban para divertirse, y además, á ninguno le daba cuidado del señor Condestable difunto.

Tranquilo predicaba á Juan Rubio, que lo escuchaba lo mejor que podia, acechando de rabo de ojo la comparsa de los caballeros negros. Tranquilo ni aun habia oido las palabras de Vicente Tarquino que iban, sin embargo, dirigidas á él; y por lo que hace á Juan Rubio, creo que se hubiera podido ultrajar á todos los héroes de la historia sin sacarle de su cavilacion. Su cabeza y su corazón estaban llenos; se replegaba en sí mismo feliz y descontento á la par, sin saber si era tristeza ó alegría la fiebre que le abrasaba, dejándose arrastrar sin resistencia del tumultuoso torrente de sus emociones.

—Sí, sí, dijo el soldado Pedro, parece que el tal soldado Bernardo de Armagnac, era un señor endiablado.

Tranquilo se conmovió débilmente, y la frase principiada; quedó suspendida en

sus labios sin que su distraído interlocutor reparase en la interrupción. Era imposible que el nombre de Armagnac pronunciado de repente, no hiriese los oídos de Tranquilo.

—No un endiablado, replicó Vicente Tarquino, cuyos ojos no se apartaban ya de su presa, sino un malvado, amigo Pedro.

Tranquilo se encogió ligeramente de hombros con evidente mal humor, y volvió la cabeza como para no oír.

—Te iba diciendo, Juanito, quiso proseguir, que toda aquella noche estuvimos en vela con cuidado mortal... Estaba el hijo del leñador, que salió muchas veces por el bosque llamándote, pero tú no respondías. Yo decía siempre á madama Marta que lloraba: él volverá, señora, él volverá; y en verdad que tal creía, desgraciado niño; porque yo que te he enseñado todo lo que sabes; yo, que creía conocer tu corazón, no podía figurarme otra cosa.

Al llegar aquí se interrumpió de nuevo porque las palabras del desleal y traidor acababan de llegar á sus oídos, unidas al nombre de Armagnac.

—Voy á pedirle perdón de rodillas por el mal que le he hecho, dijo Juan Rubio, ella que es tan buena, que es tan santa, me perdonará!., ¡Ah! bien sabe que la amo con todo mi corazón... y cuando yo la haya dicho lo que padecía, ¡cuán desgraciado, cuán triste estaba!... ¡cómo me ha arrebatado mi corazón, cómo he enloquecido!...

—Calla... dijo en voz baja Tranquilo, escucha... sus cejas estaban fruncidas y su mano crispada clavaba las uñas en la mesa.

—¿Qué teneis? preguntó el joven admirado.

Nunca había visto tal expresión en el semblante de su pobre amigo Fray Tranquilo.

—¿Qué, estás sordo? murmuró este lanzándole una mirada de reprobación.

Juan Rubio no comprendía nada. No podía figurarse que la cólera concentrada

de Tranquilo era producida por la conversación de aquellos soldados sentados en una de las mesas inmediatas: no había prestado atención á sus palabras, ni aun siquiera había oído á Vicente Tarquino imputar al condestable Bernardo no sé qué repugnante historia de violación y de asesinato que había escitado las risotadas de los soldados del rey Salomón.

El hermoso rostro del joven permanecía tan sereno, que Vicente Tarquino vaciló un instante.

El hombre del ancho manto, que continuaba respaldado contra el pié derecho, le dijo en voz baja:

—Ya ves como te engañas, maese Vicente: si ese joven tuviese una gota de la sangre de Armagnac en sus venas, ya tendrías entre las cejas la punta de su espada.

—Calma, monseñor, contestó el italiano, no hacemos más que empezar, y en seguida dijo en alta voz:

—¡Pero por vida de Satanás! Bernardo no era nada al lado de su hijo Santiago de Armagnac, el miserable, desleal y traidor que condujimos nosotros mismos al patíbulo.

La cólera ahogaba al pobre Tranquilo y el corazón se le salía del pecho.

—¿Oyes? dijo con una voz extraña.

—Oigo á esas gentes que hablan de los antiguos señores de Armagnac, respondió Juan Rubio, y eso no va conmigo.

El asombro y la indignación á la par se pintaron en el rostro de Tranquilo.

—¡Ah!... esclamó haciendo un penoso esfuerzo, ¡con que eso no va contigo!... ¡con que eso no va contigo; ¡no tienes corazón!

Juan Rubio se echó á reír.

—Vaya, mi buen amigo, estais soñando. Vos, que me habeis predicado tantos sermones pacíficos, que hace un instante me deciais, «el que saca la espada, por la espada morirá,» me imputais ahora como un crimen la prudencia, y me decís que no tengo corazón porque no me interpongo como un loco en la conversación de

una turba de soldados borrachos! Por fuerza habeis perdido la cabeza.

Tranquilo inclinó su frente sin responder.

—¿Y qué me importan á mí, continuó el joven, ese Bernardo de Armagnac y el otro Santiago, su hijo legítimo ó bastardo?..

La larga y huesosa mano de Tranquilo se levantó vivamente, y fué á fijarse trémula en los labios del blasfemo.

—¡Calla! murmuró, ¡calla! ¡por Dios calla!

Hubo en la mirada que el joven le dirigió una irradiación extraña, que apenas se indicaba desapareció. Un observador que hubiese presenciado la escena, se hubiera preguntado si era solo Vicente Tarquino el que aquí buscaba una revelación.

Hay personas que tienen la pasión de saber, y Juan Rubio procuraba hacia mucho tiempo romper el velo que le envolvía.

Aquella noche había vivido lo menos diez años. Era todavía un niño por su edad y un hombre por su reflexión y su sagacidad: el sentido diplomático se había despertado en él sin saberlo, como antes su buena espada había callado, á pesar suyo, fuera de la vaina.

En definitiva, Juan Rubio sabía que las figuras heráldicas grabadas en su pecho al lado del corazón, componían el escudo de Armagnac. Su familia, su padre ó su madre habían debido depender indudablemente de la casa de Armagnac. ¿En calidad de qué? Ese era el misterio. Pero nuestro Juan Rubio era demasiado bueno, demasiado joven, demasiado leal para hablarla sin motivo y sin respeto como acababa de hacerlo de un nombre que era, en su concepto, de sus señores.

El que quería saber una cosa, y no era ya el cándido niño que preguntaba tímidamente en el rincón del hogar de la cabana; era, como hemos visto, el amante de una princesa.

Tranquilo permanecía ante él como espantado, y su interlocutor, ocultando ad-

mirablemente el juego, fijaba en el pobre hombre su mirada serena y calmosa tan bien, que el hombre de la ancha capadecía en tono de burla:

—Ya ves, mi pobre Tarquino, cómo te engañas.

Los ojos airados de Tarquino lanzaron un rayo de furor.

—Y no fué bastante, esclamó, no fué bastante el cadalso para ese mal sin causa de tantas desgracias, que á tantos niños dejó sin padre y á tantas mujeres sin esposo... por mí se hubiera metido en un seron su cadáver impuro, y se le hubiera arrastrado durante un día entero por las calles cubiertas de lodo.

Tranquilo seguía siempre con sus ojos bajos; no se atrevía ya á mirar á su discípulo, pero sus dientes rechinaban con furor.

—¿Qué insensato soy! se decía, ¡no iba yo mismo á traer el peligro sobre la cabeza de ese niño confiado á mis cuidados!... ¡no iba yo á lanzarle, débil y sin defensa, en medio de esa turba de hombres sanguinarios, que quizá le insulten para asesinarle!

—Y encima del seron, continuaba Vicente Tarquino, debía haberse fijado un cartel que dijera: «Este es el cadáver del último Armagnac, fementido, ladrón y cobarde.»

Tranquilo se llevó ambas manos á los oídos con un movimiento convulsivo, y un tinte de palidez asomó á la hermosa frente de Juan Rubio.

Tranquilo se levantó precipitadamente, porque le ocurrió de pronto una idea.

—Es preciso que nos vayamos de aquí, Juanito mio, le dijo en tono suplicante; ¡no me niegues este favor por el nombre de Dios! vente conmigo donde está madama Marta, que se alegrará mucho de verte.

Juan Rubio conservaba su apariencia de calma; no obstante lo cual, fué con voz muy alterada como respondió:

—Mi deber es estar aquí, amigo Tranquilo, cuando pueda no tendrás nece-



sidad de decirme que vaya donde mi madre me espera.

Tranquilo volvió á caer desplomado en su asiento sin atreverse á volver la cabeza para mirar á los soldados. Un sudor frío corría gota á gota á lo largo de sus mejillas pálidas y descarnadas.

El hombre de la ancha capa miró á Tarquino con sonrisa de burla, y la garganta de Tarquino dejó escapar un rugido de furor.

—Pues habeis de saber, añadió el italiano con mal reprimida ira, que habia en aquella casa una infamia mas vergonzosa que la infamia del padre y que la infamia del hijo, y era una mujer disoluta á quien se llamaba la duquesa Isabel...

Un gemido se exhaló del pecho de Tranquilo, y Juan Rubio cerró los ojos, pero no se movió; permanecía allí sentado, erguido, pero ya pálido, inmóvil y frío como un mármol.

—Habia digo, prosiguió Tarquino, con la boca ya llena de hiel, una mujer impúdica veinte mil veces deshonrada, á quien los lacayos de Nemours mismo despreciaban.

Tranquilo vaciló en su asiento.

—Pues esa mujer, siguió diciendo el italiano, que ya echaba el resto, pues esa mujer, digo, impúdica, se divertía alegremente el día mismo en que fué decapitado su marido con yo no sé qué fraile, ridículo, á quien llamaban fray Tranquilo...

Tranquilo se levantó como un autómatas, movido por un resorte, y Vicente Tarquino se calló porque ya no tenia mas que esperar.

Una lucha terrible habia en el corazón de Tranquilo: se le vió juntar las manos y mover los labios como si hubiera estado orando; dos grandes lágrimas corrían lentamente por sus mejillas, en seguida sus ojos chispearon rayos, y toda la sangre de su corazón le subió á la cara.

Habia resistido, pero algo mas fuerte que él le impulsaba y le arrastraba.

—¡Levántate! dijo con voz imperiosa á Juan Rubio, que obedeció.

Esta voz vibró tan solemne y tan fuerte, que todos los grupos esparcidos miraron y se acercaron. El hombre del capoton se cubrió aun mas con su capucha y cesó de apoyarse en el poste. La cara de Vicente Tarquino habia tomado una espresion de triunfo.

—Desenvaina esa espada, dijo Tranquilo.

Juan Rubio desenvainó la espada.

La voz del pobre hombre se debilitó, pero dijo aun:

—¡Venga á tus padres!

El mancebo lanzó un grito de alegría y se lanzó en medio de los soldados que habian desenvainado tambien sus espadas.

Lo que pasó fué mas rápido que el pensamiento, y se necesitan, sin embargo, muchos minutos para decir lo que en realidad ocupó apenas algunos segundos.

Una mujer, que llevaba el traje de las esposas de Salomon, la misma que habia estado sentada al lado de Blanca de Armagnac, acababa de salir del palacio y bajaba con lentitud las gradas del peristilo.

Se detuvo á los primeros insultos vomitados contra el duque de Nemours y su familia, y cambiando su mirada atraida por el movimiento de Tranquilo, se dirigió hácia la mesa donde éste estaba con su discípulo: la mujer encubierta dió un paso para lanzarse hácia aquel lado.

Era precisamente en el momento en que Tarquino sembraba á manos llenas los ultrajes y las calumnias sobre el ilustre y santo nombre de la duquesa Isabel. La mujer encubierta no tuvo tiempo para dar otro paso, porque apenas Tranquilo, arrastrado por su irresistible coraje, hubo pronunciado sus dos últimas palabras: Juan Rubio, espada en mano, volaba derecho hácia el vil insultador de Armagnac muerto y de su viuda.

La encubierta se llevó las manos al corazón, sus trémulas piernas se doblega-

ban, y la ardiente y desolada oracion que quiso elevarse hácia Dios, murió en sus labios.

Juan Rubio estaba allí entre las espadas desenvainadas con su juventud, con su hermosura, con su arrogancia, que le hacian parecer uno de esos seres fabulosos, á quienes basta presentarse para hacer morde el polvo á sus enemigos.

Y la verdad es, que los soldados, tantos como eran, vacilaban.

En aquel momento se sintió un gran ruido en torno del palacio; los convidados salian como los torrentes comprimidos, y la litera de la reina de Saba se mostraba de nuevo al frente del cortejo, en cuyo instante la comparsa de los caballeros negros se conmovió de su parte.

Marchaban apiñados unos con otros, hendiendo la muchedumbre de repente agrupada, como la robusta proa del navío hunde la espuma de las ondas.

Marchaban en direccion de la segunda salida del palacio, por donde desembarcaba el cortejo.

Juan Rubio les volvia la espalda: no habia abandonado su puesto mas que un instante, y este instante bastaba para hacerle perder el beneficio de su larga expectativa.

Pero en lo que menos pensaba entonces el arrogante mancebo, era en los caballeros negros: su situacion era la de esos bien aventurados, ante quienes se abre de repente el cielo: se sentia ébrio y no obra ya sinó impulsado por una especie de instinto.

—Mis buenas gentes, dijo á los soldados con tono imperioso y sereno como si hubiera creído que sus palabras iban á hacer volver á la vaina las espadas desnudas, esto no va con vosotros... ese hombre solo es el que ha hablado, á ese es á quien tengo que castigar.

Apartó á los soldados, que no se hicieron rogar, y se puso ante Tarquino.

Este se sonreia, porque el hombre del capoton acababa de decirle:

—Voy creyendo que tenias razon.

Del lado del palacio aumentaba el clamoreo: la mujer cubierta permanecia en las gradas del vestíbulo inmóvil como una estatua, y una agitacion repentina y tumultuosa conmovia á la muchedumbre.

—¡El rey! ¡el rey! gritaron voces azoradas, ¡salvad al rey!

El hombre de la capa se estremeció como si le hubieran herido por la espalda, miró en torno de sí con aire azorado al través de los agujeros de su máscara.

La espada de Juan Rubio y la de Vicente Tarquino se cruzaron.

—¡El rey! gritó una voz argentina: en lo alto del vestíbulo: ¡salvad al rey!

Juan Rubio dió un salto atrás y volvió los ojos hácia el vestíbulo del palacio, donde vió á Blanca de Armagnac, que le miraba y le mostraba con el brazo tendido á la comparsa negra, oprimida por la muchedumbre, y sobre la cual se veian girar y brillar hojas de espadas.

Juan Rubio hizo un gesto mudo de obediencia, y la jóven desapareció.

—Esta noche, dijo á Tarquino, no tengo lugar... pero yo sé muy bien como he de concerte.

Sus piernas ágiles y vigorosas se plegaron, pasó mas rápido que un rayo bajo la espada del italiano, que permanecia en guardia, y con un puñalito que llevaba á la cintura, le cortó dos veces la cara, formando una cruz de San Andrés.

Tarquino lanzó un rugido de furor: cuando quiso volverse ya el ágil mancebo, salvaba el espacio que le separaba de la comparsa negra.

—Mañana, gritó, al anoecer, ante los muros del Louvre.

—No te andes con chiquitas, Vicente Tarquino, murmuró el hombre de la capa larga tocándole la espalda: hemos dejado al cachorro del leon crecer y endurecerse sus garras... haz lo que puedas y lo me-

por que sepas, Vicente Tarquino; mañana al anochecer, en los muros del Louvre!

No había ya más que once caballeros en la comparsa negra que había querido; repitámoslo, robar á la reina de Saba en lo mejor de la fiesta.

Cuando Juan Rubio llegaba al último grado de exaltación, y más fuerte que diez hombres, surcaba la muchedumbre á la manera de un javalí, que, lanzado á la carrera, se abre camino al través de las malezas; no había ya más que once caballeros en la comparsa negra; el duodécimo, el que tenía la talla de un niño, y llevaba en su sombrero los colores de madama Blanca, se había aventurado locamente en medio de la confusión, abandonando á sus compañeros por llegar antes á la litera de la hermosa reina de Saba, y Thibaut de Ferrieres, al frente de un grupo de hombres armados, había llegado á cortarla.

Fue en este momento cuando el jefe de los caballeros negros, tirando la máscara y mostrando el noble rostro del duque de Orleans, que se llamó luego Luis XII, lanzó aquel grito de apuro:

—¡El rey! ¡salvad al rey!

Los caballeros de la comparsa no podían moverse en medio de la muchedumbre que los comprimía; estaban como anegados en medio de la confusión, mientras que los hombres de armas de Thibaut, aparejados ignorar quién fuese el atrevido que había puesto la mano en la reina, gritaban:

—¡Muera!

—¿A dónde vas, hermano Juan? preguntó una voz en medio de la muchedumbre.

—Ven conmigo, hermano mio, ven; respondió Juan Rubio sin volverse, ven conmigo y haz lo que yo.

Como que había horidas y chichoués que hacer, Juan Moreno no se hizo repetir la invitación, y hé aquí á nuestros dos nuevos compañeros trabajando como guardias y llegando á donde el jovencuelo que llevaba los colores de madama de

Armagnac, iba á pasar un rato endemoniado.

De lejos se oía gritar incesantemente al duque de Orleans y á sus pares:

—¡Salvad al rey! ¡salvad al rey!

No había dos modos de empezar la conversación.

La espada de Juan Rubio atravesó de lado á lado la garganta de Hubaut, mientras que la de Juan Moreno hendía el cráneo de otro bribón, cuyo nombre, no ha conservado la historia.

Bien se entiende que una vez entablada bajo este pie, la conversacion no hubo un instante de parada.

Nuestros dos buenos amigos trabajaron á las mil macavillas durante algunos segundos, que bastaron á Juan Rubio para rojar al fin por el manto al joven caballero negro, ya prisionero entre aquellos y ándalos.

Casi estaba desmayado el pobre jóven, que ni aun podía hablar.

Las voces de la comparsa se acercaban, y se oía por aquel lado el ruido de las espadas.

—¡Aquí, señores, gritó Juan Rubio aquí está el rey.

No hay palabras con que pintar la muchedumbre que por todas partes oía pronunciar de este modo el nombre del rey, que se encontraba envuelto sin saber cómo en aquella batalla encarnizada.

Las cabezas de los caballeros de la comparsa, se mostraron por cima de la muchedumbre.

—Firme, firme, caballero mio, decía Luis de Orleans, ya estamos aquí.

Los soldados de Thibaut de Ferrieres habían ya desalojado el campo menos una buena mitad, que quedaban tendidos y muertos.

No había ya para qué gritar, firme, firme, porque la batalla estaba ganada.

Buena la ha hecho, dijo Juan Moreno raseándose la oreja, yo me he batido por hacer lo que tú, hermano mio Juan... yo no sé si ese será el rey, pero me parece

que nos hemos metido en una... porque más de saber que los que están ahí tendidos pertenecian á Olivier, mi señor... con que así, chico, ya que no hay peligro, Dios te dé buena suerte, que yo me las guillo

Y esto diciendo, envainó su espada y se escurrió entre la muchedumbre.

El rey estaba ya entre los caballeros negros.

—¡Por Dios santo! valiente caballero, exclamó Luis de Orleans, abrazando á Juan Rubio con efusión; decidme vuestro nombre, yo os lo suplico... que si olvido á mis enemigos, es para acordarme mejor de aquellos á quienes estimo.

Monseñor, replicó Juan Rubio, hace solo cinco minutos no tenía nombre, y desde cinco minutos á esta parte, han pasado tantas cosas imposibles, que no puedo decir si sueño ó estoy despierto.

—Vaya, vaya, tendremos que tomar otra táctica, hermosos jóven, dijo el duque quitándole su máscara con una mano, mientras que con la otra retenía las dos del mancebo; y esto haciendo se sonreía el digno príncipe muy contento y muy satisfecho.

—¡Oh! exclamó, un arrogante mancebo, ¡por vida mia, y ya tan valiente espada!

—Mi amado señor, añadió volviéndose hácia el rey; mirad, mirad, os ruego, á vuestro salvador.

El jovencuelo del sombrero encintado levantó sus ojos lánguidos para mirar á Juan Rubio, é hizo un movimiento de cabeza imperceptible.

—El rey, mi primo, os tendrá presente, dijo el duque de Orleans, cuyo rostro leal se cubrió de un ligero sonrosado, y ¡si él os olvidara, yo tendré memoria por él.

Estrechó por última vez las manos del jóven, levantó su espada y dió una voz de mando.

—Señores, al palacio de Tournelles!

Cuando la cuadrilla negra se puso en

marcha no había ya en sus filas un solo rostro que no estuviese descubierta, y pudieron reconocerse detrás el Luis de Orleans, las cabezas más ilustres de la nobleza francesa; Decux, Montmorency, La Tremoille, Rohan, Riéux, Grommont, Mortemart y muchos otros.

En el centro marchaba Carlos VIII sostenido por Doulas, los duques de Touraire y por el conde de Roix.

Nadie se opuso ya al paso de los caballeros negros, y el señor Olivier de Graville, conde de la Marche, que había dejado el capoton largo que nosotros conocemos, se inclinó hasta el suelo en honor de S. M.

En una calle desierta del Mediodía de París, no lejos de aquella parte de la muralla, que confinaba con el palacio de la Marche, estaba entre su madre, y fray Tranquilo el hermoso Juan Rubio aun sofocado y casi sin aliento, cubierto de sudor.

Su madre le estrechaba apasionadamente contra su corazón, y el mancebo sonreía como un niño que despierta.

El pobre fray Tranquilo marchaba con la cabeza inclinada y los brazos al costado moviendo la cabeza con mucho descon-suelo.

La luz rojiza de un cabo de vela á los piés de una imagen de la Virgen en una hornacina alumbrada iluminaba este grupo.

Pocos minutos antes habían salido los tres, no sin peligro, de los Estados del rey Salomón.

—Mañana á la caída de la noche, ante los muros del Louvre, iba diciendo Tranquilo; y yo soy la causa de todo esto.

¡Le andaban buscando hacia quince años, y no le encontraban! ¡y yo desventurado de mí he sido quién les dijo ahí le tenéis!

¡Mi noble señora! exclamó arrojándose en medio de la calle, Dios sabe que no soy traidor.... perdonadme, perdonadme.

La duquesa miraba á su hijo con un entusiasmo lleno de orgullo y de satisfaccion.

—Levántate, dijo á Tranquilo tendiéndole la mano.

Con la otra acariciaba los cabellos húmedos de su hijo, que la sonreía dulcísimamente.

—Has hecho muy bien, amigo mio, le dijo al jóven.

La duquesa Isabel le abrazó de nuevo: una lágrima tembló en los bordes de sus párpados, y repitió con una voz conmovida, pero distinta: «has hecho bien.»

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

## TERCERA PARTE.

I.

### LA CLASE MEDIA DE PARIS.

La ciudad de París estaba silenciosa y triste. Era presa de una de esas emociones sordas que despueblan las calles y atraen á la poblacion curiosa, inquieta y despavorida hácia algunos centros escogidos, segun las circunstancias.

Veíanse numerosos grupos á la orilla derecha del Sena, á la aproximacion de los jardines del palacio de Saint-Paul, y al paso que hubiese sido difícil encontrar un alma hácia los barrios de la Universidad y de la Cité, las inmediaciones de los mercados estaban obstruidas por corrillos de curiosos y de políticos apasionados, como siempre, á las novedades.

Decíase que el rey Carlos VIII habia vuelto indispuerto de su palacio de Tournelles, y que madama Ana de Francia, regente del reino, estaba en cama mas enfermo aun que su hermano en el palacio de Saint-Paul; qué gentes de guerra recien llegadas con el uniforme de la casa

de Orleans, que no se habia visto en París hacia muchos años, estaban de guarnicion en la bastilla de Saint-Antoine.

La palabra que Vicente Tarquino habia dicho en el dia anterior á Olivier de Gravelle, andaba de boca en boca como si hubiera en aquellos tiempos periódicos de la tarde para dar las últimas noticias.

El rey habia dicho quiero...! aquel recyecito niño tímido y débil, que hasta entonces habia temblado ante la superioridad de madama Ana, su hermana.

En los dos chatelets en el Louvre, y en las diversás puertas del recinto, los soldados pertenecian á madama Ana, y principalmente, en la torre del Louvre, donde los que montaban la guardia eran los hombres de armas de la Marche.

Pero cuando ha de tener lugar un movimiento en París, las fortalezas hacen daño, y las torres bien guardadas no sirven para maldita de Dios la cosa.

La clase media no estaba contenta, y entre el pueblo se veian ciertas caras, que daban á entender oían la trampa descubierta.

París sabe á veces temblar de espanto y patalcar de audacia impaciente; tiene miedo á los motines y los adora; le sucede como á esos tenderos que se aburren al quinto acto de los melodramas, y que, sin embargo, van á verlos todos los domingos.

Desde por la mañana, sintió París un cierto olor de jarana; las mujeres hablaban

á media voz de ventana á ventana, comunicándose al través de la calle esos extraños terrores que nos harán gratos hasta el fin del mundo los fusilazos del Circo Olímpico y las historias de los aparecidos; los maridos erguían la cabeza con aire de importancia, y algunos llegaban hasta á pronunciar este lugar comun de la tontería parisiense.

—Esto ya lo habia dicho yo.

Se sentia vagamente que algo iba á suceder.—¡Qué! los Profetas mismos se hubieran visto muy embarazados para especificarlo.

Pero este famoso «¡ya lo habia dicho yo!» no compromete al badulaque, al papanatas presumido que se deja caer con énfasis. Se adapta á todo, antes como despues.

Muchas tiendas habian permanecido cerradas aquella mañana en las calles mas concurridas, y muchas puertas de éncina de las casas principales, habian quedado cerradas.

Los piquetes estacionaban con parte sana en mano en la plazuela del Chatelet, y los que venian de la parte alta de la ciudad, decian que ya estaban echadas las cadenas desde la calle Aubri-le-Baucher hasta la calle Mau-Couvil, contigua á la puerta de Saint-Denis.

El silencio que reinaba en los barrios bajos tenia algo de amepazador y de siniestro, y todo el mundo aplicaba el oido, porque todos pensaban oír de un momento á otro un grito de guerra, y cuando sonaba el reloj en lo alto de los campanarios, todos se estremecian, como si hubiera sido aquella la primera campanada de rebato.

El populacho acudia á los alrededores de los Mercados, los tribunales, cuyo cuerpo respetable acababa de constituirse, daban ya las instrucciones de corro en corro, como si hubiesen adivinado el lustre que su asociacion debia alcanzar en tiempos posteriores, bajo el reinado de Mr. de Beaufort.

A lo largo del cementerio de los Ino-

centes, y bajo los soportales, hablaban con misterio los ciudadanos prudentes, prontos á salvarse, si las circunstancias lo exigian, y dispuestos tambien á marchar adelante como héroes, si es que no habia asomo de peligro.

Maese Richard, el guantero de la Marche, estaba allí como era consiguiente con su compadre maese Antonio, antiguo proveedor de paños de Armagnac y los demás tenderos que hemos visto en la tarde anterior en la posada de la Urraca, y cuya conversacion habia sido tan brutalmente interrumpida por los soldados de Olivier de Graville.

—Compadres, decia maese Richard con aire triste y abatido: no es porque el señor Olivier de Graville sea mi parroquiano, pero me parece que todo esto ha de acabar en mal.

—¡Qué!... dijo maese Antonio frotándose las manos, yo consiento gustoso en perder veinte ó treinta sueldos por oír al rededor de los Mercados nuestro grito de los buenos tiempos: ¡Viva Armagnac! ¡viva Armagnac!

Maese Richard se embozó en la capa, cubriéndose hasta las cejas mohino y cabiloso.

El viento se mudaba, y despues de todo, ¿para qué servia el parroquiano Graville desterrado ó decapitado?

No conviene obstinarse en adhesiones estériles: ¡qué diablo! un hombre decapitado no gasta ya guantes.

Pero los guantes son la parte superior de la política á poco que uno tenga de guantero.

—¡Dios mio! refunfuñó el buen hombre entre el embozo de su capa: todos tienen algo de bueno no siendo paganos, y los de Armagnac eran hijos de la Iglesia... pero quién ha dicho que el señor Olivier no vuelva á rehabilitarse... allí entre la gente del pueblo, veo mas de un valenton, que ha comido de su pan!

Maese Antonio, el pañero, dirigió hacia los grupos una mirada socarrona.

—En cuanto á eso, dijo, ya los hay mas

negros que el señor Olivier; y si es que acierta á conservar la cabeza sobre sus hombros, será siempre un gran señor, en lo que yo no veo mucho mal... Pero el tío Miguel el tuerto, que fué esta mañana al arco Marion, dijo que habia visto mas de cuatrocientos hombres armados, encima de los muros del jardín del palacio de Sens.

—Y que no eran soldados del señor Olivier, interrumpió uno de los circunstantes que simpatizaba por los Armagnac.

—Y aquí cerca, añadió otro, han venido arqueros á tomar posesion del palacio que el señor Olivier hace levantar entre Santa Eustaquia y la calle de San Honorato, y á lo que creo en nombre de monseñor el duque de Orleans primo del rey.

—Como querais compadres, replicó maese Richard en tono compungido, reciban mi enhorabuena los que venzan hoy; quizá mañana sea otra cosa. Por lo que á mí hace, proveerá de muy buena gana al duque de Orleans, como lo he estado haciendo con el señor de Graville; siempre con adhesion y con conciencia.

Esta conclusion conmovió el corazon de todos los compadres de maese Richard: habia e presado con elocuencia y precision la fe política de todos los circunstantes, se-deros, pebeteros, tejedores, ropavejeros, zapateros y sastres.

En suma replicó maese Antonio, ¿qué ha pasado en esa famosa fiesta? ¿fuiste.s, maese Richard?

—Sí, respondió el guantero, estuve, compadre, y aunque viva mil años no pienso ver cosa igual. Solo de guantes, suministrados por mí, habia por valor de mas de mil quinientos escudos... y si truena el señor de Graville, ¿quién me los pagará?

—¿No estaba en el palacio de Graville madama Ana? preguntó uno de los concurrentes.

—Hombre, yo no levanté la careta á ninguna noble dama, replicó Richard. Todo lo que yo puedo deciros, es que la fiesta debia durar tres dias, y que al cabo de cinco ó seis horas no quedaba un alma en los jardines del rey Salomon... Babiendo

tranquilamente estaba con mi sobrino Gilles, que se ha establecido con una fábrica de curtidos en la orilla del rio, en la que gracias á Dios hace muy buenos cuartos, cuando vemos una hataola endemoniada hacia el palacio de Salomon... estaba iluminado, no puedo deciros cómo, pero á fé de cristiano os digo que estaba tres veces mejor que á medio dia:—Padrino, me dijo mi sobrino, (porque yo le saqué de pila) mira, mira, la comparsa de los caballeros negros empieza á hacer su papel.

—Yo no habia reparado en los caballeros negros... habia tantas cosas admirables, que no valia la pena fijarse en doce taragotes vestidos como penitentes en la octava de ánimas.

Pero fué preciso reparar y prestar atencion, porque acababan de insultar al rey Salomon y de robar á las barbas de todos á la reina de Saba su mujer.

—Deciros que habia mas de doscientas espadas desenvainadas, es inútil, ¿no es verdad? pues despues de la batalla se escurria uno en la sangre como si hubiera caido un aguacero... pero á lo que veo, compadres, lo que queris saber es el nombre de los caballeros negros.

Hubo un murmullo de afirmacion en todos los circunstantes.

—Pues bien, repuso maese Richard, habia entre los caballeros negros un joven zuelo, y como Thibaut de Ferrieres, uno de los gentiles-hombres de Graville, muerto ahora por mas señas, y con un par de guantes nuevos, habian conseguido apoderarse de él, of que se gritaba, ¡salvad al rey!

—¡Al rey!... repitieron los hourados ciudadanos.

—Y todo el mundo decia por allí que nuestro jóven soberano, Carlos de Francia, habia ido por amor á madama Blanca de Armagnac... ¡Amigos! los caballeros negros se lanzaron como un rayo. Yo of en otro tiempo al duque de Orleans en los funerales del difunto rey Luis XI, y me parece, no quisiera equivocarme, que era él quien capitaneaba á los caballeros negros.

—¡Qué bueno!... exclamó maese Anto-

nio á media voz, á cada uno le llega su vez.  
—Mas el duque de Orleans, si es que era él, continuo diciendo el guantero, se hubiera causado en vano si no hubiese estado por allí un pajeillo gallardo y valiente como el Arcángel San Miguel... ¡Ira de Dios! me pareció que su espada centelleaba al atravesar la garganta de Thibaut de Ferrieres, que por cierto ha muerto sin pagarme los guantes... y él fué quien salvó al rey.

—¿Y quién quería matar al rey? preguntaron al mismo tiempo varias voces.

Maese Richard movió la cabeza con aire misterioso.

Y sin embargo, puede asegurarse que no sabia mas que los que le preguntaban.

—Yo no quisiera comprometerme, dijo en voz baja, acusando á personajes muy encopetados... se hablaban mil cosas por ahí y oí pronunciar muchos nombres... Giles, mi sobrino y ahijado, que por cierto es un poco idiota de nacimiento, pero que no por eso deja de ser muy buen comerciante, me decía al oído... no hay cuidado, padrino, que esto es parte de la función, y sin embargo, tenemos que ver muchas cosas.

En tanto el murmullo crecía entre la muchedumbre, y no se trataba ya del rey Salomón ni de la reina de Saba, ni de otros farsantes, mas se oían nombres cristianos que corrían de boca en boca, madama la regente, nuestro señor el rey, Borgoña, Orleans, la Marche, etc. etc.

—Como los caballeros negros desaparecieron de los jardines, no pudo decirlo; las luces se fueron apagando, unas despues de otras, y todo aquel brillante enjambre de mujeres se disipó entre la espesura de las arboledas, en medio de las tinieblas mas profundas.

Todo esto pasó para mí como un sueño... mi sobrino Giles afirma que yo estaba borracho, y en el fondo no diré que no tuviese algo de razón, pero lo cierto es que habíame olvidado de preguntar por hasta los míos quitados es el guantero que me llevaron, y holgarame de que

me los devolviesen aunque fuera descontando el 20 por 100, en pago de lo que me habido.

—Pero de esto me acuerdo bien: estaba oscuro como boca de lobo, y nos encontramos en el camino que conduce del bote de la Marche á la puerta de Buey. Despues de nosotros levantaban el puente levadizo y se me figura que la sombra ó el bulto de los centinelas se divisaba en la cima de las torres sombrías. La morada del señor Olivier de Graville habia perdido de repente su aire de fiesta, y no era ya mas que un castillo fuerte, donde los hombres de armas se preparaban para un combate.

—Delante y detras de nosotros, todo á lo largo del camino, volvian las gentes envueltas en sus alegres disfraces, que contrastaban con la tristeza presente y la sombra inquietud.

—Mañana, decían unos, volverá el rey, y esos soberbios bastiones vendrán al suelo; hace mucho tiempo que el palacio de la Marche quita la vista á los buenos monges de San Germain de los Prados.

—Mañana, aseguraban otros, que madama Ana abrirá las puertas de París á su querido Olivier de Graville.

—Pero, ¿qué quieren Vds. compadres? á mi sobrino y á mí nos gusta dormir despues de haber comido bien y bebido mejor, y así nos metimos cada uno en nuestra casa y ha sido precisa la barahunda mallita que se promovió esta mañana en la calle de la Poterie para arrancarme de la cama... pero suceda lo que quiera, la Francia saldrá incólume, esto no cabe duda, y así solo le pido á Dios que no haga padecer demasiado al buen comercio de París.

Ni uno solo de los buenos ciudadanos circunstantes, compadres de maese Richard, dejó de decirme que yo estaba borracho, y en el fondo no diré que no tuviese algo de razón, pero lo cierto es que habíame olvidado de preguntar por hasta los míos quitados es el guantero que me llevaron, y holgarame de que

En aquel momento se mató un gran rumor por el lado de la calle del Chatelet.

Marlesi Guillard, caballero, señor de Creil, desembocaba á la cabeza de los arqueros de madama Ana. La muchedumbre que estaba por aquel lado, empezó á gritar: ¡viva la regente!

Por el lado de San Eutaquio avanzaba otro peloton de gente armada, á cuyo frente cabalgaba el señor Arturo de Vilaines, escudero del duque de Orleans.

La muchedumbre por aquel lado empezó á gritar: ¡viva monseñor Luis de Orleans!

Los gorros y sombreros andaban por los aires mientras que el tumulto llegaba á su colmo.

Nuestros buenos ciudadanos, que estaban bajo los soportales de los Mercados, miraron primero á la derecha y luego á la izquierda, siempre con aire indeciso y lleno de miedo, y en seguida maese Richard, el mas elocuente de la reunion, tomó la palabra con mucho misterio.

—Compadres, oíjo levantando el cuello de su capa, este negocio se va poniendo malo, yo bien lo sé... y en dias como estos las gentes honradas que tienen que perder, no se meten en nada... volvámonos á nuestras casas y cerremos bien las tiendas, creedme... mañana, cuando esto haya pasado, tendremos tiempo de decidirnos en favor de la regente ó de monseñor el duque.

Y sin mas decir, fueron escurriéndose á lo largo de las paredes, limpiéndoles el polvo con las capas y ocultando lo mejor que podian sus narices granugientas en los embozos.

Los que los veían pasar se burlaban de ellos en alta voz, y mas de una vez fueron saludados por las silbas de la muchedumbre antes que pudiesen salir de los Mercados.

Pero muchos de los que así se les burlaban y los silbaban, no debían ver la procesion del domingo siguiente, al paso que maese Richard, Antonio Auboy, Dionisio y Esteban vieron aquella procesion y muchas otras, no obstanté, los granos de sus narices.

## II.

## HUÉSPEDES MISTERIOSOS.

A no dudarlo ocurría algo de insolito en la posada de la *Urraca*, á cargo de la madre Pavot, la mas alegre de las posaderas y taberneras del barrio de los Mercados.

Como de costumbre, se habia abierto á la madrugada la puerta á los diligentes conuinidores que querían ver salir el sol al través de las rejías de una taberna.

Las mesas del gran salon habian estado mas que de ordinario bien ocupadas, merced á la preocupacion que tenia en las calles á las tres cuartas partes de la poblacion de París.

Pero todo el mundo atestiguaba que la posada de la *Urraca* desmentía aquel dia su bien sentada reputacion: se servia con descuido, y cuando Dios quería; la madre Pavot, ordinariamente tan activa, no parecia bien que el reloj de San Eutaquio hubiese dado mucho rato antes las doce.

La hermosa Mirette, cuya sonrisa alegraba ordinariamente el mediodia ahumado de la casa, permanecía invisible.

Ocurría, por lo regular, que todo el mundo callaba de repente en el bullicioso salon de la posada de la *Urraca*; los locuaces bebedores daban tregua á su charla y á sus juramentos para escuchar una voz que cantaba por allí cerca alguna cancion alegre.

En Mirette, el ruiseñor de aquel jardin de heno, era la cancion de Mirette; hoy no parecia Mirette, ni se oía la acostumbrada cancion.

Ni aun el mismo Simonot, que nunca faltaba á los parroquianos de la *Urraca*, de quienes era el hazme reir sempiterno.

Cuando habian bebido una taza, sebur-laban un poco del buen Simonot, á cuenta de la añadidura, ó por via de própina.

¿Dónde estaban, pues, la gordinflona madre Pavot, la encantadora Mirette y el simplon de Simonot? ¿Por qué los mejores parroquianos de la *Urraca* no eran servidos sinó por criadas torpes ó zán-ganos indignos de servir el hipocrás, el hidromiel?

Simonot se paseaba gravemente en un corredor bastante ahumado, donde la tabernera le había puesto de centinela; comedor, en que estaba el cuarto de la posadera ocupado en aquellos momentos por huéspedes de gran suposicion, puesto que se les daba una guardia.

Efectivamente, Simonot estaba armado de todas armas, con un espadon mugriento á la cintura, y al hombro un arcabuz no menos enmohecido que la espada.

¡Figúrese el lector cómo estaria Simonot! se le había dado la consigna de dejarse hacer pedazos antes de dejar pasar á una viviente al cuarto de la Pavot.

Tenia el pobre hombre un aire á la vez lacrimoso, inquieto y de mal humor. De vez en cuando aplicaba el ojo ó el oido á la cerradura del cuarto misterioso para ver ó para oír; pero uno y otro eran en vano, porque la Pavot, amiga de la comodidad, había hecho tender por via de portier, un pedazo de tapiz viejo en la entrada por la parte interior.

Simonot jadeaba bajo el peso del enorme arcabuz; la espada se le enredaba entre las piernas, y golpeaba con ella en las murallas, y daba á mil diablos desde el fondo de su corazón á los desconocidos que se le había mandado custodiar.

Al extremo del corredor había una puerta de escape á la cocina, en donde la solícita Pavot y la hermosa Mirette es-

taban ocupadas en preparar un verdadero festín.

Estaba la pobre mujer con su gordura muy sofocada, y por extraordinario, tenia ella misma asido el rabo de la sartén, lo que no era en verdad un pequeño honor para sus huéspedes misteriosos.

Se hubiera dicho que ejercitaba su lengua en todo para no hablar de lo que deseaba: incomodada contra su marido, ausente, maldecía á los soldados de la víspera, al populacho amotinado, cuyo sordo murmullo se oía á lo lejos; á todo el mundo, en fin; pero aquella palabrería no le estorbaba para trabajar en regla.

Las copas, los guisalos, los asados, los estofados, las frituras, todo iba de frente con admirable consonancia: tanto, que las narices del buen Simonot, que era un gloton comó cobarde, se contraian voluptuosamente cuando los aromas escitantes de la cocina inundaban el corredor.

—¡Oh! en cuanto á esto, decia para sí, no saldremos del todo mal, porque siempre ha de quedar algo para los vecinos. ¿pero cómo será que la madre Pavot anda tan afanada en eso?... esto es lo que yo querría saber.

Mirette seguía á su madre, y la ayudaba lo mejor que podia, pero Dios sabe cuán preocupada estaba la alegre jovenzuelal Ya su madre la había reñido dos ó tres veces, porque, distraida, había hecho dos tonterías que podian comprometer gravemente el éxito de su obra culinaria.

—No creo, sin embargo, refunfuñaba la buena mujer dando vuelta á sus horquillas, que el niño se acuerde ya del amor. ¡gran Dios, si lo supiera la pobre criatura!

El marido de una mujer como yo, esclamaba en voz alta siguiendo el hilo tortuoso y delicado de una de esas transiciones que el otro sexo no sabe encontrar, mi marido... Maese Pavot, que se disfraza de bestia salvaje como un histrión para hacer el oso en casa de Gravelle!... ¡Ah! ¡Mirette, hija mía, aun estás á tiempo!... ¡ah! valdria mas echarse de cabeza al río antes de casarse con un hombre... ¡voto al

chapiro! si yo tuviéra que empezar á vivir, el pícaro que me había de pillar...

Hay que hacer notar una cosa, y es que la buena Pavot no había adoptado estas opiniones acerca de la union de los dos sexos, sinó desde la época horrible en que maese Pavot, vuelto en sí, había empezado á zurrarla.

No era ella, á fé, la que preconizaba el proverbio: «mas vale tarde que nunca.»

La linda Mirette escuchaba á su madre, sin por eso distraerse de sus pensamientos.

Simonot la veia mirar constantemente por la ventana abierta, y cuando la madre Pavot levantaba la tapadera de la cacerola donde se estaba haciendo un flan, una nube de humo mas densa se esparcia en toda la cocina, y Simonot, que estaba tambien preocupado á su manera, veia á través de aquel vapor suculeto á Mirette, que le parecia circundada de nuevo encanto, le parecia mil veces mas hermosa y su amor, multiplicado por su gula sobrescitada, llegaba al éxtasis, y mientras que su pupila anegada desaparecia bajo sus párpados, decia:

—¡Oh, qué dicha Dios mio!... si pudiera comer con ella esos guisados, los dos solitos mano á mano á discrecion y sin testigos... en un gabinetito bien abrigado...

—Pero, en verdad, se interrumpió con sospecha, yo no he visto nunca cosa particular bajo esa ventana; ¿qué será lo que mire?

Y era verdad, Mirette no quitaba la vista de la ventana abierta en el fondo de la cocina. La ventana daba á aquellos terrenos llenos de escombros, donde venian á terminar los Mercados, y era, segun la costumbre de aquellos tiempos, el testero de la posada, era lo que daba á la calle; la crugia entera daba al camino, formando ángulo recto; y la cocina, que estaba separada del salon por el corredor sombro donde Simonot estaba de centinela, tenia vistas, como el salon mismo, á la trasera de los Mercados.

Er a por aquel lado, bien lo recordarán nuestros lectores, por donde uno de los grandes endriagos había escalado la noche anterior para penetrar á viva fuerza en la posada de la *Urraca*.

El otro gran endriago había venido por el lado opuesto hácia el Cementerio, mas el gran salon tenia exactamente doble anchura que la cocina, y el cuarto de madama Pavot recibia luces por el lado del Cementerio.

Simonot tenia bien presentes los dos enormes endriagos, cuyo espantoso aspecto le había aterrado; toda aquella fantasmagoría de la noche precedente, estaba aun á su vista.

Pero por la mañana, al rayar el dia, habían entrado tres personajes en la posada de la *Urraca*, y era la misma madre Pavot la que les había abierto la puerta; y él mismo había podido oír á la buena mujer que los alojó en su habitacion, y alargando su cabeza fuera del terrado, había podido entrever á los recién llegados.

Iba delante el pobre hombre de la víspera; aquella especie de capellan de cabellos largos y lasos, rostro escualido y cuerpo largo e prisionado en un blandran raído; aquel viajero humilde é indigente; aquel hombre que había llegado la víspera á media noche con una payesa encapuchada en su falda, á quien la piedad del señor Guillermo de Soles, había introducido en la posada de la *Urraca*, á despecho de la madre Pavot.

En cuanto á la paisana, Simonot no podia figurarse que fuese esa señora de tan gallarda presencia á quien tan bien sentaba su traje de reina.

Y sin embargo, había que rendirse á la evidencia, pues aquella señora era indudablemente la misma payesa de la noche anterior.

Por lo que hace al tercer personaje, Simonot empezó á temblar como un azogado, cuando se apercibió que era uno de los dos endriagos, el de los cabellos rubios que parecia una niña.

Estaba casi tan transformado como la

payesa convertido en reina, pues llevaba un traje mitad rosa y mitad azul de seda y terciopelo, ricamente bordado con cordoncillo, lentejuela y bellotitas de oro.

Peró como aquella era la noche de los encantamientos, Simonot se acurrucó bajo su manta, suponiendo que el primer rayo del sol desvanecería todas aquellas mentiras.

El sol salió, y Simonot despertó definitivamente por el cuidado que tuvo madama Pavot de darle cuatro ó cinco zurriagazos con una vara de sacudir el polvo, haciéndole saber que su padre el gallardo correo Nicolás, se hubiera arrancado los pelos de rabia y de pesar si hubiera vivido, al ver que tenía un hijo tan posma y tan tonto como él.

Simonot se levantó en vista de tales insinuaciones, y en cuanto descendió de su camaranchón, percibió un cierto olor de misterio que le ahogaba.

Mirette estaba pálida: sus ojos estaban hinchados de llorar, mientras que su madre, mas colorada que de costumbre, manifestaba cierto aire de azoramiento, que anuncia grandes sucesos.

Simonot trató de ir al salón de despacho para desempeñar su tarea cotidiana, más se encontró con la puerta cerrada con llave, cerrojo y tranca.

En toda aquella parte de la casa, que comprendía la cocina y habitación de la madre Pavot, no se veía ni una criada ni un camarero. Todos habían sido relegados á la parte anterior, con la orden de servir á los parroquianos como de costumbre, y con prohibición terminante de irle á romper la cabeza con los incidentes que pudieran ocurrir.

Además de la puerta principal que bajo la escalera comunicaba con el salón de recibimiento, había otra salida escusada que daba al campo, y para guardar esa salida era para lo que se había dado al pobre Simonot un arcabuz inútil y un maldito espadon roñoso, que en toda su vida hubiera podido desenterrar.

La buena Pavot lo había determinado

así, y al paso que aventaba sus hornillos, echaba de tiempo en tiempo una mirada de complacencia hacia aquel hombre de armas improvisado, cuya espada le descascarillaba las paredes del corredor.

—Yo no soy una gran señora... decía para sí, convenido... pero eso no quita para que yo pueda defender á mis señoras.

—Alerta, Simonot, hijo mio, continuó en voz alta. Tu padre Nicolás hubiera hecho eso mucho mejor que tú... pero el mundo se achica á medida que envejece, y dónde están hoy los hijos que valgan la mitad que los padres?

La habitación que la Pavot había cedido á sus huéspedes permanecía silenciosa; desde que Simonot estaba de centinela en el corredor, no había oído salir de él una palabra ni un aliento.

El día avanzaba; el sol, que había pasado ya de la mitad de su carrera, enfilaba alegremente en la cocina de la Urraca, y adornaba con reflejos azules las nubes de humo flotantes sobre las hornillas.

De repente Mirette lanzó un grito ahogado, felizmente en el momento que su madre estaba dando vueltas á su pescado emparrillado y no podía mirarla.

—¿Qué tienes, hija? preguntó solamente.

—¡Nada, mamá... nada! balbuceó Mirette apretando con su mano el corazón para contener los latidos.

A la parte de afuera la pareció á la suspicaz mamá oír una voz que llamaba dulcemente, ¡Mirette, Mirette!

Peró ya se sabe que no se puede dejar un pescado en la parrilla, y además, ¿quién podía llamar á su hija entre los escombros y broza que había debajo de la ventana?

Simonot, que era de oído fino y que había oído perfectamente el nombre de la niña, se preguntaba también:

—¿Quién puede llamar á Mirette? Desde por la mañana Mirette ha estado mirando por la ventana: lo que indica que Mirette esperaba á alguno.

—Pues si no tiene nada, ¿por qué ha gritado? volvió á preguntar la Pavot.

Simonot vino á colocarse en el dintel de la puerta, y se a oyó en el arcabuz para escuchar lo que respondían. Peró Mirette había enido tiempo para reflexionar.

—Es una idea que me ha ocurrido de pronto, mamá, replicó; yo no sé dónde he oído que se necesitaba para la salsa de ese pescado, miel moscada y extracto de mejorana.

—Pues no era tonto quien te lo dijo, respondió muy satisfecha la celosa Pavot, y está segura que harías una buena cocina si quisieses.

—Efectivamente, para la salsa de ese pescado se necesita extracto de mejorana y miel moscada.

—Pues es el caso, mamá, que el tarro de la miel moscada está vacío, contestó negligentemente la pudorosa Mirette, y vea usted la botella que no tiene ni siquiera una gota de extracto de mejorana.

La madre Pavot echó en seguida mano á la bolsa y exclamó:

—Pues mira, vete corriendo á la droguería de nuestro vecino maese Estéban, y trácto ambas cosas.

No sé qué sospecha atravesó por el cerebro de Simonot.

—Si usted quiere yo iré, murmuró.

Peró Mirette había ganado ya la puerta de dos bríncos y se encontraba en la calle.

Simonot, en vez de volver á su pasco militar, atravesó la cocina á paso de lobo, y fué á mirar por la ventana.

Apenas hubo echado una mirada por entre los escombros y maleza que se extendían hasta la inmediación de los Mercados, cuando su arcabuz se le fué de entre las manos y cayó pesadamente sobre el pavimento de la cocina. Llevóse ambas manos á los ojos y exclamó en tono lamentable:

—¡Oh, el endriago!

—¿Qué haces ahí, desdichado! preguntó la Pavot enfurecida, ¿no te he mandado que guardes tu puesto?

II

Simonot, temblando, recogía su arcabuz.

—Allí... allí estaba, en el rincón aquel de la tapia, refunfuñó, ¡y es el que ha llamado á Mirette!...

El gran endriago de que hablaba Simonot ahora, es el del pelo negro, vestido de paje, cara atrevida, el que Mirette había mirado en la noche anterior, diciendo: señorito Juan.

No estaba lejos de creer la Pavot de que Simonot era un imbécil.

—El endriago... repitió, que llama á Mirette á las doce del día bajo la ventana de la cocina.

—Si señora, respondió el muchacho con la mejor fé del mundo. ¡Y qué va ser de Mirette ahora que va á buscar miel moscada y el extracto de mejorana!...

La Pavot entonces dejó su pescado á riesgo de que se le quemara, y se lanzó á la ventana.

—Vete allá simplon... ¿qué nos vienes aquí con cuentos, esclamó dando un empujon á Simonot. Dónde está tu endriago ni tu?...

A nadie había visto en el terreno intermedio de la casa de los Mercados.

—¡Ah, madre Pavot! respondió Simonot con las lágrimas en los ojos: maese Estéban vive en la calle, y Mirette está en la casa de maese Estéban, ¿cómo queis que esté ahí el endriago?

Mirette volvía en aquel momento roja como una amapola y sofocada con el tarro de la miel y el extracto de mejorana.

—Tengo algo que decirte, mamá, esclamó al entrar.

La Pavot empujó á Simonot y cerró la puerta tras de él.

—¿Es verdad, hija, preguntó la buena mujer, que había alguno esperándote fuera?

—Sí, mamá, respondió poniéndose descolorida.

—Lo siento, hija mia, yo hubiera querido que fuese Simonot porque al menos no te habria zurrado.

—¡Ay, mamá! esclamó Mirette, que ese

es muy hermoso, valiente, y me ama con todo su corazón.

—Allá veremos, hija mía.

—Y este, añadió Mirette sonriendo como si estuviera segura del efecto que iba á hacer, daría toda su sangre por el gallardo joven de cabellos rubios que está en nuestro cuarto.

—¡Desdichada! le habrás ido á revelar nuestro secreto, exclamó la Pavot, cuyas mejillas pasaron del rojo al escarlata.

—No señora, yo no he dicho nada: el señorito Juan busca por todas partes al que llama su hermano Juan Rubio, para salvarle del peligro de muerte en que está: creía encontrar á su hermano en nuestra casa, y si ha venido era por él mas aun que por mí. me habíais recomendado el silencio y he callado, mamá, ó mejor dicho, he mentado por obedeceros mejor, y he asegurado al señorito Rolando que no hemos vuelto á ver al que busca... En seguida se ha marchado jurando á Dios que perdería la vida, ó que impediría á maese Vicente Tarquino asesinar á su hermano Juan Rubio.

La Pavot tenía los ojos bajos, y parecía pensativa.

—Escucha, hija mía, la dijo; si vuelve á llamarte por la ventana ese joven soldado tan hermoso, tan valiente y de tan buen corazón, no le dejes fuera y dile que venga á hablar á tu madre.

### III.

#### EL CUARTO DE LA PAVOT.

Detrás del viejo tapiz que interceptaba las miradas curiosas de Simonet, estaba la duquesa Isabel con su hijo Juan de Armag-

nac. Fray Tranquilo se paseaba gravemente por la habitación con los ojos fijos en el suelo y los brazos caídos al costado.

De vez en cuando, se paraba de repente y se entreabrían sus labios, como si quisiera decir alguna cosa á madama Isabel ó al heredero de Armagnac; pero como si alguna fuerza desconocida retuviera su voz, las palabras no venían á sus labios. Sus ojos giraban de uno á otro lado en sus estensas órbitas, sacudía los espesos y casi rígidos mechones de sus cabellos, y en seguida su fisonomía tomaba una expresión mas triste, y volvía él á su silencioso paseo.

Madama Isabel estaba sentada en el gran sillón de la Pavot, y Juan de Armagnac tendido en un cojín, descansaba con su cabeza en las rodillas de su madre, escuchaba lo que esta le contaba en voz baja y con los ojos peinados de lágrimas, la historia de Santiago de Armagnac.

Escuchaba, decimos; su mirada ardiente estaba fija en los ojos de su madre; no lloraba, pero sus sienes latían á punto de estallar y sus ojos brotaban centellas.

El cuarto de la Pavot era espacioso, ahumado y poco limpio; pero el mueblaje era hasta cierto punto lujoso, aunque no de mucho gusto; su cama de cabecera y alta de pies, precedida de la indispensable banqueta que hacía de mesilla de noche y de baul, estaba rodeada de buen cortinaje, que cubría á muy regular altura otra camita, suspendida de unas varillas de hierro donde dormía Mirette.

De modo que Mirette no podía subir á su cama sino con el auxilio de una escalera, y una vez instalada en ella, se puede asegurar que estaba á cubierto de cualquier intento atrevido.

En el fondo de la pieza, que era mucho mas larga que ancha, pues que compartía con la cocina y el corredor la espesura de la casa, había tres ó cuatro armarios grandes de encina bruñida y tallada, donde se guardaban las ropas y objetos menudos del servicio; luego se veían grandes cofres, donde estaba guardada la vajilla, el guar-

daropa mas profundo y el cofrecito particular de Mirette.

A la derecha de la cama estaba la chimenea, cuya campana bajaba como un techo, y al lado de la chimenea se podía oír el ruido de la péndola del reloj, recogido en una caja negra de nogal.

Cuando iba á dar la hora, se empezaban á oír en aquella caja, ruidos extraordinarios; las ruedas crugían, toían los timbres, como si quisieran aclarar la voz, se desprendían con no poco fragor dos ó tres escapes, y en seguida se desataban los macillos sobre la serie graduada de campanillas, mientras que un gallito de cobre se pavoncaba en la cúspide de la caja, batiendo sus alitas y moviendo la cabeza dos ó tres veces.

¡No todas las hostaleras de París podían procurarse en aquel tiempo rarezas de esta clase!

Al lado de la cabecera de la cama, campaba una imagen de la Virgen, llamada sobre una pililla de madera llena de agua bendita; en el techo estaba la indispensable girándula de pergamino rizado, que, según las creencias de aquellos tiempos, servía para recoger los malos aires, y adonde es indudable que acudían las moscas; y por fin las paredes estaban decoradas con dos ó tres relicarios adornados con labores y canutillos de todos tamaños, en cuyo interior campaba alguna figurilla de martil ó estampa milagrosa.

Por la ventana se divisaban corpulentos árboles, plantados en aquel patio verde cerrado por groseras empalizadas pintadas de verde, que separaba la posada de la Urraca del Cementerio de los Inocentes.

Al través de los árboles, y del lado de allá del cementerio, se distinguían las techumbres puntiagudas del palacio de Nesle, que ayer llevaba el nombre de Graville, y á quien su legítimo dueño iba á poner sin duda el nombre de Orleans.

Reinaba una calma profunda en aquella pieza cefundida de los ruidos de la ciudad por el Cementerio, y no se oía mas que el rumor confuso de los bebedores sentados

en las mesas del salón común, algunas de cuyas ventanas daban al mismo lado. Alguna, aunque muy rara vez, llegaba un rumor confuso del lado de los Mercados, y hubiera podido cualquiera figurarse, en el fondo de un país desierto, sino hubiera sido la campana de la iglesia de San Eustaquio, que daba alternativamente las horas, tocaba á los oficios y doblaba por los que morían.

Hacia ya mucho tiempo que nuestro Juan Rubio estaba, como hemos dicho, á los pies de su querida madre: el sol había declinado y lanzaba ya sus rayos oblicuos entre los troncos de los árboles del patio.

Madama Isabel había referido ya la historia del duro cautiverio en que el último Armagnac había gemido algunos años: había narrado el drama horrible de aquella noche, en que la venganza suprema de los enemigos de su raza se había cebado en la sangre de su esposo.

Era la primera vez que Juan Rubio había oído hablar de la abnegación de Fray Tranquilo. Hasta entonces había considerado al pobre hombre como un servidor fiel, adicto de corazón á su madre y á él; mas nunca había pasado por sus mentes la idea de heroísmo aplicada al buen Tranquilo.

La relación de la duquesa hizo pasar ante sus ojos aquella extraña figura del pedagogo errante, triste y solitario, en las galerías del palacio de la Marche, espuesto á las burlas de todos, aceptando sin murmurar hasta los malos tratamientos de su mismo señor.

Vió también, y fué lo que mas le impresionó, la escálida y amarillenta figura de Tranquilo, con la sonrisa amarga y resignada del esclavo; se vió á sí mismo siendo niño en manos de aquel hombre abrumado por el universal desprecio, provocado por las mil picaduras del insulto continuo de aquel hombre á quien todos injuriaban por diversion, y á quien, sin embargo, por una inexplicable y errónea intención, temían todos vagamente en el fondo de su alma.



Y cuando madama Isabel llegó á aquella parte de su historia, en que Gravelle, vencedor, disponia de la vida y del hijo del último Armagnac; cuando se presentó al señor Olivier, dando en la espalda al pedagogo, que habia pedido á la madre y al hijo para su venganza, y le decia: tómalos, que tuyos son; cuando Armagnac se levantó con la frente bañada en sudor frio y el rostro pálido, y permaneció vacilando sobre sus piernas trémulas.

Miró á Tranquilo, que hablaba consigo mismo, distraido en sus ordinarias preocupaciones, moviendo los labios sin producir sonido alguno, prosiguiendo su lento paseo cruzado unas veces de brazos, cogiendo otras con ambas manos los cabellos que agitaba hácia la espalda con aire distraido.

Se le hubiera tomado por un sonámbulo, á quien faltara el sentido de los objetos exteriores, así como la conciencia de sus propios movimientos.

La narracion continuaba: Juan Rubio, cuya imaginación, violentamente escitada, daba á los hechos que oía vida y color; Juan Rubio, que asistia como espectador á estos recuerdos de lo pasado, devorando con los ojos y los oídos el drama mas conmovedor; Juan Rubio, decimos, vió al tigre convertirse en cordero y al esclavo rebelado arrodillarse y juntar sus manos suplicantes.

La duquesa no tuvo tiempo para acabar y el noble mancebo, trasportado por un arranque irresistible, se precipitó sobre Fray Tranquilo, y le estrechó entre sus brazos con indescriptible efusion.

—Haces bien, hijo mio, murmuró la duquesa con voz ahogada por los sollozos; por mucho que quiera hacer por él, nunca será bastante.

Tranquilo se habia detenido estupefacto; no habia oído nada de la conversacion, y no comprendia lo que significase aquel transporte repentino de gratitud y de ternura.

Fijaba en su querido discípulo los asombrados ojos que se alejaban siempre

de la realidad para ir en pos de alguna fantasmagoría.

Le desvió de sí con ambas manos y le mantuvo á la distancia de sus brazos extendidos.

—Todo para los unos, nada para los otros, murmuró con voz profunda. Yo he visto á mis dos hijos... ¡qué hago yo aquí!

—Amigo, mi bueno y mi querido amigo, decía Juan de Armagnac apretándole las manos.

Fray Tranquilo sacudió la cabeza bruscamente.

—Desvarío con mucha frecuencia, continuó diciendo hablando siempre consigo mismo; aquellos jardines inundados de luz, aquellas mujeres tentadoras, aquellos monstruos... aquel amillo que da la omnipotencia de Dios... ¡ah! ¿no se debe creer en lo que es imposible!

—Y sin embargo, añadió con una especie de enfado, se parecen ambos á mi pobre Marion... ¡yo los he visto, sí los he visto, á mi hijo y á mi hija!... ¡qué liago yo aquí!

—¡Tranquilo!... exclamaba Juan Rubio acostumbrado á buscar en vano algunas veces el sentido de las palabras incoherentes que caian de la boca del pedagogo. ¡Tranquilo, amigo mio, padre mio!... yo sé lo que soy, sé lo que has hecho por mí y por mi madre, á quien quiero mas que á mí... mientras viva, te amaré á tí, que eres mi salvador y el salvador de mi madre.

Tranquilo volvió la cabeza, y en seguida atrajo al hermoso joven hácia sí abrazándole.

—Juan, dijo con voz llena de apasionada ternura; Juanito mio, haces bien en amarme... yo tambien te amo á tí demasiado para mi reposo en este mundo y para mi salvacion eterna!

Gruesas lágrimas rodaban por sus pálidas mejillas y tomando á su discípulo por las manos, le volvió á su madre.

—Acabad, señora, de instruir al niño en todo lo que debe saber... quizá no tengaia

mas que un dia para enseñarle sus destinos tan grandes y tan admirables.

—Miró hácia fuera á los rayos del sol, que cruzaban al través del follaje, y añadió:

—Un dia... cuyas horas pasan tan ligeras...

Su voz se estinguió: atravesó la sala precipitadamente, como si hubiera querido huir, y fué á arrodillarse ante el reclinatorio que habia á los piés de la cama de la Pavot... apoyó la cabeza contra el tablero, y así permaneció inmóvil y silencioso.

La duquesa Isabel habia ocultado su rostro entre las manos.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! Un dia... balbuceaba entre sollozos; tiene razon... ¡cuán pronto pasan las horas de un dia!...

Entonces atrajo á su seno la cabeza de su hijo, y continuó:

—¡Hijo mio!... ¡mi querido hijo!... Si salieras para no volver... si hubieras de quedar sola en el mundo, viuda de mi última alegría y de mi última esperanza!...

Juan Rubio sonreia.

—No teneis mal modo de inspirarme valor... exclamó levantando su cabeza hermosa.

La duquesa Isabel le contempló un instante estasiada al verle tan valiente, tan gallardo y tan hermoso, y la alegría y el dolor se compartian el imperio de su pobre alma.

Juan Rubio conservaba el traje con que le habian taviado María de Argenes y sus compañeras; la gracia, un tanto muelle y afeminada, que era peculiar de su belleza, resaltaba bajo aquel traje de baile de colores brillantes. No era necesario ser su madre para temblar pensando que un espadon enorme de acero iba á pesar muy pronto sobre aquella mano delicada.

En ese poema fanfarron y sublime, donde Ariosto amontonó todos los encantamientos de los siglos caballerescos, se ve á las veces la espada de algun gigante

romper como si fuera de vidrio el acero bruñido de un casco de donde brotan inopinadamente los hermosos bucles de una cabellera de mujer... un sentimiento indefinible se apodera del corazon y se estrema uno al pensar en que el hierro encontraría debajo de aquella armadura aquella garganta voluptuosa ó casta; y se palidece al considerar que la sangre habia de enrojecer aquel pecho á empastar al secarse los lucientes y sedosos bucles de aquella cabellera.

Por fortuna el Ariosto es galante y el brazo delicado de sus heroínas, encuentra siempre el medio de aplastar en definitiva la enorme cabeza de los gigantes.

Pero cuando esta impresion, que asombra y encanta en la region de las ficciones poéticas, se presenta en las de la realidad de una manera inopinada, entonces se hace dolorosa.

Si se trata de grandes espadas y de combates mortales, ¿qué diferencia hay entre la mujer de la fábula y ese joven rubio y sonrosado, cuya mano parece demasiado pequeña, blanda y débil para manejar una espada?

Madama Isabel bajó los ojos por no ver la sonrisa de su hijo; con sus ojos cerrados se figuró ver rostros de hombres atezados y cubiertos de espesa barba, con ojos amenazadores de mirar torbe, bajo cejas cerdosas y ceñudas, de ancho pecho como el de los atletas y brazos musculosos, cuyos tendones se mostraban bajo la piel como cuerdas tirantes, y su corazon se oprimió.

—Hijo de mi alma, dijo con voz alterada, que poco á poco se iba serenando... Quiero que tengas valor... Si yo te he referido todo lo que sabes, es porque no convenia que en la hora de la muerte, Juan de Armagnac, conde de la Marche y duque de Nemours, ignorase cómo han muerto sus padres... Combatirás, hijo mio: ese es tu deber... Dios te dará quizá la victoria; pero si hubieses de sucumbir,

que sea por delante y con la espada en la mano, como debe morir el hijo de Santiago de Armagnac, nieto del Condestable Bernardo.

En aquel momento sonaron en la puerta tres golpes discretos; Fray Tranquilo se estremeció en su reclinatorio como si hubiera presenciado ó temido un ataque brusco.

—¿Puedo pasar, mi noble señora? preguntó la Pavot desde afuera.

Cuando la duquesa Isabel hubo respondido afirmativamente, se vió levantar el viejo tapiz, que hacia de portiere y aparecer la cara ya conocida de la madre Pavot.

Venia la pobre mujer abrumada bajo el peso de la carga que traía: el colete de cuero al brazo; la casaca encima; las calzas de malla con la escarcela de suela; los borceguies con espuelas y el gorro guarnecido con una pluma; en fin, con el equipo completo de un caballero armado á la ligera.

Pasado al cuello llevaba un talabarte ó tahallí enorme de cuero y un cinturón de triple hebilla. Los guerreros del tiempo de Carlos VIII no iban siempre forrados de hierro: hay en el museo de Lieja un armario con vidrieras que contiene el equipo de un caballero que seguía las banderas de Carlos el Temerario, cuyo equipo se compone de las piezas que acabamos de mencionar, y el armario se titula el tocador del señor Enguerrand.

La buena Pavot, demasiado embarazada con su carga para poder valerse de las manos, apartó con el codo el viejo tapiz, y se adelantó riendo y jadeando hasta el centro de la sala. Detrás de ella venía la interesante Mirette muy cargada también y colorado como una grana.

—¡Simón!, gritó la Pavot, que se volvió en el momento que la tapicería cayó: ten cuidado de la cocina, holgazanote, y te estaré mejor que andar escuchando por las cerraduras.

—Mi noble señora, dijo en seguida la

oficiosa posadera: aquí teneis con qué equipar á un hombre de armas completamente. He encontrado todo esto bajo los portales casi nuevo, como veis, y en muy buen estado de servicio. Los comerciantes tienen tanto miedo, ¡que venderian cuanto tienen por una docena de sueldos!... Mientras que yo estaba haciendo mi compra, el predero miraba á la calle, y se santiguaba murmurando:

—¡Dios nos libre!.. porque hay grandes novedades en París, y yo no sé por qué he llegado á figurarme que todo esto va á cambiar, mi noble señora.

Diciendo esto, iba descargándose pieza por pieza del equipo á la cabecera de la cama: Juan Rubio, no pudiendo moderar su impaciencia, se levantó á examinar pieza por pieza todas las del traje militar.

—¡Dios os pague el bien que me haceis, buena mujer! dijo con mas emoción de lo que parecia, propia de las circunstancias; gracias á vos, podré quitarme este traje de más caras.

—Por quien soy, exclamó la Pavot, que estaba en pié delante de él con las manos en las caderas, contemplándole con afectuosa admiración: ese saco de paño burdo y ese colete de cuero, no os han de hacer tan elegante y hermoso como ese lindo paño de seda y esa casaca de terciopelo brillante, señorito.

—¡Ah, señora, mi querida señora! repuso la Pavot volviéndose hacia la duquesa con los ojos preñados de lágrimas: muchas veces he pedido á la Virgen me concediese ver antes de morir el noble rostro del hijo de Armagnac... Pero, ¡por quién soy, señora, ni aun en mis sueños ni en mis momentos de alucinación le he visto tan hermoso y tan gallardo como es!

La duquesa Isabel le tendió la mano sonriendo, mano que la Pavot besó con respetuosa ternura y cordialísimo afecto.

Entre tanto Mirette aparaba un mesa y dejaba encima de ella su carga, que consistía en mantelería y vajilla y al paso

que iba disponiendo con graciosa desenvoltura aquellos preparativos de refacción; miraba de rabo de ojo, y de la manera que podía, á aquel hermoso jóven rubio que en la noche precedente se habia estado batiendo como un león contra el señorito Juan Roland.

Para Mirette, Juan Roland era el *non plus ultra* de la fuerza, de la destreza y del valor, y cuanto mas miraba al delicado pajecito, vestido de rosa y azul, mas se admiraba de que aquellos miembros tan graciosos y tan delicados, pudieran resistir los ataques y los esfuerzos del querido de su alma.

Miraba también á veces otra cosa: sus ojos como, á pesar suyo, se escurrían hacia el reclinatorio donde Tranquilo permanecía arrodillado y absorto; para ella, aquel hombre macilento y amarilló tenia algo de espantoso, que no podia esplicarse.

Su madre le habia dado algunas esplicaciones acerca de él; pero estas esplicaciones, no por ser prolijas, dejaban ser para ella oscuras, y quedaba siempre una cosa que no le dejaba ver claro aquel misterio. Aquel jóven tan hermoso, aquella noble señora de presencia tan majestuosa y tan dulce, de palabras tan llenas de bondad, de finura y de comedimiento, y aquel otro personaje tan estrambótico, empaquetado en su balandran, y que no se parecia á nada de lo que Mirette habia podido ver; eran para ella los héroes de una novela misteriosa llena de fantásticas tinieblas. Se sentía con inclinación apasionada hacia el jóven y su digna madre; pero el hombre del balandran le infundía una pavor verdadera.

—Señora Pavot, dijo la duquesa; habeis conservado un buen recuerdo de nosotros, y os doy las gracias.

—¡Virgen Santísima! exclamó la buena mujer; esperad para darme gracias á que os haya dado cuanto tengo en este mundo, con la vida de mi desdichado cuerpo por añadidura, señora!

Fray Tranquilo se levantó pausadamente

ii

te del reclinatorio, y vino á poner sus dos manos en los hombros de la Pavot.

—Esto es lo que á mí me gusta, Teresa, mi buena prima, le dijo; ya sabeis lo que os ofrecí anoche. Seréis ampliamente remunerada por la cena de ayer, por la comida de hoy y por los vestidos que regalais á nuestro señorito Juan.

Las cejas de la Pavot se frunciéron, y si la presencia de la señora duquesa no la hubiera contenido, de seguro el buen Tranquilo hubiera pasado un mal cuarto de hora.

—Está bien... está bien, refunfuñó repeliéndole rudamente con la mano, tanto que el pobre Tranquilo dió dos traspies; ya hace quince años eras un pobre demente, primo mio Andeal... y te he encontrado esta noche pasada el mismo que eras... Sé que no tienes malicia, pobre criatura... pero si quieres que vivamos en paz y juntos, como parientes y buenos amigos, no me hables nunca de pagar con oro ni con plata lo poco que pueda hacer por la sangre de Armagnac.

Tranquilo bajó la cabeza, y se retiró á su rincón murmurando.

—Como gustéis, Teresa; pero como el oro ni la plata no me costarán nada entonces, quería haceros rica, para recompensar vuestro buen corazón y generosos procedimientos. En otro tiempo, auxiliaste á Marion, mi esposa, y ahora socorreis á madama Isabel... Quizás teneis razon, prima mia; vale mas no ser remunerado en este mundo perecedero.

Se acurrucó en seguida en el escaloncillo del reclinatorio, y apoyó sus codos en las rodillas.

—¡Esta sí que es una buena adquisición! exclamó Juan Rubio despues de haber pasado una minuciosa revista al equipo... os lo agradezco de todo mi corazón... ¡No sabeis el favor que me habeis hecho!

La mesa estaba puesta. Mirette salió y volvió un instante despues con dos medias fuentes de estaño brillantes como plata bruñida, que exhalaban nubes de sabroso vapor. La Pavot no era mujer para estar

14

mucho tiempo desocupada, é hizo lo que su hija, y en un abrir y cerrar de ojos, queda la mesa cubierta de manjares á punto de crugir bajo su peso. Habia, gracias á Dios, con que hartar á doce buenos comedores.

Juan Rubio se acercó á su noble madre y la dió la mano para llevarla alegre y galantemente á la mesa. Al pasar, la duquesa besó en la frente á Mirette, que se puso encendida como una amapola.

—¡A la mesa, Fray Tránsito! exclamó este, hay que hacer honor á la comida y á la generosa espléndida de la señora Pavot... ¿Quién sabe cuándo nos veremos en otra?

Fray Tránsito vino á tomar asiento á los piés de la mesa, y se sentó despues de la bendición acostumbrada.

Dejó que Juan Rubio le sirviera, como lo hizo abundantemente, mas en el instante de llevar la primera cucharada á la boca, sus ojos se fijaron en la duquesa Isabel, y volvió el bocado al plato.

La duquesa luchaba en vano contra su angustiada ansiedad; el esfuerzo que habia hecho aquella mañana para referir á su hijo las desgracias de los Armagnac, la habia reanimado por la fiebre; ahora que la fiebre habia remitido, la duquesa se sentia desmayada y abatida.

Procuraba sonreirse; mas tenia la palidez de los que se hallan indispuestos ó amagados de una grave enfermedad.

Juan Rubio habia destapado una botella de vino de Guyena; él tambien estaba fébril. Pero á medida que el día iba avanzando, la fiebre aumentaba, porque sentia aproximarse la hora decisiva.

La hora del combate para los jovenzuelos aturdidos que tienen la sangre demasiado viva, es la hora de la alegría, y Juan Rubio esperaba con impaciencia, y se lamentaba de la lentitud de las horas.

Tal vez reparaba, como Fray Tránsito, la palidez mortal de su madre, y por lo menos no dejaba de ver la lígubre cara que ponía el pobre pedagogo. Mas su papel le imponía el deber de cerrar los ojos,

y gracias á la poca aprension de sus años, encontraba el medio de tener en aquellas circunstancias una sed muy positiva y un apetito mas que regular. Comia, pues, y bebia, cuando su vista encontraba las diversas piezas de su traje militar, desplegadas sobre le cama de la Pavot; se sentia con deseos de bailar, como piafa el caballo que oye á lo lejos el eco agudo del clarín que le llama al combate.

—Dejadnos, buena mujer, dijo á la Pavot, que habia quedado allí para servirlos, pero que no hablaba, porque conocia vagamente la profunda tristeza de aquella escena, y que su buen corazón estaba oprimido.

—Dejadnos, pues, buena mujer; ya os avisaremos.

La Pavot se dirigió hácia la puerta, no sin volver la cara mas de una vez.

Cuando ya hubo salido, Juan de Armagnac llenó el vaso de la duquesa Isabel y el de Tránsito.

—Madre mia, dijo, y vos, mi digno amigo, os suplico no me desaireis. ¡Brindo por mi primer combate!

Las lágrimas de la duquesa Isabel brotaron y corrieron á lo largo de sus pálidas mejillas. Quiso, no obstante, llevar la copa á sus labios, mas rechazó el contenido como si le hubiera parecido sangre.

Fray Tránsito se puso en pié, y sus ojos lanzaron un fulgor fugitivo.

—Juan de Armagnac, dijo con voz firme, Dios te conceda el valor de tu padre... No hay quien pueda escapar de las manos de su destino; los que te aman, han querido ocultarte tu linaje; mas en la hora señalada por Dios, el velo se ha descorrido por sí mismo... Juan de Armagnac, conde de la Marche y duque de Nemours, yo tambien brindo por tu primer combate!

Y en seguida vació su vaso de un solo trago.

## IV.

## HIJO Y MADRE.

—Mis ojos se cierran, murmuraba Juan Rubio medio echado en el ancho sillón que antes ocupaba la duquesa Isabel; muchas noches hace que no he dormido... Aun es temprano; en esta época del año no oscurece hasta las ocho, y si puedo dormir un poco, esta noche me encontraré mas ágil y mas fuerte.

—Aun es temprano... repitió maquinalmente madama Isabel; duerme, hijo mio; en esta época del año no anochece hasta las ocho.

Los párpados fatigados del adolescente vacilaron, y en seguida se cerraron; pero los abrió de nuevo casi en el instante.

—Y sin embargo, mucho tengo que hacer, y mucho tambien que decir... En primer lugar, hubiera querido probarme esos vestidos, que no han sido hechos á mi medida... y luego hubiera querido hablarte...

Se interrumpió y se llevó la mano de la duquesa á sus labios.

—Sí, prosiguió bajando la voz y mirando con cierto recelo hácia Tránsito, hubiera querido hablarte á solas.

El pedagogo estaba de pié ante la ventana vuelto de espaldas... la estampa irregular y descarnada de su grande cuerpo hacia sombra al muro del patio inundado de sol.

Estaba inmóvil con la cabeza inclinada

sobre el pecho y se adivinaba el esfuerzo de su respiración penosa.

—No oye, dijo madama Isabel moviendo la cabeza: dime, hijo, lo que te ocurra sin temor ninguno.

El rostro del gallardo jóven se sonrosó.

—Sí, mamá, tengo que confiarte una cosa; probablemente la habrás adivinado ya porque sabes cuanto te amo, ¿no es verdad? y que ha sido preciso volverme loco para haberte dejado. Pero ¿qué es lo que puede volvernos locos á los jóvenes?

—¡El amor!... interrumpió madama Isabel que encontró fuerza para sonreirse.

—¡Cuán buena eres, mamá! exclamó cubriendo de besos las manos que tenía cogidas. Debiera no haberte ocultado nada, y así no hubieras estado con cuidado. Mas temí que me prohibieras marchar.

Interrogaba á su madre con una mirada inquieta mientras esto decia:

—¿Es posible!... interrumpió la duquesa, cuya sonrisa se hizo triste.

—Escucha, mamá, continuó diciendo Juan de Armagnac. Es Dios sin duda quien la ha puesto en mi camino... es Dios quien me la ha hecho ver tan hermosa y tan buena... si es que amas á tu hijo, madre mia, es preciso que tengas misericordia de mí, y que me perdones.

—Te perdono, respondió con voz dulce y grave madama Isabel.

—Aun mas, mamá; es preciso que ames á la que él ama.

—La amo, repitió aun madama Isabel inclinándose para dar un largo y tierno beso en la frente de su hijo.

Este la miró con ojos llenos de reconocimiento, y dijo devolviéndola sus caricias:

—Gracias, mamá, gracias... ¡nunca he sido tan feliz como ahora!...

—Haces bien en amarla, mira, porque es su corazón mas hermoso aun que su cara... es ella quien me ha dado el encargo de salvar la vida de nuestro rey... y si yo la noche pasada me he portado como un

caballero antes de saber el nombre de mi padre, á ella es á quien lo debo.

Los ojos de la duquesa Isabel no miraban ya el rostro de su hijo, sino que se perdían en lo vacío.

Acababa de ocurrírsele una idea, y la preocupaba ya por completo.

—Quizá... decía sumergida en una repentina distracción. Voy á verla, debe saberlo todo... mas acudirá á la cita.

—¡Qué! ¿no me escuchas, mamá? murmuró Juan Rubio, sin poder así tener sus párpados abiertos.

Había pasado tantas noches en claro desde su salida del condado de la Marche! había andado tanto y fatigado de tal modo su espíritu y su cuerpo, que la naturaleza reivindicaba un derecho. Su cabeza estaba pesada, apenas podía sostenerla y se creía mecido en un misterioso balanceo.

—Había temido, sin embargo, procurando luchar contra su cansancio; había temido que me imputases como un crimen ese amor á causa de las circunstancias de ese objeto... yo he comprendido todo lo que ha pasado, mamá: madama Blanca ha recogido nuestra herencia, y lleva nuestro nombre sin saberlo y recibe los honores que á tí solo corresponden... y es Dios quien la ha puesto á nuestro paso para impedir que la pobre inocente cayera en un abismo de miserias el día de la justicia... ella tiene un corazón de princesa y la vergüenza la habría matado, y en vez de eso, mamá, cuando tú ocupes tu trono, nos sentaremos los dos á tus pies, tu hijo y tu hija... y Blanca, al despertar, encontrará la realidad mejor aun que sus sueños; calló el joven: sus párpados estaban cerrados, y una plácida sonrisa asomaba á sus labios...

—¿No tengo razón, mamá? balbuceó con esa voz perezosa de las gentes que se van quedando dormidas.

—Si, tienes razón, contestó madama Isabel, cuyo pensamiento estaba en otra parte.

El mancebo entreabrió todavía sus ojos

y dijo llevando la mano de su madre á los labios:

—¡Ruego á Dios y á la Santa Virgen me libren de morir esta noche, porque sería un grandísimo dolor morir en medio de tanta felicidad!... hasta luego, mamá, y si durmiera aun á la hora de la cita, ya tendrás cuidado de despertarme.

Su cabeza cayó sobre el respaldo del sillón de la Pavot, y sin desconfianza había encomendado á la duquesa Isabel el cuidado de despertarle para la hora convenida, porque las costumbres de aquellos tiempos eran esas, y las madres, lo mismo que los amantes, ceñían con sus propias manos la espada á los que iban á combatir y quizá á morir.

Y además, no había dicho madama Isabel en la noche precedente á Fray Tranquilo acariciando á su hijo: «¡Has hecho bien!»

—Has hecho bien en revelar al niño el nombre de su padre ultrajado: has hecho bien en poner una espada en la mano del niño para vengar el honor de su madre.

Eso es lo que la duquesa Isabel había querido decir, lo que había oído muy claramente su hijo.

Mas si hubiera podido ver en aquel momento á su madre, habría pensado de otro modo.

Su madre estaba en pie ante él con los brazos caídos y las manos cruzadas, y contemplaba su sueño con mirar tan triste, tan lleno de angustia y desaliento. Habría comprendido, no hay que dudarlo, que aquel corazón maternal desdenaba ya la venganza, el honor mismo, tal vez, y que tenía en menos todo lo que no era la vida del hijo adorado.

Los ojos de la duquesa Isabel no tenían lágrimas, pero los tormentos de su alma destrozada se retrataban con caracteres tan profundos en aquel rostro, cuya belleza resignada y trágica había experimentado tantos y tan prolongados martirios... Era aquel el postrero y el mas aflictivo.

Hasta entonces, del lado de allá del

suplicio sonreía la esperanza, pero ahora la esperanza se desvanecía.

Juan de Armagnac iba á morir, á morir irremisiblemente aquella mañana robusta, vivaz, hermosa, que dormía apaciblemente delante de ella, mecido tal vez por un sueño de amor.

Efectivamente, el hermoso joven se sonreía, sus hermosos labios se movían para dar paso á esas palabras inarticuladas que constituyen el lenguaje de los sueños.

Dentro y fuera de la posada reinaba el mas profundo silencio: el murmullo lejano que venia de las calles de la ciudad obstruidas por la muchedumbre, se había ido desvaneciendo paulatinamente.

Quando París está con calentura, la crisis no se presenta en seguida; espertiménta por lo regular dos ó tres accesos que se mitigan á la caída de la noche; de modo que los que no conocen á París y lo ven acostarse tranquilamente, cansado de gritar y de agitarse en lo vacío, pueden figurarse que está en convalecencia, y que vuelve á su estado normal.

Pero se engañan; porque París ha gritado tanto, y se ha agitado de tal modo que no puede dormir; y como las malas noches traen malas cavilaciones y preocupaciones infinitas, París se levanta con jaqueca y se puede estar seguro de que aquel día tendrá un ataque periódico de Pilepsia.

Era necesario escuchar con mucha atención para percibir el confuso rumor de las conversaciones de los parroquianos en el grande salon de la posada. Algunos de esos pajarillos de plumaje térreo y mate piaban entre el ramaje del próximo Cementerio, y algunos gorriones en la copa de los árboles del patio.

Por el otro lado del patio se oía el paso perezoso de Simonot, que hacia centinela en el corredor.

El reloj de San Eustaquio dió las cinco, cuyas vibraciones se prolongaron con el

silencio por espacio de un medio minuto, despues del cual la habitacion de la Pavot quedó silenciosa como una tumba desierta.

V.

#### LA TOILETTE DE TRANQUILLO.

Tranquilo permanecía en pie ante la duquesa, y al lado de Juan Rubio dormido. Hablaban en voz baja para no despertar al niño, y en su semblante se manifestaba una especie de remordimiento.

—Me dijisteis, señora, que había hecho bien, murmuraba, y cuando vos aprobáis lo que hago, no me cuido de preguntar á mi conciencia.... ¿y para qué? puesto que todo lo que hago, es para vos y para vuestro hijo.... el niño ha manifestado esta noche ser hijo de su padre.... El ángel que vela en la cuna de Armagnac, le ha enseñado á manejar la espada.... pero en el caso que ese Vicente Tarquino, no maneje el acero como los caballeros, es italiano y en lugar de combatir asesina.... Cuando mi pariente el soldado Geromo me decía eso en otro tiempo, no hacia caso; porque nada tenía yo que ver con la cobardía de ese vil espadachín...! ahora me acuerdo muy bien, y me parece que tengo grabadas en mi memoria todas las palabras de Geromo.... El asegura ser un gran maestro de esgrima y tiene dadas pruebas, y sin embargo, confiesa que la espada de Tarquino, encontraría fácilmente el defecto de su quite.... tiene un golpe reservado, un vote, como ellos llaman eso, que le hace dueño de la vida de su adversario.

La duquesa Isabel escuchaba con los ojos bajos y las cejas contraindas; estaba

habituada á seguir con paciencia los rodeos en que se perdía el pensamiento caprichoso de Tranquilo. Mas en aquella ocasion era muy difícil lo de tener paciencia.

—Decidme lo que habeis hecho, interrumpió; estoy atormentada.

Tranquilo se llevó ambas manos á su corazon. ¡Estais atormentada!...

Repitió con voz hueca:

—Bien lo conozco por el dolor que atezaba mis entrañas.

Era la primera vez quizá que dejaba ver tan claramente el fondo de su alma; y es que el momento era solemne, porque iba condensándose el velo del luto que cubria el porvenir.

Fué, por lo demás, un relámpago; su ojo ardiente se apegó, y su cabeza, por un momento erguida, volvió á encorvarse de nuevo.

Hé aquí lo que he hecho, señora, dijo; es muy poco, ó mejor dicho, nada... cuando salí esta mañana fué al hospital de la Pavot, donde en otro tiempo se reúnan las gentes de Armagnac y se reúnen ahora los soldados de Gravelle... el tal Pavot no se parece en nada á su mujer; se ha vendido en cuerpo y alma á su nuevo señor, y no teneis en el mundo un enemigo mas rabioso.

—Yo contaba con encontrar en su casa á mi primo Geromo, y tuve al pronto un rayo de alegría, porque los camareros me dijeron que estaba en la cama.

—Mi primo Geromo ha ascendido; no es ya un simple hombre de armas; es un soldado. Se ha hecho egoísta, y no piensa en los demás sino despues de haber consultado sus intereses.

—Me ha reconocido en seguida, y me dijo:

—¡Diablo! mal agüero es el encontrarse al despertar con una cara como la tuya, primo Andeol.

—Primo Geromo, repuse, has comido el pan de Armagnac en otro tiempo, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo bien de que era duro el

pan de Armagnac, replicó volviendo la cabeza.

Comprendió desde luego que iba á pedirle auxilio.

¡A mucha hondura debía haber caído la viuda de Armagnac para decidirse á implorar inútilmente el auxilio del soldado Geromo Ripaille! El abismo de la desgracia no podía ser mayor.

La duquesa Isabel escuchaba á Fray Tranquilo, y su orgullo no sucumbía. Estaba rendida: contaba los minutos que pasaban y medía la carrera del tiempo que se precipitaba hácia la hora fatal.

—No tenia ya gran confianza, repuso Tranquilo, porque comprendí que el corazon de Geromo, hecho feliz, se habia endurecido. Le dije, sin embargo:

—Mi querido primo, no podeis haber olvidado que un dia salvásteis la vida de madama Isabel y del último Armagnac.

—Era un chiquillo entonces... me contestó con rudeza.

—A pesar mio, mis manos se juntaron en ademán de súplica.

—¡Ah! primo mio, exclamé, querido primo, acuérdate de que cuando éramos niños jugábamos juntos en el hermoso país de Armagnac... esa accion que ahora desconoceis, os será tenida en cuenta á la hora de la muerte, y quizá por ella consigais vuestra eterna salvacion... Primo, el niño Juan de Armagnac, á quien en otro tiempo tanto amabais, se encuentra ahora en un gran peligro de muerte... Se ha venido aquí, á pesar nuestro, y tiene que batirse esta noche en duelo con el capitán Vicente Tarquino.

—Geromo se echó fuera de la cama y se puso en pié; que no es tan malo como lo aparenta; sólo que cuando reflexiona, el buen movimiento de su corazon se detiene y se pregunta como todos los soldados: ¡Qué me puedo valer!

—¡Con el capitán Vicente Tarquino! exclamó: atadle, si es preciso, á la cola de un caballo y llevadle lejos de aquí.

—Primo, le dije, el niño es ya un hombre.

—Yo le oí que refunfuñaba.

—Sí á fé, hermoso chico, en toda la estension de la palabra, ¡ó no los hay en Francia!... pero no se ha tenido confianza en mí en otro tiempo, compóngase, pues, como pueda y que no me vengan á romper los oidos.

—Según eso, conoce á mi hijo Juan, interrumpió la duquesa, puesto que decís que es tan guapo chico.

—He podido comprender, respondió Tranquilo, que se habian encontrado en el bosque de Benevent... Geromo no me ha dicho nada sobre el particular, pero no es sólo por la gracia de Dios el que mi señorito Juan maneje con tanto primor la espada de su padre.

—¡Para volver á mi primo Geromo, á quien ya reputaba medio vencido! proseguí.

—La obra de los malos no puede durar... la regencia de madama Ana está espirando y el rey Carlos se ha hecho un hombre... y esta noche mi señorito Juan ha salvado al rey Carlos la vida con la ayuda de Dios.

—¡Hola! ¡hola! exclamó Geromo, ¿con que es él el que ganó la partida? ¡Voto al chapín que es ese á quien le han nacido pronto los espaldos!... cierto que si se libra esta noche de que le metan media docena de pulgadas de hierro en el pecho; tiene algo que esperar.

—Tanto, añadí yo, que monseñor Luis, duque de Orleans, le ha dado un abrazo, prometiéndole acordarse de él... las cosas van á cambiar: Armagnac va á recobrar la herencia de sus padres, y los que le hayan servido no tendrán que arrepentirse.

—¿Es ese tu parecer, primo Tranquilo? me dijo Geromo pensativo.

—Yo le respondí: ese es mi parecer.

—Me parece, primo, que adelantas un poquitillo el discurso, y que te las prometes muy felices; yo no lo creo así.

Y en seguida se volvió á meter en

la cama, tapándose con la ropa hasta las orejas.

—¡Por el amor de Dios te ruego!... quise yo proseguir; pero Geromo me ha cortado la palabra, diciendo:

—Primo Andeol, la vida es corta; el tiempo que se pasa durmiendo bien es el mejor de todos... y si has podido figurarte que iba yo á hacerme agujerear el pellejo de manos de ese bribon de Tarquino por la linda cara de tu señorito, veo que estás mas loco de lo que me figuraba. En otro tiempo, no diré que no, porque madama Isabel me tenia encantado... pero me dejaron el dia que bien les pareció, pensando que yo no habia de servir para nada... no diré que no tuvieran sus razones para ello... con que hasta otro rato, primo Andeol, consérvate bueno y cómprate otro balandrán.

—Yo me retiraba ya muy triste y desalentado cuando me llamó para preguntarme el sitio y hora de la cita.

—¡Bien escogido á fé! exclamó despues de mi respuesta, bajo las murallas del Louvre!... justo bajo las ballestas de los arqueros de Gravelle, que guardan el palacio... ¡Voto á sanes! soy demasiado tonto, y nunca llegaré á salir de pobre!... pero no puedo dejar asesinar á esa criatura!... y además, madama Blanca no me lo perdonaría jamás.

—¡Cómo! ha dicho eso, interrumpió la duquesa Isabel con vivacidad.

—Sí, repitió Fray Tranquilo, estoy muy seguro de que lo ha dicho, y de que añadió:

—No vayas á figurarte otra cosa, que yo no hago mas que lo que he dicho, primo Andeol... ahora debes saber que yo no soy un caballero errante... y la culpa han tenido ellos, que no hicieron confianza en mí... con que ya lo sabes: serviré de padrino para que la lucha sea leal, y que Dios puede juzgar... vete con Dios.

Durante las últimas palabras de Tranquilo, la duquesa Isabel habia tomado de encima de la cama su sombrero y su velo y se disponia á salir.

—No hay nada que esperar por ese lado, dijo con una especie de firmeza en su voz; no puede haber combate leal entre un baratero traidor y un niño imberbe, que se presentará con el pecho descubierto... por fuerza estaba loca. Tranquilo, cuando te dije esta mañana: has hecho bien.

Tranquilo bajó los ojos bajo el peso de esta reprobación justa ó no, y guardó un respetuoso silencio.

—Estaba loca, continuó la duquesa con mayor animación, la ira me había cegado... ¿qué importa al señor el insulto vil de un vasallo?... ¡no es una locura dejar al hijo de Armagnac batirse con un subalterno?

—Teneis razon, señora, esclamó Tranquilo, cuyos ojos se abrieron mostrando la estupefacción.

—Hiciste mal, repuso madama Isabel; convenia ocultarle el nombre de su padre, y dejar ante él la ignorancia como un escudo que le defendiese... en un día malo-graste los trabajos de quince años.

Tranquilo no se atrevió á levantar sus párpados y repetía con voz afligida:

—Teneis razon... teneis razon.

No era para él descubrir lo que había de injusto en las reconvenções de madama Isabel; aquella injusticia era la de la pasión, y Tranquilo experimentaba la misma pasión en un grado igual: amaba á Juan de Armagnac tan de lo íntimo de su corazón como su misma madre.

—Una semana, una semana mas, proseguía la duquesa... menos aun, y el niño se hubiera salvado... porque hé aquí que Dios parece prometernos un porvenir mas lisongero. La estrella de Armagnac vuelve á brillar en el cielo... y en el momento de tocar el puerto es cuando tu imprudencia nos estrella en el arrecife.

Tranquilo se golpeó el pecho y no respondió.

La cruel angustia que estaba pintada en su semblante hubiera desarmado á la crueldad misma; pero el dolor de una madre es mas implacable que la crueldad.

La duquesa no veía qué tormentos es-

aba experimentando su pobre servidor, y continuaba con los ojos fijos sobre el interesante jóven dormido.

—Y el mal que tú has hecho no puedes repararle, continuó... otro cualquiera tomaría una espada y arrostraría por él el peligro, pero tú... Tranquilo, ¡no sabes servirte de la espada!

El pedagogo, cuyas piernas vacilaban, se apoyó en el respaldo de una silla para no caer de espaldas; porque cada una de aquellas palabras era un puñal afilado que se clavaba y se revolvia en su corazón.

—Es verdad... esclamó sollozando, lo que me decís es verdad, mi noble señora... me reconozco culpable; he hecho mal... castiguenme Dios á mí y tenga misericordia de mi querido señor.

Madama Isabel había acabado sus preparativos de marcha.

—No me atrevó á besarte, dijo inclinandose sobre la frente de su hijo, porque temo despertarte... porque si... escúchame bien... Tranquilo... mientras este yo fuera no quiero que se despierte... vela sobre él... protégelo... llega á la hora quizá sin que la ciencia y evitaremos así la mayor de todas las desgracias.

El pobre Fray Tranquilo se apoderaba con avidez de todas las ideas que madama Isabel emitía en sus conversaciones: se repuso, y una luz de infantil esperanza brilló en medio de su tristeza.

—Es verdad, dijo, según su costumbre, no había yo pensado en eso.

En seguida añadió sonriéndose de repente:

—Hace tanto tiempo que no he dormido... acaban de dar las cinco... ¡oh! yo aseguro que no despertará antes de media noche.

—Hágalo Dios! esclamó madama Isabel dirigiéndose hacia la puerta: voy á ver si entre tanto puedo procurarle algunos protectores.

Quando levantaba el viejo tapiz, Tranquilo dió un paso hacia ella.

—Voy á quedarme solo, mi noble señora, murmuró, y á padecer lo que no podeis

figuraros, sino me asegurais vuestro perdón.

La duquesa Isabel, en verdad, no tenía conciencia del mal que acababa de hacerle: era, además, demasiado generosa y buena para no guardar consideraciones y mirar con profundo reconocimiento al único servidor que le había seguido en su infortunio.

—Mas aún; la duquesa Isabel había vivido al lado de Fray Tranquilo durante quince años; y sus ojos de mujer, sus ojos penetrantes habían adivinado siquiera no fuese mas que una parte el misterio de aquella naturaleza estraña. Como nadie en el mundo conocía á Tranquilo, el problema alternativamente triste y burlesco de aquella existencia singular había estado muchas veces á punto de resolverlo la duquesa Isabel.

Había descubierto lo que necesitaba para aislar de su envoltura infeliz y grosera la belleza moral, pura, que había en el fondo del alma de Tranquilo: belleza latente, pero divina, que á veces lucía como una irradiación heroica en la humilde frente del pobre hombre.

La duquesa Isabel era capaz de sentir lo que hemos indicado, ya en las primeras páginas de esta historia; es decir, que en Fray Tranquilo había dos hombres: el que se veía tímido, casi inerte, estólido, y el que se esperaba en ciertos momentos y sin saber por qué, poderoso, valiente, previsor y heroico; el que se arrastraba en la humildad de su reducida esfera y el que iba á levantarse quizá inopinadamente y á ofrecerse sobre la talla de la humanidad.

Estas cosas no son de las que se explican: nada hay que anuncie de antemano que puede dar chispas un guijarro perdido entre el polvo del camino.

¡Nada! pero le toca el hierro y brotará la centella.

Nunca la duquesa Isabel se había detenido á reflexionar sobre lo que Tranquilo era ó podía ser; si hubiera reflexionado su razon, hubiera impuesto silencio á esa

intuición instintiva, que á veces representaba Tranquilo superior á sí mismo.

¿Y para qué razonar? La duquesa Isabel había aceptado la abnegación del buen hombre tal cual era, y no había podido olvidar que Tranquilo, en un momento solemne, se había trasfigurado de repente, y que sin mas auxilio que el de Dios, se había opuesto él, y solo él, como un dique, al torrente furioso que arrastraba el último resto de la fortuna de Armagnac, y que el torrente vencido había reulado.

Pero desde aquella noche funesta y feliz que había cubierto con sus sombras la muerte de Santiago de Armagnac y protegido la fuga de su hijo, Tranquilo había vuelto á ser lo que antes era: tímido como una mujer inocente, como un niño.

Nada dice este es el guijarro de que ha brotado una centella.

Y sin embargo, prescindiendo de esa abnegación de todos los dias, de todas las horas, que unía á Fray Tranquilo á la grandeza decaída de la viuda de Armagnac, había en él, en medio de sus tonterías de pedante y de sus locuras de astrólogo y de alquimista; en medio de sus preocupaciones continuas que le hacian inútil para las cosas mas simples de la vida ordinaria; en medio de todas esas cosas, decimos, había algo de indefinible para todos, y de inesperado para la mayor parte; que gritaba imperiosamente, no juzguéis de ese hombre á la ligera. Ese algo que fijaba la atención, que casi diríamos que infundía terror.

Era ese algo lo que, sin poderse dar cuenta de ello la duquesa de Armagnac, influía en su ánimo, efecto estraño de doble vista, que se producía enérgicamente en los momentos de ausencia de Tranquilo.

Se había ocurrido á la duquesa Isabel ver en una especie de sueño despierta erigida y fuerte con la cabeza levantada, la mirada arrogante y clara, y la frente altiva, imponente y majestuosa. Sus facciones aguileñas, que se distinguían por lo regu-

lar en la inercia, y sobre las que caían como un yelo sus largos cabellos, se prestaban maravillosamente á esta trasfiguración.

Los extremos se tocan: la imaginación, quizá un poco favorablemente prevenida de madama Isabel, no necesitaba mas que objetar en aquella figura de paria para evocar la visión de un héroe.

Y en verdad que nosotros no sabemos cómo decir esto para que se nos entienda mas: esa visión heroica hacia latir el corazón de la duquesa Isabel.

Cuando se encontraba en presencia de Tranquilo, del verdadero Tranquilo, la fuerza de las cosas le inducía á tratarle como á un pobre hombre que parecia ser mas bien inferior que superior á la línea comun. Pero la impresión mística subsistía, y habia momentos en que aquella impresión sublimaba, hasta el entusiasmo, el agradecimiento de la duquesa Isabel.

Cuando Fray Tranquilo fué á pedirle perdón humilde y sencillamente, se le representaron aquellos quince años de abnegación tierna y de adhesión sin límites: tomó la mano de Fray Tranquilo conmovida hasta verter lágrimas, y la apretó entre las suyas con una sonrisa llena de gratitud.

—Amigo, dijo, yo no os pido perdón, porque sabéis bien que soy su madre, que el dolor ciega... pero en estos momentos supremos de agonía, yo os digo, Tranquilo, que los que llevan el nombre de Armagnac vivirán y morirán reconocidos á vuestros favores.

Dejó la mano de Tranquilo, y desapareció tras el viejo tapiz.

Tranquilo quedó por un momento como anonadado.

—¡Servicios!... murmuró; ¡reconocidos!... sí, eso me ha dicho... ¡Jesús mío, no me ha perdonado!

Su semblante estaba descompuesto: empezó á recorrer la estancia á grandes pasos, como si estuviera frenético.

—¡Soy yo quien he hecho eso!... decia para sí con el corazón oprimido por un punzante remordimiento; ¡soy yo quien he

dicho al niño: desenvaina esa espada!... si el heredero de Armagnac muriese en este combate desigual, sería yo quien le hubiese asesinado.

Se detuvo de repente, y se retorció las manos, mientras que ahogados sollozos levantaban su pecho.

—¡Marion, mi malograda esposa!... murmuró; ¡ya ves que he hecho bien en abandonar á nuestros hijos desde su cuna... aquellos á quien amo yo demasiado, los maté!...

Gota á gota corria el sudor frío bajo sus cabellos, é inundaba su rostro. Empezó á pasear de nuevo, gesticulando como un insensato; su torpe andar bajó el pavimento sin precaución, sin pensar ya en aquel precioso sueño que se le habia mandado guardar, y yo aseguro que dormia profundamente Juan Rubio cuando entonces no despertó.

Fray Tranquilo permaneció así durante varios minutos, haciendo ruido y dando gritos imprudentes, hasta el punto de hacer creer á Simonot, siempre de centinela en el corredor, que habia disputa y pelea en la habitación de la madre Pavot.

De repente Fray Tranquilo se interrumpió en sus carreras, y se puso á temblar como una hoja al pensar que habia podido despertar al niño. Pasando de un extremo á otro, prestó oído con espanto á los débiles rumores que venían de fuera. Todo le parecia ruido infernal, y se admiraba de que su señorito pudiera dormir por el cántico de los gorriones, el tañido de las campanas y los murmullos lejanos y confusos que subían de la calle.

Se dirigió hácia la ventana de puntillas, trató de ahuyentar á los gorriones parleros, agitando sus brazos como las aspas de un molino de viento; pero el descarado gorrion no tiene miedo á nada, y el pobre hombre tuvo que renunciar á la esperanza de alejar aquellos vecinos incómodos.

Quiso cerrar la ventana, pero la ventana rechinó sobre sus emmohecidos goznes, tanto que Tranquilo estuvo á punto de

caer de espaldas en fuerza de su espanto.

Figurábasele que el paso cansado de Simonot heria sobre las baldosas del corredor como una maza; y cada vez que uno de los parroquianos del salón de despacho llamaba, pidiendo de beber, se estremecía de piés á cabeza.

Hasta la hermosa Mirette vino á escarificarle, repitiendo el estribillo de una linda canción en la cocina.

Otra cosa muy distinta fué cuando empezaron las campanas de la vecina iglesia á doblar, y cuando los pilluelos del barrio, invadiendo el recinto del Cementerio de los Inocentes empezaron su torneo cotidiano á tacazos y varadas.

Fray Tranquilo no vivia ya; su imaginación alarmada decuplicaba todos aquellos ruidos y se tapaba los oídos para no escuchar el supuesto alboroto que se hacia al exterior: De vez en cuando, echaba una mirada temerosa hácia el descuidado durmiente.

—Es un milagro, se decia al ver que Juan Rubio no despertaba, un verdadero milagro.

Para huir de tanto ruido, vino á sentarse entre el sillón y la cama donde madama Pavot habia dejado el equipo de caballero, casi nuevo, comprado en las ropaxerías de los Mereados.

Haria como una media hora que estaba solo, y el sol no se apresuraba á declinar; se veían aun sus rayos oscilar en las copas de los árboles, agitadas por una brisa deliciosa.

Tranquilo media por la duración de un siglo el tiempo que debiera pasar aun hasta el anoecer. La responsabilidad que sobre él pesaba le abrumaba; parecíale que si no devolvía el hijo á la madre, la duquesa aquella vez le diría, «tú eres el asesino de mi hijo.»

Hasta aquel momento el sueño de Juan de Armagnac habia sido sosegado y profundo: el cansancio es el mejor soporífero, y el pobre jóven estaba muy cansado. Mas en el momento en que Fray Tranquilo ve-

nia á sentarse entre la anchurosa silla y la cama de la Pavot, su reposo vino á ser agitado y turbado por los sueños.

Tranquilo se estremeció: el antiguo zócalo de madera que circundaba la habitación, dió un prolongado crugido que obligó á Tranquilo á cerrar los ojos para no ver el despertar de Juan de Armagnac.

Un minuto estuvo esperando así, y luego dos, y como no sintiese ruido alguno del que dormía, empezó á abrir sus párpados.

Vió entonces á Juan Rubio, cuyo descolorido rostro estaba sonrosado ahora y sonriente, satisfecho en aquel momento con algun recuerdo querido, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Su última sonrisa! dijo para sí.

Y soñando, como siempre, añadió:

—Le estarán esperando, las horas de la noche pasarán, y cuando no se le vea ya venir se me dirá: vete á buscarle allí abajo junto al Louvre... y yo iré... ¡Ah! qué noche tan horrible!... Ese cuerpo inmóvil y blanco tendido entre las espadañas á la orilla del río, es el cadáver del último Armagnac.

Sus manos heladas fueron á asir su frente que quemaba.

Los labios del jóven dejaron escapar un débil murmullo, eco sin duda de los sufrimientos ó de las satisfacciones que experimentaba en su sueño.

Fray Tranquilo se puso en pié, y en seguida sus vacilantes rodillas se doblaron y quedó prosternado.

—No despiertes, por Dios, balbuceó con sus manos en actitud de súplica, dirigiéndose al jóven mismo en medio de su infantil ansiedad: no despiertes, por Dios!... ese sueño es tu vida y la de tu pobre madre!

—Juan, Monseñor, continuó cambiando de tono y dando á su voz inflexiones persuasivas: hace ya muchas noches que no dormías... no bastan algunas horas de sueño para recobrar... y á vuestra edad el descanso es tan bueno y suele ser meci-

do por tan agradables sueños... Dormid, dormid Monseñor en gracia de Dios Uodopoderoso á la vista de vuestro fiel servidor.

Su voz se habia dulcificado hasta el murmullo; y al oírle hablar se hubiera dicho que era el canto monótono y reprimido de la nodriza cuidadosa que mece á compás la cuna de su niño.

El reloj de San Eustaquio dió las seis, y en seguida, al toque de las oraciones, tres veces repetido, marcando una hora desde que la duquesa Isabel se habia marchado.

Juan Rubio extendió sus brazos y exclamó con esa voz sorda del que está bajo la impresión de una pesadilla.

—¡Una espada! ¡una espada!

Tranquilo, en cuya vista estaba retratado un terror inexplicable, buscó en torno de la habitación la espada que pendía antes del cinturón del gallardo mancebo. La espada de guarnición de acero bruñido, de hoja negra y larga estaba colgada detrás de la cama de la Pavot.

Tranquilo levantó el cortinaje de la cama y la colocó en el rincón mas oculto para que no viese aquella arma que pedía el pobrecito niño y que no debía defender su preciosa existencia contra la destreza cobarde de un asesino.

—¡Una espada! repetía Juan de Armagnac, en cuya frente brillaban gotas de sudor; una espada para vengar á mis padres.

Tranquilo se retorcia las manos comprendiendo que aquel sueño inquieto no podía ser de duración. El día iba declinando en las copas de los árboles; no se veían ya los rayos del sol, bien que doraba aun los tejados de las casas lejanas.

Tranquilo miró á la puerta.

—¡Y de qué me serviría cerrarla! murmuró: no es una puerta cerrada lo que puede detener á un Armagnac en el momento del combate.

En seguida dirigió su vista hácia las ventanas.

—Hé aquí otro camino... añadió. Si tu-

viera fuerza para ello me opondría á su marcha; pero Dios me ha hecho el más débil de los hombres y soy mas cobarde que una mujer.

Delante de la ventana, entre dos columnas torneadas de madera de encina; brúñida por el tiempo, giraba un espejo de acero bruñido de forma oval.

La madre Pavot se acordaba aun de sus buenos dias, y á pesar de las injurias que el tiempo habia hecho sufrir á su carnuda belleza, aun encontraba cierta complacencia en ver la obesidad expansiva de sus facciones.

Puede decirse que el espejo giratorio era su mueble predilecto, é inclinándolo en ángulos diversos, podia ver sucesivamente su mas que sonrosado rostro, su pecho colosal, su corta talla y hasta los zapatos redondos, por donde sin opresión ninguna estaban cogidos sus piecillos, sobrecargados de obesidad.

Por una casualidad los ojos de Tranquilo se fijaron en el espejo: casi podia decirse que Tranquilo no se conocía á sí mismo, según las raras veces que le habia ocurrido encontrarse al frente de su imagen.

El espejo le presentó su rostro descolorido y macilento, cercado de cabellos que se prolongaban en madejas apiñadas como si fueran serpientes. Retrocedió al pronto un paso como si hubiera visto una fantasma, en seguida se apoderó de él una especie de curiosidad infantil y se aproximó para verse mejor.

—Me creía mas estropeado de lo que estoy, murmuró. Vicente Tarquino no está, ni con mucho, tan joven como yo.

Una sonrisa amarga y triste vino á sus labios.

—Mas Vicente Tarquino no tiembla á la vista de una espada... continuó diciendo:

Movió su cabeza y se apartó del espejo como si hubiera querido dar á conocer el profundo desden que hacia de sí mismo.

—Desgraciada señora, querido niño, exclamó en voz alta, ¡cuánto mas os hu-

biera podido servir la conmiseración de un mísero soldado que mi estéril abnegación!... Yo no puedo nada, no sé mas que orar, y como en cierto tiempo abandoné su santa casa, Dios no escucha mis oraciones.

Daban en aquel momento las seis y media, y su corazón se dilató con un movimiento de gozosa esperanza, que duró muy poco, porque en aquel momento mismo, el durmiente se incorporó en su silla, y empezó á frotarse los ojos, diciendo:

—Ya he dormido bastante.

Tranquilo se acurrucó en el alfeizar de la ventana, donde permaneció inmóvil y silencioso; aun no respiraba, por miedo de hacer ruido.

Juan Rubio miró todo en torno de sí con los ojos entrecerrados y agobiados por el sueño.

—¡Mamá! exclamó con voz tomada.

Y cómo la duquesa Isabel no estaba allí para responderle, exclamó de nuevo:

—¡Fray Tranquilo!

Tampoco esta vez hubo quien le respondiese.

La rubia cabeza de Juan de Armagnac volvió á caer contra el respaldo del sillón, mientras que balbuceaba:

—¡Ah! aun es temprano, tiempo tengo de dormir.

Toda el alma de Tranquilo se elevó en aquel momento á Dios para darle gracias. Ya podia esperar, tanto mejor, cuanto que aquel momento de angustia suprema en que habia visto á su hermoso señorito luchar contra su sueño salvador, le habia asaltado una idea.

Si habia ocultado la espada, ¿no podia ocultar tambien el equipo de caballero?

En el momento en que el orgullo se revelaba contra la debilidad de su corazón maternal, la viuda de Armagnac habia pedido un equipo de pelear; pero habiendo reflexionado, recordaba que habia dicho: Juan de Armagnac, conde de la Marche, duque de Nemours y par de Francia,

no puede cruzar su espada con un subalterno.

Fray Tranquilo atravesó el cuarto de puntillas y volvió hácia la cama sobre que estaban desplegados los arreos de pelear comprados bajo los soportales de la plaza de los Mercados.

Levantó, pues, la ropa de la cama para hacer un escondite, y ya el coletó de acero desaparecia entre las mantas, cuando Fray Tranquilo se detuvo repentinamente pensativo y con la vista fija en el suelo.

Otro que yo, no haria esto... se decia; se atacaria esos calzones de búfalo, y se pondria esa coleta; se ceñiria los riñones con esa correa; se encasquetaria ese gorrucho, y se colgaria esa espada... ¡pero vol!... aquí se interrumpió y se echó á reír, encogiéndose de hombros con aire de desprecio.

—¡Ah! ¿sabria yo por ventura por donde empezar para vestirme una armadura?... piezas hay ahí, cuyo uso no conozco.

Y diciendo esto, examinaba con la gran maña posible las calzas y mangas de malla.

—¡Ah! no, no, eso no está hecho para mí.

Mas hablando así, continuaba manoseando las diversas piezas del belicoso traje, y maquinalmente las iba colocando en perfecto orden sobre el cobertor de la cama.

Maquinalmente tambien, é insistimos sobre esta palabra, porque asimismo se hubiera considerado como loco de atar, si hubiera tenido conciencia de su extraño capricho; maquinalmente, decimos, fué desabrochando uno á uno los corchetes de su antiguo balandrán.

Titubeó un instante, y luego se sentó al pié de la cama. Hizo la casualidad que Juan Rubio se moviese de esa manera brusca que suelen hacerlo los que duermen bajo la influencia de una pesadilla.

Un rayo iluminó la vista de Tranquilo, y sin querer, repitió entre dientes:



—Sí, sí... es verdad... otros harían eso.

Sus pobres calzones, llegados á un punto de nuestro venerable, cayeron sobre las baldosas del cuarto. Sus descubiertas piernas tiritaron al contacto de las mallas frías, mas se echó á reír como un niño cuando vió el tejido de acero que dejaba traslucir las líneas angulosas de sus asentaderas.

—Sin embargo de esto, yo debería ser fuerte, dijo para sí estendiendo su pierna donde se manifestaron y crugieron gruesos tendones.

—Pero si yo no lo he probado...

Atacó en seguida el par de borceguetes, pasó por sus hebillas las correas de las tibialas, de las rodilleras y de las martingalas ó zañones.

Tenia el pobre Fray Tránsito las piernas perfectamente armadas á la ligera, y nosotros no nos comprometemos á describir su prodigioso asombro; porque en aquel momento despertó, como si digéramos, y echó una mirada estupefacta á los pantalones que acababa de quitarse, á aquellos pantalones ya raidos y agujereados que ensuciaban el pavimento.

Se puso colorado desde la barba hasta la raíz de los cabellos, y su primer impulso fué el de volver á su ser natural, porque aquello le parecía una mascarada, indigna de su edad y de su gravedad nunca desmentida. Pero le dió á Juan Rubio la gana de hacer un movimiento.

No murmuró Fray Tránsito, en cuyos ojos tristes y meditabundos apareció un fulgor de heroísmo espontáneo y sublime; si tengo miedo, no me batiré, pero me matarán; y entre unas y otras cosas, se habrá ganado un poco de tiempo.

Y en esto, su balandrán, su raido llamado balandrán fué á reunirse con los pantalones negros en el suelo.

En su vida habia podido figurarse Tránsito que llegara un día en que dejara él por sí mismo abandonado su balandrán.

El colete de búfalo fué enjaretado bien

ó mal, y Fray Tránsito se decía muy de buena fe.

—Si parece hecho para mí... como esto hubiera podido venir á esa pobre criatura!

Encima del colete se acomodó las mangas de malla; se abrochó en seguida el cinturón de que pendía la daga de cuatro filos, pero sin mirarla demasiado, porque su aspecto la horripilaba; porque sabia muy bien que con aquel instrumento, se remataba á los pobres diablos que habia echado por tierra la espada.

Encasquetóse en seguida la gorra que al pronto se puso al revés y luego como debía.

En estos momentos ya tenia conciencia perfecta de lo que iba á hacer; esta conciencia habia llegado á formarse poco á poco y por un camino de muchas vueltas al través de temores infantiles y de pueriles estupefacciones; pero, en fin, habia llegado.

Fray Tránsito sabia que iba á morir, y así recorrió la cocina que ocultaba la espada con una actitud ya mas firme y varonil.

Al frente de la espada, se puso erguido á pesar suyo; titubeó un poco, pero no mucho, y la cogió con una especie de alegre afán.

—Oh! exclamó levantando la pesada espada á la altura del brazo, nunca me habia figurado que pudiese ser tan ligero.

Se echó en seguida el tabal al hombro y la guarnición de acero bruñida empezó á lucir en su costado.

En seguida metió bajo la cama de una patada desdeñosa los pobres calzones negros y su balandrán por tanto tiempo amado.

En esto la noche se le venia encima, el sol no doraba ya, ni aun las mas altas torres, y las casas lejanas empezaban á ocultarse en la bruma vespertina.

Fray Tránsito se dirigió hacia la puerta ahogando el ruido de sus borceguetes armados con aceradas espuelas.

—No me faltaba ya mas que un caballo

dijo para sí sonriendo con cierta socarronería. ¿Si seré yo, y no lo sabia, todo un paladín? ¿un rayo de la guerra?

Iba ya á cruzar el dintel, cuando su mirada fué atraída por el espejo que lucia ante la ventana; y sin dudar le venia con el valor la presunción, porque fué cogido por un irresistible deseo de contemplarse en aquella facha.

Se aproximó al espejo enderezando lo mejor que pudo su corbo espinazo, echando hacia atrás las mechás de sus largos cabellos.

El espejo que antes le habia mostrado su imagen humilde y triste, le devolvió esta vez una frente varonil que circundaba una aureola de magestad.

Parecia que su estatura habia crecido un codo: el conjunto varonil de sus facciones resaltaba entre el terciopelo de la gorra y la capa que cubria sus espaldas.

Era un hombre ¡vive Dios! el pobre Fray Tránsito, y tanto era un hombre, que al verse á sí mismo dió un arranque de alegría y orgullo.

En seguida sus ojos se bajaron tímidamente y el rubor vino á su frente, intimidada de nuevo, mientras que pensaba muy á pesar suyo:

—Hubiera querido antes de morir que madama Isabel me viera así!

Fue este su último capricho infantil, y cuando este pensamiento se refiriese al profundo misterio de su vida entera, lo desechó lejos de sí con el vigor nuevo que un momento se habia dado.

—Adios, mi querido Juanito, señorito de mi alma, adios, dijo arrojándose al lado de Armagnac, dormido, y besándole las manos con apasionada ternura; pronto estaré al lado de Jesús y de María... y le suplicaré que os haga muy feliz, así como á vuestra santa madre en esta vida y en la otra: ¡Juan de Armagnac, adios, dormid tránsito, mi señor... Ni vos ni ella sabreis jamás qué habia en el corazón de este pobre hombre!

Se levantó bruscamente, se pasó la mano por la cara para enjugarse el sudor

ó como si aquella revelación le hubiera asombrado á él mismo.

En seguida salió de la habitación, y como Simónot, armado también de todas armas le obstruyese el paso, le lado de un porrazo con rudeza, y se plantó en la calle sin volver los ojos.

Un instante despues marchaba en dirección de la torre de Louvre con la cabeza erguida y la mano en el pomo de su espada.

## VI.

## ARREPIÉNTETE.

Todo era desorden, cansancio y tristeza en el recinto del palacio de la Marche.

La fastuosa fiesta israelita que debia durar tres días y hacer época en la historia del siglo, habia concluido de la manera mas lamentable. La noche, alegremente principiada, no debia tener mañana.

Cuando salió el sol y vino á alumbrar las pintorescas magnificencias del país de Jerusalem, todo aquel inmenso cuadro tan brillante con la luz artificial, apareció desteñido y como avergonzado.

Las decoraciones teatrales son como las aves nocturnas que temen la luz del día, y mucho hubiera convenido al efecto de la función poder llevar al almacén todos aquellos telones pintados, todo aquel papel rizado, todo aquel cartón cargado de chafarrinones siquiera desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche.

Los que se habian estasiado sinceramente ante las maravillas de la fiesta, no hubieran podido reconocer el grotesco paisaje que

presentaban los jardines del palacio de la Marche. Fuera de algunos árboles plantados por los señores Armagnac, los sombríos bosques estaban hechos de faja de ramaje ya marchito: el palacio del rey Salomon no era mas que un barracon pintado al temple: se veian temblar á impulso del viento las columnas de tela del templo, y habiendo dejado de funcionar la bomba que alimentaba el Jordan, aparecia esta una miserable zanja llena de lodo.

El salon de los encantamientos, donde Fray Tranquilo habia visto tantos milagros, era simplemente un follaje de papel recortado, y sus blancos de pórfiro, leños carcomidos.

Ni un alma viviente se veia en aquellas maravillas que reinaban en aquella soledad y les servia de música un silencio pavoroso.

Se hubiera dicho que una varita mágica habia herido de muerte aquellos encantamientos.

Entre el palacio de Salomon y el templo, un gran charco de sangre marcaba el sitio donde se habia dado el combate: Maese Richard hubiera podido reconocer en el cieno enrojecido, uno de los guantes que la víspera habia vendido al miserable Thibaut de Ferrieres, y en una vasta superficie, se veia el suelo cubierto de pedazos de terciopelo y de despojos de todas clases.

Se veian tambien á la derecha de aquel campo de batalla, los jarros, las botellas y los frascos medio llenos sobre las mesas, colocados á la parte de afuera del palacio improvisado.

La bóveda, bajo la cual se pasaba antes para ir á los jardines iluminados, estaba ahora cerrada.

Toda la fachada que miraba al parque lo estaba tambien, y podria decirse que repentinamente habian desaparecido de aquella noble y encantadora casa, los satisfechos moradores que antes la poblaban.

De vez en cuando resonaba el paso lento de un centinela sobre los solitarios mu-

ros, donde no flotaban ya las banderas y pavesees orgullosos: se veia el regaton de las lanzas herir en el granito sonoro alguna que otra vez, y las voces de los hombres de armas que gritaban ¡quién vive! á las rondas que los vigilaban.

El castillo de la Marche se habia convertido en una plaza de guerra ó la aproximacion de un enemigo terrible.

En aquella noche de fiesta, los acontecimientos habian dado un paso gigantesco. El señor Ferrieres, habia pagado con la vida su osada tentativa contra la persona real; Olivier, su amo, era responsable del horrendo desecato, y no le quedaba ya mas que escoger entre la rebelion manifiesta ó el cadalso, á no ser que la jaula de hierro donde Santiago de Armagnac habia gemido tanto tiempo, no le ofreciese un medio término entre estas dos estremidades.

Pero Graville era un soldado antes de ser cortesano, y aunque su valor hubiese quebrado un poco en la vida mueble que llevaba hacia tantos años, se decidió á mas no poder á tentar la suerte de la resistencia.

No fué un mal decir la torpe adhesion de Thibaut de Ferrieres, que segun la opinion de Vicente Tarquino, poeta y maestro en casa de armas, no estaba bastante castigado con la muerte misma.

Durante todo el dia, estuvieron corriendo á todo correr mensajeros desde el palacio de la Marche al de Saint-Paul, donde residia madama Ana, regente de Francia.

Aquellos correos fueron viniendo unos en pos de otros, y las noticias que traian no circularon oficialmente en la sala de armas del castillo, donde los soldados desorientados se decian unos á otros que el señor Olivier, su señor, no podia ya contar con la hija de Luis XI.

Segun las noticias mas autorizadas, madama Ana estaba muy enojada contra Graville á causa de las fiestas de la noche precedente.

Los maliciosos se preguntaban si el enojo de madama Ana se referia á la glo-

rificacion de Blanca de Armagnac ó á Carlos de Francia, amenazado de muerte por un súbdito desleal.

En el fondo, el motivo era lo de menos, y lo positivo era el enojo de madama la regente.

Pero este enojo rompía violentamente la mejor cuerda del arco del señor Olivier.

Le quedaban el palacio de la Marche, que dominaba la parte meridional de París; el Louvre, donde sus soldados estaban de guarnicion, y el reducto del Norte, cuya guarda se le habia concedido por privilegio hacia ya muchos años. Con esto, al menos, podia defenderse y obtener buenas condiciones si habia necesidad de capitular.

Pero el señor Olivier sabia muy bien que aquella fuerza no era sino aparente; habiendo recobrado ya el duque de Orleans la posesion de su palacio en el cuartel de los Mercados; estando llena la ciudad de antiguos soldados del partido de Armagnac, que habian entrado aquella noche misma por la puerta Barbellesur-l'Eau, confiada á las milicias de la municipalidad: desde el palacio de Tournelles hasta la Ribera, ya habian dicho á Graville sus exploradores que no se veian mas que relucir cascos y corazas brillantes.

Aquel dia era el primero, desde diez años al menos, en que maese Annibal Cola, flor y nata de los barberos italianos, químico, médico, hechicero, inventor inmortal de los baños de Ganímedes para conservar la juventud que se tiene ó recobrar la perdida, no ejerció su importante profesion en la persona de Olivier de Graville.

Este gran señor no se hizo poner los acostumbrados papillotes; los ayudantes del grande Annibal Cola no pasaron la hora acostumbrada en poner sus dientes mas blancos que perlas; el bote, caja ó paleta de los afeites permaneció arrinconado; no se hizo tampoco amasar ni se bañó, y los pelos grises que hizo nacer aquel dia de tor-

mentos pudieron pavonearse descaradamente entre su negra cabellera.

Estuvo todo el dia en su habitacion con el fiel Vicente Tarquino, que inventaba doce expedientes por minuto, los cuales á nada conducian.

Mientras que Graville se ocupaba de las cosas serias muy á pesar suyo, la señora de sus pensamientos, la incomparable reina de Saba se hallaba retirada en sus habitaciones y se entregaba distraida y preocupada á los cuidados de sus doncellas. Nunca Bertha de Sauves, la picaruela que tan bien habia desempeñado su papel de soberana, nunca María de Argenes, con su rara penetracion, ni otra alguna de aquellas lindas niñas alegres y burlonas que hemos visto tan ocupadas en la toilette de Juan Rubio, habian observado en madama Blanca una preocupacion tan obstinada.

En las grandes crisis, por cerradas que estén las puertas del Gineceo, la política se escurre por el agujero de las cerraduras. Pero la política que entra así de contrabando en el departamento de las damas sufre siempre numerosas variantes inverosímiles por lo terribles ó por lo burlescas; segun los casos, las catástrofes se exageran hasta la estravagancia, ó bien los motivos de la lucha toman las formas de un romance completo.

En derredor de madama Blanca, la guerra civil inminente se teñia con bellas mezclas de rosa, azul y oro por las encantadoras jovencuelas que componian su comitiva; entre Graville y el rey se trataba, ni mas ni menos, que de saber quién de los dos seria preferido en el amor de madama Blanca.

Para aquellas niñas, la gran batalla que se anunciaba ya en París con sordos ó profundos estremecimientos, quedaba reducida á las proporciones de un torneo galante.

María de Argenes se reia á carcajadas, y Bertha de Sauves no podia tenerse en pié, sin hablar de lo que hicieran las otras amables diablejas; porque las señoritas del servicio de madama Blanca de Ar-

magnac pensaban todas en la fábula de *la Osa y de los litigantes*.

Efectivamente, entre el conde y el rey había otro competidor, aquel gallardo paje de la librea rosa y azul que tanto las había hecho pensar en la noche anterior.

Por más que el conde y el rey pelearon hasta despedazarse, el paje de los cabellos rubios estaba seguro de llevarse en definitiva el inestimable premio de la victoria.

Tal era el parecer unánime de las de la comitiva de madama Blanca.

La señora no había querido que la vistieran desde por la mañana, y para todo el día se había encapillado un vestido de color oscuro.

Ni una sola vez había pedido noticias de lo que pasaba fuera, y la única preocupación que sus compañeras pudieron sorprender en ella, era una especie de impaciencia misteriosa, cuyo objeto ninguna podía adivinar.

Madama Blanca miraba a cada instante el reloj dorado suspendido del artesonado de su salón, impacientemente hubiera deseado precipitar la marcha lenta del orario, y a la vez que el sonoro timbre daba la hora se veían iluminarse sus ojos.

¿Qué podía esperar madama Blanca?

A la caída de la tarde despidió bruscamente a sus mujeres, á pretexto de una necesidad súbita de reposo: cosa extraña, que naturalmente debió servir de texto á mas de un maligno comentario; madama Blanca no consintió que se la desnudase.

Quería quedar sola, y sus doncellas tuvieron que obedecer y retirarse.

La habitación que ocupaba madama Blanca en el palacio de la Marche, era la que en otro tiempo ocupaba también la duquesa Isabel: una puerta oculta por los tapices de la alcoba daba al salón de honor del lado de allá, en el cual estaba el antiguo dormitorio del difunto duque de Nemours.

Sabemos ya que el salón de honor comunicaba por cierto corredor oscuro y sinuoso, con aquella salida secreta que ter-

minaba bajo las mirallas de París, por donde había podido sustraerse quince años antes madama Isabel, llevando consigo al heredero de Armagnac.

El sol acababa de trasponer las graciosas cordilleras que orlaban el horizonte de París, hacia la parte inferior del Sena: el cielo inflamado hacia el Occidente, sombreaba mas y mas el color purpurino de sus nubes.

Es necesario el aire para los que tienen la fiebre de la inquietud, y Graville había salido de su aposento con Vicente Tarquino, y ambos daban la vuelta con pasaporte por los almenados muros del recinto.

Graville estudiaba, no sin experimentar ya un sentimiento de ansiedad, las caras de los hombres de armas que encontraba á su paso.

Las traiciones se fraguan muy pronto cuando amenazan ciertas horrasas políticas, y sabia muy bien por experiencia propia que á ciertas almas despreocupadas, la traición asusta muy poco.

Al dar la vuelta á uno de los ángulos de las fortificaciones, se encontró de repente cara á cara con una especie de fantasma que le cerraba el paso y que fijaba en él sus espantados ojos.

Guillermo de Soles estaba ya muy descolorido y descarnado del día anterior, porque desde largos años venia agobiándose bajo la carga demasiado pesada de sus remordimientos. Mas durante la noche anterior había hecho tales progresos, y Guillermo de Soles se había irasfigurado tanto en algunas horas, que el señor Olivier de Graville pudo apenas reconocerle.

—Malo estás, amigo Guillermo, dijo Graville desviando de él sus ojos, creo que estarías mejor en la cama que tomando el relente de la tarde.

El señor de Soles no se movió para dejar paso libre á su señor, mas tendió hacia él sus dos brazos de espectro, y murmuró con voz cavernosa:

—Thibaut ¡estaba ayer bueno y sano...

y Thibaut se burlaba cuando yo le decia: ¡la mano de Dios está sobre nosotros!

—Thibaut ha muerto como un soldado y como un caballero, replicó Graville, con la espada en la mano... esta mañana he mandado treinta escudos de oro á la abadía de San German de los Prados, para que los buenos monges rueguen por la salvación de su alma.

Guillermo de Soles movió la cabeza con lentitud.

—Cuando el pecador espira con la blasfemia en los labios, dijo, todas las plegarias son inútiles y su alma cae en el fuego de los infiernos aun cuando se dijeran en torno de él mas oraciones que las que se pueden comprar por cien mil escudos de oro... Thibaut ha muerto en un crimen, y su última palabra ha sido una blasfemia... Olivier de Graville, tienes razon: mejor estaria en mi cama que sobre estos muros, porque siento la mano helada de la muerte que constriñó los huesos de su cráneo... pero nosotros hemos pecado juntos y vengo aquí á decirte: ¡los días de los que asesinaron á Santiago de Armagnac, están contados... arrepientete, señor, arrepientete!... mañana quizá ya no será tiempo!

Graville se había puesto pálido, Vicente Tarquino se sonrió con ruido seco y estridente.

—No te digo á tí, Vicente Tarquino, continuó Guillermo de Soles, á tí no te diré que te arrepientas, porque en cuerpo y alma perteneces hace ya mucho tiempo al diablo.

—¡Mejor! exclamó el italiano, y os agradezco la intencion, compadre Guillermo.

—¡Hola! Pedro Rabal, añadió volviéndose hacia una ronda que llegaba, coged á ese delirante, tendedlo por ahí en un jergón.

Los soldados se apoderaron de Guillermo de Soles, que no opuso ninguna resistencia, y cuando lo quitaron de delante, Olivier y Tarquino siguieron su inter-

rumpida vuelta, mas Graville pudo oír aun la voz de Guillermo que decia:

—¡Arrepientete! ¡arrepientete!

Durante algunos minutos Vicente Tarquino y él continuaron paseándose sin hablar una palabra.

—Cosa rara es, murmuró al fin el conde de la Marche, ese mal incorregible que pesa hace tanto tiempo sobre el pobre Guillermo.

Tarquino se encogió de hombros.

—Desde el principio del mundo ha habido dementes, replicó y en seguida añadió con voz estenuada y afectuosa:

—El tiempo pasa, señor... me parece que queréis perder sin remedio vuestra última partidal

Graville se sentó en el parapeto.

—Cuanto mas lo reflexiono, respondió, mas me repugna ese asesinato inconducente... porque una de dos, ó venzo yo, en cuyo caso bastará un soplo de mis labios para alejar á ese muchacho... ó soy vencido y entonces, ¿qué me puede importar el nombre de quien se aproveche de mis despojos?

Tarquino reflexionó un instante á fin de producir aquella vez un argumento sin réplica.

—Monseñor, dijo cuadrándose frente al señor de Graville, hay aun otro espediente... en estas luchas puede uno no ser ni vencido ni vencedor, ó mejor dicho, puede uno vencer sin correr las eventualidades de una derrota... vos sois fuerte á pesar del tramo perdido, y antes de combatir podeis todavía negociar... yo os digo, monseñor, que el único obstáculo al éxito de vuestras negociaciones, es hoy el heredero de Armagnac... La locura que Thibaut de Ferrieres os puso en la cabeza y ha ocasionado su muerte, ha aprovechado grandemente á Juan de Armagnac, porque él es quien ha salvado al rey que nunca debisteis atacar... Juan de Armagnac es hoy ya un personaje, y yo he visto al duque de Orleans mismo estrecharle entre sus brazos... Y mientras que Juan de Armagnac viva, debiéndole como le debe la

vida el rey, no se capitulará ya con vos por la razón de que detentais su herencia... creo conocer al duque de Orleans, que por de pronto es el mentor de Carlos de Francia, y os digo que no abandonaré jamás á Armagnac vivo, pero que tampoco se cuidará de vengar á Juan de Armagnac muerto.

Habían llegado á aquel sitio de las murallas que hace frente á las de París, á las que separaba una estrecha zona plantada de árboles ennegrecidos por falta de aire, entre los cuales pastaban como su baldío los ganados de las labranzas inmediatas.

Vicente Tarquino miró á su señor para ver el efecto producido por el sabio discurso que acababa de pronunciar.

Su señor se había recodado contra el parapeto, y miraba con ojos distraídos por la sombra, que empezaban á invadir el terreno que los separaba de los muros de París.

—¿Sois de mi parecer, Monseñor? preguntó Tarquino.

—Nada he visto durante la fiesta de esta noche, respondió Graville, que venga en apoyo de vuestras insinuaciones contra madama Blanca.

Una sonrisa amarga llegó los labios del italiano.

—Señor Olivier, estamos cerca del abismo, contestó con voz respetuosa, pero firme, para pensar ahora en tonterías de amor!

—¿Qué... maese Tarquino! exclamó el conde de la Marche fijando en el italiano una mirada desdenosa; ¿os figurais que tengo necesidad de mentor como el rey-zuelo Carlos de Francia?

Tarquino no respondió, pero su sonrisa se hizo mas burlona, mientras que murmuraba:

—¿Se ha levantado, monseñor, esta noche el velo de la hermosa reina de Sabá?

Graville no pudo ocultar el disgusto que le causó á esta pregunta inesperada;

cuando se trataba de madama Blanca de Armagnac perdía los estribos.

Por otra parte, conservaba un vago recuerdo de cierta impresión de sorpresa que le había causado la reina de Sabá durante la fiesta. No había reconocido el órgano tan dulce y tan querido de madama Blanca; pero como las palabras que pasan á través de un velo denso ó bajo una máscara cambian de eco, el señor Olivier no había concebido sospechas entonces. Mas ahora que Vicente Tarquino le preguntaba si había visto aquella noche el rostro de su dama, le asaltó un recelo.

—Creedme, monseñor, continuó el italiano; por lo regular, yo no hablo á la ligera, y si os he dicho que ese joven y madama Blanca se entendían, es porque hay algo de extraño en la conducta de madama Blanca... todos vuestros servidores saben que muchas veces, allá en el condado de la Marche, madama Blanca dejaba el cuerpo de la cacería para hacerse la perdida en los intrincados senderos del bosque.

Tarquino tenía la boca abierta para continuar su narración, mas se detuvo de repente, y se inclinó de brazos sobre el parapeto, á riesgo de caerse de cabeza al foso.

—Monseñor, monseñor, murmuró cogiendo el brazo al señor Olivier, ¿no veis moverse una cosa entre esos árboles?

—Si es una mujer, dijo Graville afectando una indiferencia que ya no sentía.

—Efectivamente, monseñor, es una mujer, prosiguió Tarquino, cuyo acento sarcástico punzaba como un puñal afilado el corazón del pobre señor Olivier. Os ruego que la mireis con atención.

—¿Te atreverías á pensar?... empezó á decir Graville.

—Yo no pienso nada, monseñor, añadió Vicente con frialdad; os ruego solo que mireis con cuidado á esa mujer.

La desconocida marchaba á la orilla del foso á un centenar de pasos del sitio donde estaban Graville y Tarquino. Tenía que atravesar un bosquecillo de olmos, y

su traje oscuro se confundía con la sombra del crepúsculo.

Hubo un silencio entre Graville y su confidente áulico; apenas se distinguía ahora la desconocida al través de las ramas de los árboles. Pero cuando hubo salvado aquella espesura y pasó por bajo de la parte del muro donde Graville y Tarquino estaban de pechos como en un balcón, Graville se llevó ambas manos á la frente, y se levantó diciendo:

—¿Será posible?... ¿se me figura que es ella!

—Monseñor... quiso decir Tarquino.

Mas Graville le cerró la boca con un gesto airado, y se lanzó por la escalera que conducía á la poterna mas próxima.

—¿Y para la cita del Louvre, monseñor? dijo Vicente riéndose en sus barbas...

Graville estaba ya en el fondo de la escalera.

Vicente Tarquino dijo para sí:

—Pues quien calla otorga... ¡Pobre hombre! héle ahí persiguiendo el rastro de esa Gacela que le llevará muy lejos... ¡voto al diablo!... ¡lástima es tener que servirlos á pesar suyo!

Graville se había hecho abrir la poterna y corría al campo á través y en dirección de la puerta de Buey.

—¿Cuerpo de Cristol dácian los soldados de la guardia, ¿será que vaya nuestro señor Olivier al alcance del loco Guillermo de Soles, que acaba de escaparse de la cama?

El señor Olivier saltaba por encima de los setos y de las zanjas; no sabía que el loco Guillermo de Soles estuviese fuera, mas había visto al recodo del camino á aquella mujer, en traje oscuro, que tomaba por Blanca de Armagnac y corría como si se tratara de su salvación.

—¿No habeis visto pasar á nadie? preguntó á los arqueros de la puerta de Buey.

—¿A quién, al loco? Sí, sí, por ahí va trotando por la calle de San Andrés de los

Arcos arriba, y debe llegar ya muy cerca del puente de San Miguel.

—No, os habló de una mujer joven, dijo Olivier de Graville.

—¡Oh! en cuanto á eso, no señor, replicó el sargento de armas volviendo la espalda; una vez puesto el sol, ya no contamos las pindóngas que entran en la buena ciudad de París.

El señor Olivier no sabía ya adonde dirigir sus pasos.

Mirando á lo lejos, vió un bulto que pasaba bajo la lámpara de la Virgen en la traversía del Pavo Real, y se lanzó en aquella dirección; había creído reconocer á madama Blanca.

La calle de San Andrés de los Arcos era la mas anchurosa y elegante de la orilla izquierda del Sena; no se sentían allí las agitaciones del barrio de los Mercados, ni aun de esa fiebre crónica que reinaba en el país latino hacia las calles de Santiago y de Foi.

El señor Olivier, acelerando su carrera, pudo ganar mucho terreno, de modo que cuando madama Blanca llegaba detrás del Chatelet, se encontraba ya á cincuenta pasos de ella.

La desconocida, fuese ó no Blanca de Armagnac; en vez de cruzar el pasadizo del Chatelet, tomó por la calle de la Hockette, en dirección del pueblecillo de Nuestra Señora, y al ver cómo apretaba el paso cada vez mas, se podía presumir que conocía iban persiguiéndola.

En el momento de llegar al atrio de la catedral, el señor Olivier casi la pisaba los talones; mas las buenas gentes que salían de las víspersas detuvieron al afanoso perseguidor en el vestíbulo mismo del templo, y la desconocida, que había ya penetrado en él, desapareció entre las sombras de las capillas laterales.

Graville no estuvo detenido mucho tiempo porque la onda de los fieles que salía de la iglesia, tuvo que ceder de grado ó por fuerza á su pertinacia; mas la lucha había durado algunos minutos, y cuando al fin pudo penetrar en la nave, sus mira-

das buscaron en vano á madama Blanca.  
—Pues aquí está, se decía, no me cabe duda, yo la he visto.

Y detrás de cada columna se figuraba ver una pareja requiriéndose de amores.

Los celos le hacían estallar el corazón: iba escudriñando por los rincones sin que se libraran de su investigadora mirada de los confesonarios.

El vasto recinto de la catedral estaba casi desierto: se iban apagando uno despues de otro los cirios y las lámparas. Al pasar una vez junto á la capilla de San Gervasio, oyó ruido Olivier de Graville en la semi-oscureidad que le envolvía; se aproximó y vió un hombre de elevada estatura arrodillado y encorvado hasta tocar con su frente el mármoleo pavimento. Este hombre le oyó, y como Graville se desviase para continuar su marcha, le dirigió con voz sorda estas dos palabras:

—¡Arrepiéntete!

Graville se estremeció, y un escalofrío corrió por todo su cuerpo.

No quedaba ya mas que una lámpara encendida en el centro de la nave; á algunos pasos de esta lámpara, hacía la que se dirigía un dependiente de la sacristía, se veían en pié dos mujeres, ambas cubiertas con un tupido velo, que conversaban con mucha animación.

Graville, que acababa de dar la vuelta al coro, se dirigió precipitadamente á ellas.

—Mucho habeis tardado, decía la de mas edad, quiera Dios que no sea tarde.

—¿A dónde hay que ir, señora? preguntó con voz trémula la desconocida á quien perseguía el señor Olivier. ¿Qué hay que hacer para salvarle?

—Hay que ir á la torre del Louvre, niña... que hagais envainar las espadas que amenazan su pecho, vos que podéis mandar.

—Lo haré, señora, exclamó Blanca con exaltación, y si no hiciesen caso de mis órdenes, tendrán que herir mi corazón antes de llegar al pelo de su ropa.

Abrazáronse en seguida con efusión, y

la mas jóven echó á correr hácia la puerta.

En aquel momento Graville penetraba en la nave, no necesitaba mas que estender el brazo para apoderarse de Blanca de Armagnac, é iba á hacerlo, cuando vió interponerse la figura descollada y magestuosa de la otra mujer.

—¿Quién sois para obstruirme el paso?... preguntó.

La desconocida levantó su velo, y la última luz de la lámpara iluminó el rostro descolorido de madama Isabel.

Graville se llevó las manos á los ojos, retrocedió lleno de espanto trémulo y vacilante.

En este momento el dependiente apagó la lámpara.

La gran nave de la catedral quedó en tinieblas.

En medio de aquella profunda oscuridad se dejó oír la voz cavernosa de Guillermo de Soles, que decía:

—¡Arrepiéntete! ¡arrepiéntete!

## VII.

### LA LECCION DE ESCRIMA.

Frente al Pradillo de los Clérigos, entre la iglesia de San Nicolás y la torre que hace esquina, como á cien pasos del muro que va desde la puerta de San Honorato al río, había una doble hilera de árboles corpulentos, que llegaba hasta la escarpe del ribazo cubierto en aquel sitio por un rebalimiento de piedra seca. Esta parte de ribazo servía de embarcadero y se le llamaba el puerto del Louvre, porque era allí donde desembarcaban las provisiones del palacio.

A lo largo del río no había aun más que algunos cercados y casuchas miserables; pero no lejos de allí y fuera del recinto se iba formando la calle de Santo Tomás, y aunque no estuviese construido aun el segundo recinto, París de hecho se extendía mas allá del emplazamiento actual del palacio real.

El Louvre mismo se había ensanchado mucho desde los tiempos de Felipe Augusto. Una cerca cuadrada le circundaba y delineaba al poco mas ó menos el área interior del patio moderno.

Sin embargo, un ancho espacio separaba aun las murallas del río.

La noche había cerrado: los barqueros no circulaban ya por el río, muy bajo en aquella estación y en aquel sitio. Solo el de la isla de las Vacas continuaba sus expediciones periódicas frente á la puerta de la ciudad.

Empezaba á brillar una luz en las estrechas ventanas de la torre, que hace esquina, y se veía por las aspilleras de ese sombrío castillo á aquel melodrama que ha dado tan funesta celebridad: la Torre de Nesle.

No hace á nuestro propósito consignar aquí las calumnias imputadas á este edificio por el teatro ignorante ó desleal; pero bien nos será permitido decir que la reina Margarita de Borgoña, mujer de Luis el Chico, no asesinó jamás á Gaultier de Aunay ni al capitán Bauridan por una razón tan sencilla como conveniente, y es la de que no ha habido en Francia tal reina Margarita de Borgoña, mujer de Luis el Chico.

La torre de Nesle era parte integrante de las fortificaciones de París; tenía una pequeña guarnición, y hubiera sido una casucha muy incómoda para recreo de las princesas lascivas.

Pero es preciso que el teatro del crimen se divierta en gemir ó en padecer; devora lo que se le dá, y no parece que importa mucho que la clase obrera aprenda la historia nacional en ese canal impuro y sucio de las trapacerías dramáticas.

Desde la torre de Nesle hasta los límites del Prado grande de los Clérigos, la orilla izquierda del Sena, completamente despoblada, estaba sumergida en la mas profunda oscuridad; en la orilla derecha, por el contrario, se veían brillar acá y allá las ventanas de algunas casuchas.

En lo alto de los muros del Louvre resonaban los pasos de las gentes de armas que los guarneceían, y se oía responderse al grito monótono de los centinelas.

El ruido de una barca chata escurriéndose sobre la cristalina superficie de las aguas por el lado del Prado chico de los Clérigos, hubiera podido llamar la atención y hacer fijar la vista en una mancha negra que avanzaba hácia la orilla derecha. Al mismo tiempo se oyó entre el silencio de la noche una voz de bajo profundo, alegre y desenfadada, entonando una canción que ya en otra ocasión hemos oído:

Perine me Perine  
lon li, lon la,  
laderi, deri, dera  
Perine me Perina,

que ya recordarán nuestros lectores ser la misma que venía entonando el bravo Geromo Ripaille, cuando en la noche terrible del saqueo del palacio de la Marche se encontró á Tranquillo en el bosque inmediato.

Al concluir esta primera copla la barca tocaba casi la orilla, y en el centro venía un hombre en pié, que era el que cantaba.

—Animo, Tomás, dijo dirigiéndose al barquero, un buen golpe de baral sobre la izquierda para salvar la corriente que quiere llevarnos al arroyo del Rollo... el Sena está apacible esta noche, no has temido que trabajar mucho para ganarte el luciente cuarto que traigo para tí en el bolsillo.

El llamado Tomás obedeció á la insinuación, y la barca vino á topár en la orilla.

El hombre de armas saltó de la barca

con mas ligereza de la que parecia permitir su edad ya proyecta. Dió en seguida al barquero el luciente cuartó que le habia prometido, y llevó su complacencia hasta ayudar al chalan á poner á flote su barca con una ruda patada.

—Buenas noches, Tomás, dijo, me figuraba encontrar aquí ya compañía... pero los que no han venido, vendrán. Si no es'ás demasiado cansado y quieres ganarte alguna que otra cosilla, amarra tu barca en la otra ribera en la rinconada del Sena chico, que los que yo espero vienen del palacio de la Marche, y los pasarás.

Tomás dió las gracias á su parroquiano y cruzó el río.

El hombre de armas era un gallardo soldado ataviado con un equipo parecido al que hemos descrito en uno de los capítulos precedentes: no llevaba armadura propiamente dicha, y las mallas y el cuero de búfalo hacian el gasto de su traje.

De su tahalí pendia una espada enormemente larga, un penacho enorme de plumas flotaba al viento en la parte posterior de su gorra.

—Y no hay duda, refunfuñó mirando en torno suyo, soy el primero que he acudido á la cita, y eso que conmigo no va nada, que vengo aquí por virtud, como si fuera un caballero errante.

Enjugó en seguida con la mano su espeso bigote, húmedo aun del vino que acababa de beber.

—Si hubiera sabido que tanta calma gastaban, continuó, aun hubiera podido echarme dos ó tres vasos en el hostel del compadre Pavot, pillastre maldito por vida mia, que se ha hecho al alma condenada de Graville, despues de haber comido el pan de Armagnac.

Esto diciendo, marchaba á lo largo de la ribera, procurando distinguir entre las tinieblas si alguno vendria.

—Yo tambien llevo los colores de Graville, repuso, pero no me he olvidado de Armagnac, y la prueba de ello es que estoy aquí... batirme por el hijo de esa mujer, que no tuvo confianza en mí, seria

una insigne tontería á que no pienso llegar... pero ¿cómo, por otra parte, consentir á ese miserable napolitano asesinar impunemente al hijo de mi antiguo señor? eso tampoco... es un guapo chico á fé, y le he dado bastantes lecciones allá en el bosque para que al menos pueda defenderse... voy, pues, á ponerle en guardia contra ese pícaro hote reservado, y en lo demás ya veremos lo que se ha de hacer.

Y habiendo pensado esto, sin transición alguna, se puso á repetir el estribillo de la sabida canción.

—¡Hola! se interrumpió, alguno viene por el lado de la puerta de San Honorato, apostaría á que es mi interesante mozalvete.

Efectivamente, empezaron á oírse pasos á la derecha del recinto del Louvre y á un centinela que gritaba: ¡quién vive!

El ruido de los pasos se fué aproximando, sin que su causante respondiera al llamamiento del centinela.

El buen soldado miraba con todos sus ojos hasta que ya, en fin, pudo percibir entre las sombras una especie de fantasma larga y desgarrada, que venia á toda prisa fuera de camino.

—Por quien soy, dijo, que mi muchacho es mejor facha que eso.

La fantasma se aproximaba, y se distinguia claramente: era un hombre armado, tambien largo, flaco, un poco encorvado y de cabellos lasos, y no parecia hallarse muy á gusto bajo su equipo de guerrero.

—¿Eres tú, primo Geromo? dijo cuando apercibió á nuestro hombre á la orilla del rio.

Este se quedó con la boca abierta, restregándose los oios con la mano izquierda y santiguándose con la derecha, hasta que al fin puso sus dos manos en los hombros del reciénvenido.

—¿Pero eres tú, Andeol? murmuró con un tono de estupefacción profunda.

—Sí, primo Geromo, añadió con voz un si es no es trémula; te doy un millen de

gracias, porque no has faltado á tu palabra... ¡peró qué noche tan oscura, Dios miol...

—Hombre, no debe ser bueno para batirse esta oscuridad.

—No tengas cuidado, Andeol, respondió el soldado Geromo Ripaille; los otros traerán antorchas... ¿pero dónde está tu discípulo? ¿cómo es que vienes tú primero?

Tranquilo vaciló un instante antes de responder, mas en seguida dijo atropellando sus palabras, como quien quiere des-embrazarse de una esplicacion penosa.

Juan de Armagnac ha pasado cuatro ó cinco noches sin dormir... descansaba ahora, y tal vez no ha despertado.

—¡Hombre! eso no puede ser, exclamó Ripaille.

—Mejor será que dejemos eso, Geromo, añadió el pedagogo interrumpiéndole. Si Juan de Armagnac no viene, para eso estoy yo aquí.

Dijo estas palabras sin arrogancia, pero el acento firme y decidido, y al mismo tiempo, sin él saberlo, su talle se habia enderezado.

Geromo Ripaille, cuyos ojos habian tenido tiempo de habituarse á la oscuridad, contemplaba al pedagogo con una sorpresa que crecia á cada instante.

—Por San Jorge, exclamó hablando consigo mismo, así derecho y á poca luz tiene la traza de un soldado... y de todos modos no es un hombre vulgar mi primo Andeol...

Aquella noche... ¡terrible noche!... en que el duque de Nemours fué tan terriblemente asesinado, estaba tambien desconocido; aun me parece estarle viendo cuando me dijo, ¡Salvemos á la madre y al hijo, aunque hayamos de morir los dos!... no, no, ese no es un hombre como los demás.

En estas reflexiones de Geromo Ripaille, habia una cierta dosis de remordimiento porque Geromo comprendia bien

que en aquel momento su espada debia estar al servicio de Juan de Armagnac.

Pero la espada de un soldado nunca se vé donde no hay mas que debilidad y pobreza, ni hay en el mundo cosa menos caballeresca que un soldado, y aun hay que dar gracias á la espada de Geromo Ripaille, soldado, el que se contentara con permanecer neutral y no se volviese contra Armagnac vencido.

Pocas son las espadas en que se ven esas buenas costumbres y esas semi-delicadezas.

—Ahora que recuerdo, primo Andeol, dijo con cierto embarazo, ¿sabes tú á lo que te espones viniendo aquí en lugar de tú señor Juan de Armagnac?

—A morir, respondió sencillamente Tranquilo, desde luego lo he comprendido así.

Geromo le tomó la mano, que apretó entre las suyas con gesto brusco, y en seguida se volvió de espaldas y anduvo algunos pasos tarareando el estribillo de la consabida canción para disimular el efecto que le habia producido la contestación de Tranquilo.

—¿Pero sabes siquiera empuñar la espada? preguntó volviendo hacia Tranquilo.

—En mi vida he cogido un arma hasta ahora, respondió el pobre hombre.

—¡Ah! murmuró Geromo casi dispuesto á desmentir sus propósitos: si madama Isabel hubiera tenido confianza en mí, pelearia yo con mucho gusto esta noche por el señorito Juan... pero yo te hago juez primo Andeol; ¿fué digna de mis servicios la despedida que me hizo la duquesa Isabel?

—Iba á preguntarte, amigo Geromo, repuso Tranquilo en vez de responderle, si quereis enseñarme á estar en guardia mientras llegan las gentes de Graville?... Me quedan aun algunas monedillas en el bolsillo, y te pagaré lo que sea razon por ello.

Si no hubiera estado tan oscuro, se hubiera visto á Geromo Ripaille ponerse como una escarlata.

—Por lo que hace á eso, dijo, primo

Andeol, puedo muy bien darte de balde una pobre lección... y no será la primera vez, añadió acordándose con placer de lo que había hecho por Juan de Armanac en el bosque de Benevent. No será la primera vez, dijo, que las haya dado de balde.

—Acércate aquí, y envaina esa espada como un buen muchacho... te enseñaré las dos principales posiciones que nos han venido de Italia... tienes, por lo que veo, el brazo diez veces más fuerte de lo que yo creía, y después de todo, el resultado de un combate está siempre en la mano de Dios.

En nuestros tiempos, un soldado, en el caso de Geromo, hubiera dicho: muchas veces se ve a un quinto patán tender al mejor baratero. Es la única diferencia importante que podríamos señalar entre lo que se llama un buen soldado en el año mil ochocientos cincuenta y uno y el honrado Geromo Ripaille.

Tranquilo desenvainó, no muy desentramado, pero en fin, desenvainó.

—Medio paso adelante con la pierna derecha, le dijo Ripaille, de modo que los tres cuartos del peso de tu cuerpo descansen sobre la izquierda, y esto para poder retirarte ó acometer con igual facilidad.

Tranquilo tomó la posición indicada.

—Mas elegancia... exclamó Geromo procurando colocar en posición las piernas rígidas del pobre pedagogo; en el noble arte de la esgrima, las piernas hacen un papel tan importante, que no puedo menos de insistir sobre este punto antes de pasar adelante.

—¡Ay, ay! primo Geromo, interrumpió Tranquilo; vamos, si te parece, desde luego á lo importante, porque esta primera lección no puede ser muy larga, y ya ves que ha de ser también la última.

—Bien, bien, refunfuñó Ripaille mordiendo el labio inferior; tienes razón, Andeol, haré lo que gustes... en guardia, pues... con la daga en la mano izquierda,

la mano á la cadera... el brazo derecho plegado hacia adentro, el codo unido al cuerpo y la mano firme... ¡qué diablo, hombre! déjate guiar... no te agarrotés como si estuvieras muerto hace ya quince días.

—¡Ay! primo, murmuraba Tranquilo, que sudaba ya á chorros, te aseguro que hago lo que puedo.

El arnés le lastimaba y embarazaba todos sus movimientos.

—¡Ah! cuánto echaba de menos su viejo balandrán tan cómodo, y ya á fuerza de uso, tan plegado á todos los hábitos de sus miembros.

Después de un largo y penoso trabajo, Geromo consiguió al fin ponerle en guardia.

—Primo, dijo, en esta posición parás llevando vivamente la espada al costado izquierdo, y respondes extendiendo el brazo derecho adelante con igual viveza... esto se llama parar y herir en cuarta.

Tranquilo repitió cinco ó seis veces el movimiento indicado con la mejor voluntad del mundo.

—¡Ay! ¡ay! dijo con la alegría infantil del neófito que penetra el primer secreto de la ciencia; ¡es eso lo que llamais herir en cuarta? ¡ah! yo creía que eso era más difícil, ¡pues si se hace por sí solo! primo.

Geromo se sonreía, y como que tenía buena sangre en las venas, se iba animando al ver el entusiasmo creciente del pedagogo. Es e.e. el buen lado del militar, y no debemos regateárselo.

Volviendo á Tranquilo, no había ya necesidad de decirle: levanta la cabeza ó el brazo; se mantenía firme en su posición, y no perdía una pulgada de su talla; hería y paraba en cuarta como un condenado, y como era todo lo que sabía, no se podía pedir más.

—¡Vive Dios! decía esgrimando su espada con ardor; me parece que voy á matar en cuarta á ese condenado que quiere asesinar á mi señorito!... Jamás había

podido figurarme que fuese tan fácil aprender el manejo de las armas.

—Eres un excelente hombre, primo Andeol, replicó Geromo conmovido; es tu corazón de oro, primo Andeol; había en tí los elementos de un gran hombre de armas, y es una lástima que no hayas empezado más pronto... mas, en fin, tomemos el tiempo como es y continuemos nuestra tarea... ¿estás?

—Estoy, replicó Tranquilo colocándose resueltamente en cuarta.

Geromo le cogió la mano para volverla hacia fuera, pero en aquel instante se oyó un ruido de la parte del Sena, y Geromo se detuvo para escuchar.

—¡Ah! dijo, será mi amigo el barquero Tomás, que nos trae las gentes de la boda.

Miró hacia el Prado de los Clérigos, pero nada se distinguía por aquel lado; por el contrario río arriba brillaba una luz sobre el agua á la altura de la isla del Barquero; esta luz marchaba en dirección de la orilla derecha.

—Habrán tomado la barca grande, dijo Geromo, porque sin duda vienen á caballo.

—Vamos, primo, dijo Tranquilo, te estoy esperando.

—¡Qué! ¿te se cansa la muñeca, Andeol? estas lecciones *in extremis*, como hubiera dicho el capellán de Benevent, no valen gran cosa... ¡ah! ¡si madama Isabel hubiera tenido confianza en mí en otro tiempo!

En seguida cogió el brazo de Tranquilo, colocándolo de manera que el pulgar y la punta de la espada miraran al suelo.

—Esa espada á la derecha para parar, dijo recobrando su tono de profesor, y responder con la espada levantada hacia el cuerpo del contrario... ¡una! ¡dos!

—¡Una! ¡dos! repitió Tranquilo parando y atacando al aire.

—Esta es una tercera, replicó Ripaille dogmáticamente.

—¡Uf! exclamó Tranquilo después de una media docena de golpes; al pronto es fati-

gosa la tercera, pero en fin, se habitúa uno... y es en tercera como voy á trinchar á ese bribón.

—En tanto prosiguió siempre quitando y atacando; la cuarta es muy buena también... sí, pero la tercera, ¡ah! la tercera es mejor, y continuaba como un dasaforado.

—Qué quieres, primo Geromo, dijo deteniéndose y jadeando, confieso que siento ya no saber por cuál decidirme. ¿Sabrías tú explicarme por qué ó para qué, vosotros los hombres de guerra, habeis inventado la tercera teniendo la cuarta?

—¡Ay! ¡ay! primo, respondió Ripaille con legítimo orgullo; quedan aun segunda, quinta, sexta, séptima, octava, etc., sin contar las contra-cuartas y contra-terceras inventadas por el gran Cesarion de Florencia, ni de los quites compuestos que elevan hasta lo infinito el número de los golpes regularmente posibles en las armas.

—Pues mira, primo, replicó el pedagogo, mas sereno y más alegre que lo que Ripaille le había visto en su vida; prefiero ignorar todo eso ¡vive Dios! y me atengo á la cuarta y á la tercera y me sobra la mitad... hombre, hacia aquí avanza una luz por el lado de la ciudad, y voy á aprovecharme de tus lecciones.

Efectivamente, avanzaba una luz en aquella dirección, y empezaron á oírse pasos de caballos sobre la grava de la ribera.

Tranquilo se echó mano al bolsillo de su colete, y poniendo en la mano del soldado una bolsa bastante escueta:

—Tomad, primo, dijo, ahí van esos cuatro escudos de oro que mi parienta la Pavot me había regalado hoy... mañana temprano, si tienes lugar, irás á la abadía y darás tres escudos al padre Antonio, mi confesor, para que diga todas las misas que pueda por el descanso de mi alma.

—Vamos Andeol, quiso interrumpir Geromo, no hay que pensar en eso.

—Sí, primo, yo puedo pensar en eso, replicó Tranquilo sonriendo, porque pienso en ello sin miedo.

Ripaille se preguntaba á sí mismo si había visto en su vida un hombre tan valeroso como Andeol, tenido como cobarde por todos y hasta por sí mismo toda su vida.

—Y en cuanto al escudo que resta, continuó el pedagogo, te replico que lo aceptes, primo Geromo, y lo gastes alegremente en memoria mia... réstame solo darte gracias y desearte buena fortuna... mira, Juan de Armagnac y madama Isabel no tienen ya quien los sirva... y sobre esto ya no te digo mas, primo Geromo.

—Durante quince años, Dios ha velado por la viuda y por el niño, y yo confío en la voluntad de Dios.

En seguida se cuadró resucitadamente, apoyándose en la cruz de su espada. La luz estaba ya próxima, y era una antorcha que llevaba un lacayo que precedía á tres caballeros.

—¿No es Vicente Tarquino el que viene delante? preguntó Tranquilo.

—Sí, respondió Geromo, es el italiano Vicente Tarquino.

—Pié á tierra, exclamó el pedagogo levantando su espada, y adelantándose un paso hácia la cabalgata; pié á tierra, traidor y cobarde Vicente Tarquino... vienes aquí en nombre de Oliver de Graville, tan cobarde y tan traidor como tú... yo vengo aquí por Juan de Armagnac, conde de la Marche y duque de Nemours... acércate aquí, te espero.

La luz de la antorcha iluminaba el rostro pálido de Tranquilo que resaltaba entre los mechones de sus cabellos negros, y en torno del cual, su resignacion sublime y su abnegacion heroica brillaban como una aureola divina.

Vicente Tarquino echó pié á tierra sobre la grava de la ribera, y entregó la brida de su caballo á uno de los que le acompañaban, sin haberse apercebido de Geromo Ripaille, que estaba un poco separado y vuelto de espaldas.

## VIII.

## COMBATE NOCTURNO.

—¡Hola, venerable! exclamó Vicente Tarquino reconociendo á Fray Tranquilo, ¿cómo es que habeis dejado vuestro balandrán y vuestro casquete de mago?... Doy la enhorabuena á mi jóven adversario por haber encontrado un padrino tan galante como vos.

Distinguia confusamente en las sombras el perfil de Geromo, á quien la oscuridad le hacía tomar por Juan de Armagnac.

—Ea, mi bello contrario, continuó el italiano dirigiéndose al supuesto jóven; mano á la charrasca, si os place, que el día siguiente á una fiesta se tiene necesidad de dormir.

Pasó por la izquierda de Tranquilo, que permanecía inmóvil y silencioso delante de él para acercarse á su nuevo adversario.

Al verle avanzar, Ripaille, llevó instintivamente la mano al pomo de la espada, porque, á causa de su habilidad proverbial en el manejo de las armas, Vicente era quizás el único hombre en el mundo capaz de imponer á Geromo Ripaille.

Pero en este punto habia reciprocidad entre el espadachin de Italia y el soldado mercenario, porque tambien Geromo Ripaille tenia una gran fama de maton. Así es que Vicente Tarquino retrocedió un paso palideciendo cuando hubo reconocido á su contrario.

—¡Estoy soñando! exclamó, ¿estais aquí

para batiros contra las gentes de la Marche, maese Geromo?

—No, absolutamente, maese Vicente, respondió el soldado ocultando su embaraço real bajo un aire de fanfarron. A decir verdad, replicó, yo conozco mas de uno que tiraria de la charrasca, como vos decís, porque ese buen hombre es mi pariente y se puede muy bien cortar algunos vestidos entre gentes de la misma casa sin faltar por eso al respeto debido al señor... pero ya voy viendo, viejo maese Tarquino, que con la edad viene la prudencia, y he venido únicamente porque como serví al duque de Nemours antes de entrar en la casa de Graville, se me antoja ver por mí mismo si se trata de alguna bastardía contra el heredero de Armagnac.

—Cruzaos, pues, de brazos, amigo Geromo, y decídmelo únicamente dónde podré encontrar á ese heredero de Armagnac... porque al pronto me ha parecido que vuestro venerable pariente, que tiene los cascos un poco ligeros, y esto desde hace mucho tiempo, dicho sea sin ánimo de ofenderos, empezaba un discurso de procurador.

—Mi pariente es un hombre respetable, maese Vicente, respondió Geromo llevándose la mano á la cintura; dice que no es regular poner en una misma suerte de dados la mas noble sangre de Francia contra vuestra sangre, señor Tarquino.

—¡Hola! exclamó Tarquino, ¿y es vuestro parecer tambien, maese Geromo?

—Ese es mi parecer, maese Vicente.

Tarquino volvió la espalda y movió un paso hácia sus compañeros, que habian permanecido á caballo.

—Esta es una partida malograda, refunfuñó, perdimos ayer la ocasion, y la fortuna se burla de nosotros esta noche.

—Reverendo, dijo en seguida en voz alta dirigiéndose á Tranquilo, ¿estais seguro de que no vendrá el que llamais Juan de Armagnac?

—Por eso estoy yo aquí en su puesto, respondió Fray Tranquilo.

—¡Por San Bruno! exclamó Tarquino,

cuya ira buscaba un desahogo; cuando se usurpa de ese modo el nombre de un caballero, no se debe obrar como un muchacho cobarde ni prestar su espada al primer histrion que se presente para eambiar en farsa grotesca un duelo á muerte.

El pedagogo permanecía siempre inmóvil, mas sus manos se crisparon sobre el pomo de su espada.

Hasta la noche anterior no habia sentido el corazon del escelente Fray Tranquilo aquel impulso de pensamientos de humildad, de mansedumbre y de misericordia. Mas en aquella noche un hombre á su presencia habia insultado la memoria de su señor difunto, y aquel mismo hombre habia villipendiado y calumniado á la viuda del señor que era para él tan buena y tan virtuosa como las que estaban gozando en el seno de Dios.

Encontrábanse ahora frente á frente de ese hombre que insultaba al hijo como habia ultrajado al padre y á la madre y tenia una espada en la mano.

Su ser entero se reveló y su mejor amigo no le hubiera reconocido cuando estendiendo el brazo hácia Vicente Tarquino, decia:

—¡Tú eres el cobarde, lacayo miserable, calumniador de mujeres y de niños, tú eres el bajo, el embustero y alevel!

Apoyaba una mano en la guarnicion de su espada, mientras que con la otra estendida, parecia marcar la frente del italiano con un sello de ignominia: su talle se irguió noble y casi magestuoso; sus narices hinchadas aspiraban aire con fuerza, y sus ojos lanzaban centellas.

—¡Voto al chápirol decia Geromo para sí, ¡qué soldado hubiera hecho mi primo Tranquilo si los frailes de Miranda no le hubieran narcotizado con su libro mágico!

Tarquino tenia ya el pié en el estribo. En el fondo no era hombre á quien pudiera conmover el apóstrofo de Fray Tranquilo; pero además de que la ausencia del que buscaba le ponía de mal humor, con-



servaba cierta vaga esperanza de terminar aquella noche la aventura.

El rostro de aquel cachorro de león, que se había revelado contra él la víspera en medio de un corro de soldados, estaba siempre ante sus ojos. No era á él á quien podía haber ocurrido aquella sutileza curialesca, ni quien había enviado al sitio de la cita al pobre pedagogo bajo el pretesto de que la sangre de Armagnac valía mas que la de un simple noble.

Esas ideas no ocurren á un jovencuelo de veinte años, y es preciso tener la sangre mas fría que la que puede suponerse en un paje para razonar filosóficamente y discutir con calma sobre si se debe vengar ó no el honor ultrajado de sus padres.

Tarquino no podía saber á punto fijo lo que hubiese ocurrido, pero presumía algo y estaba cerca de adivinar lo que había pasado.

Solo atribuía á Geromo la mitad de la abnegacion de Tranquilo, y era en esto en lo que se equivocaba.

Presumía que se habría dado algun narcótico al niño ó bien que se le tendria encerrado... tal vez madama Blanca, que corría tan de prisa aquella tarde bajo los muros del palacio, le suplicaba de rodillas y anegada en llanto al héroe de aquel cuento de hadas, que no se pusiese la armadura... Si duerme, se decía, ya despertará... si es el amor el que le cierra el paso, fuerza será que un poco antes ó un poco despues se lo deje libre, porque madama Blanca no se encuentra todavía en el caso de pasar una noche entera fuera del palacio.

De este doble razonamiento deducía Vicente Tarquino, que ganando tiempo había probabilidades de llegar á un desenlace mejor.

Un instante permaneció con el pié en el estribo y con la mano asida al pomo de la silla: despues de todo pensó que no sería una tarea inútil la que se tomara, porque si ese grotesco personaje queda ahí tendido, no volverá á hacernos otra como la pasada.

Este fué el fin de sus vacilaciones.

—Reverendo, dijo desenvainando, quiero morir como pagano si me hubiera ocurrido la idea de batirme con vos; pero acabais de insultarme cruelmente, y despues de todo hay algo de verdad en lo que decís en nuestras respectivas situaciones: yo soy el campeón de Graville y vos el campeón de Armagnac, con que Pedro Raoul, levantad esas luces, que va á empezar la funcion.

Tranquilo hizo la señal de la cruz á presencia de todos y se pudo ver que encomendaba su alma á Dios; levantó la espada, tomó la daga con la mano izquierda y se puso en guardia con tanta torpeza como si Geromo Ripaille no le hubiera dado leccion.

Las tres cuartas partes del peso del cuerpo sobre la pierna izquierda, murmuró el soldado que se había aproximado; el puño á lo interior para cubrir la garganta... la punta á los ojos y la daga sobre la cadera.

—Déjame, buen Geromo, interrumpió Tranquilo sencillamente; yo haré segun Dios me ayude, y esto no durará mucho segun espero.

Las armas estaban cruzadas, Vicente se había puesto en esa guardia italiana, que parece calculada en vista solo de la retirada y que desde el principio del combate promete golpes alevés.

Tocó la hoja de Tranquilo, le encontró firme, si no ágil, y principió el asalto jugueteando como si hubiera querido prolongar un espectáculo de salon de armas.

No obstante, la diferencia de las armas y el uso del puñal en la mano izquierda, que duró hasta los tiempos de Luis XIII, la esgrima italiana no estaba del todo en la infancia.

Los caballeros la despreciaban en sus combates y preferían manejar á dos manos la enorme espada cuando renunciaban al uso de la lanza; pero desde el reinado de Carlos el Temerario tenía algun vestigio de asaltos regulares y artísticos, como puede verse en el sencillo historiador de la Bor-

goña, de donde Mr. de Barante ha sacado muy buenos datos y donde se refieren verdaderos términos de esgrima, los trece asaltos que tuvieron lugar en el campo de Perona entre Bartolomé Giola, primo de Campo Basso y el caballero Bernardo, Marcial, señor de Bonne-Vaux.

Este último fué muerto de un puntazo en el falso de la gola, mientras que asestaba un tajo inútil sobre el morrion de Giola.

Mas en nuestro caso la partida era demasiado desigual entre Vicente y Tranquilo: el espadachín de Nápoles podía divertirse á su gusto, porque despues de la tercera partida, el pobre pedagogo no veía ya, no obstante, la luz de las antorchas. No por eso faltaba á la promesa que acababa de hacer de despacharse lo mejor que pudiera. No cejó el buen hombre ni una pulgada, avanzaba siempre dando tajos y mandobles á la ventura, hasta el punto de costar algunas veces no poco trabajo á Vicente Tarquino el evitar la violencia de su choque.

Tampoco sabía Tranquilo si jugaba en tercera ó en cuarta, mas pegaba con buen ánimo, y cada uno de sus tajos perdidos en lo vacío, hubiera podido dividir á un hombre.

Y á medida que el combate se prolongaba, el hombre se iba mas y mas animando: sudaba á chorros, sordos é inarticulados rugidos se exalaban de sus lábios, y como él daba mandobles y su adversario siempre estaba en pié ante él sin lesion ni herida, su imaginacion acostumbrada á las alucinaciones se lanzaba perdidamente por los espacios misteriosos.

Por fuerza á aquel hombre le hacía invulnerable algun encantamiento.

Tranquilo ponía su espada bajo la proteccion de todos los santos, conjuraba al demonio invisible que protegía á su contrario y quería recordar alguna fórmula cabalista que fuese mas aguda que la punta inútil de su espada.

Vicente Tarquino parecía muy diver-

tido, y desde luego no era el lance lo que le tenía mas preocupado: su respiracion ni siquiera se había acelerado.

De vez en cuando desviaba la espada de Tranquilo y se retiraba ora á derecha, ora á izquierda para escuchar.

Mucho rato pasó sin oír nada: las orillas del Sena continuaban silenciosas y desiertas, y á lo lejos, por el lado de la ciudad, veían irse apagando unas tras otras las luces que iluminaban las ventanas, porque la hora de la queda iba á sonar.

Mas en un momento dado Tarquino vió á Geromo que se estremecía y miraba por el lado del Louvre, y oyó un ruido de pasos acelerados en la misma direccion.

El rostro de Tarquino se iluminó con un rayo de satisfaccion porque veía realizadas sus presunciones: era sin duda el cachorro del león que había roto las barras de su jaula.

La preocupacion que se apoderó de maese Vicente fué tan intensa, que casi olvidó á su adversario; y en efecto, muy bien podía defenderse de Tranquilo con los ojos cerrados. Pero en aquel momento acababa de encontrar en su memoria el pedagogo un exorcismo muy eficaz, cuyo descubrimiento duplicaba su coraje.

En el momento que maese Vicente dejaba escapar una exclamacion de alegría, al ver aparecer á la luz de las antorchas el famoso traje rosa y azul del paje de la reina de Saba, la espada de Tranquilo agarrada con las dos manos estaba suspendida sobre su cabeza.

El italiano estaba muerto... el golpe duplicado con la virtud del exorcismo le daba fuerza sobrada para dividir la cabeza de un toro; mas la espada quedó suspendida y Tranquilo vaciló sobre sus piernas, porque la voz de Juan de Armagnac le guió como un rayo.

Juan de Armagnac estaba allí detrás de él, y le decía:

—¡Esa espada es mia!... Tranquilo, eres un desleal servidor.

Tranquilo dejó caer la espada al suelo y se llevó ambas manos al pecho. Geromo Ripaille se espeluznó y tembló como si de súbito le hubiera cogido el frío de una calentura.

La vista de aquel muchacho heróico, hijo de su antiguo señor que venia á reclamar el derecho de morir, despertaba en él con súbita violencia sentimientos que creia desde mucho tiempo estinguídos.

Vicente Tarquino no se reia, fijaba sus ojos en el jóven con ávida crueldad y disimulaba su satisfaccion.

Juan de Armagnac recogió el arma que acababa de desprenderse de las manos de Tranquilo, le mandó retirarse con un ademán imperioso y se colocó en su puesto.

—¡No habia para qué enseñarme el nombre de mi padre! dijo con acento de severa reprension, si tu ánimo era deshonorarme.

Tranquilo seguia cortado. Toda afirmacion resuelta que se producía ante él, dominaba su timidez humilde y modesta; se cruzó de brazos, bajó los ojos á la mirada de su señorito, y murmuró, como siempre, con conviccion:

—Es verdad... no se me habia ocurrido!

Juan Rubio estaba ya en guardia ante Tarquino.

Era cosa digna de verse, y sin embargo, lastimosa, aquel gallardo mancebo en traje de farsa con sus cabellos rizados y lucientes que caian en torno de una frente de niña, frente á frente de aquel soldado de tostada tez, de brazos robustos y de mirada cautelosa y cruel.

Geromo Ripaille hizo un movimiento para lanzarse entre ambos, mas las espadas erugian y gotas de sangre enrojecian el alzacuello de Tarquino.

—¡Bien... Juanito de mi alma! murmuró Geromo entusiasmado al ver la destreza de aquel puntazo; mil veces te he dicho: ¡llegarás á tirar mejor que yo!

—¡Bravísimo! se interrumpió; ha parado

á pié firme una estocada que me hubiera ensartado como á un capon en el asador!... ¡pero no ves, primo Andeol?... ¡atien-de, ¡en mi vida he visto cosa mas bella!...

Tranquilo estaba con las manos cruzadas á la altura de su garganta, con la boca abierta, los ojos puestos en el cielo en actitud de espanto indescripible y de ferventísima oracion; ni siquiera respiraba.

Lo que nos queda que referir del lance, pasó en unos cuantos segundos: las espadas chocaban, lanzando rayos, parando y dando golpes con maravillosa continuidad, y aunque los porta-antorchas á cosa hecha favoreciesen con sus calculados movimientos al traidor italiano, cubierto de acero por todas partes, mientras que á su noble contrario solo le resguardaba la seda sutil de su traje de farsa; el combate iba de parte de este, que se hallaba intacto, mientras que el contrario sangraba por dos heridas.

En este momento se oyó una voz de mujer por la parte del rio, y otra le respondió por entre la doble fila de árboles que subia al Louvre.

—¡Deteneos!... ¡deteneos!... gritaban ambas.

El valeroso mancebo oyó la voz de mujer, y su corazón saltó y se lanzó hácia madama Blanca, á quien habia reconocido; hizo un movimiento, y la espada de Tarquino hirió su pecho.

Blanca de Armagnac por un lado, y Juan Moreno por otro, se lanzaron en el sitio del combate, mientras que el heredero de Armagnac caia sin sentido en los brazos de Tranquilo.

La espada de Juan Moreno cortó de un tajo el brazo de Tarquino, que levantaba el puñal para herir en el corazón al heredero de Armagnac.

Aquello fué ya una confusion: Tranquilo habia recogido á su vez el arma que su pobre señorito acababa de quitarle; y como los dos compañeros de Tarquino se

habian apresurado á apagar las antorchas, cargaba en la oscuridad como un frenético, dando gritos insensatos. Geromo, arrastrado, por el ejemplo de Juan Moreno, se habia puesto francamente del lado de su discípulo y ahijado.

Entre el crugir de las armas y las voces de los combatientes se oia la voz clamorosa de Tranquilo.

—¡Piedad, mi noble y muy amada señora!... Yo le he dejado morir... yo he visto su sangre brotar á torrentes de su pecho... piedad... piedad... piedad!... el último Armagnac ha muerto.

Los gritos confusos se fueron estin-

guiendo: el ruido del combate cesó y se oyó el triple galopar de los caballos de los fugitivos.

Cuando Fray Tranquilo, Juan Moreno y Geromo volvieron al sitio del combate donde habian dejado á Juan Rubio desmayado en brazos de madama Blanca, ya no encontraron á ninguno de los dos.

La voz desconsolada de Tranquilo se oyó de nuevo para llamar á su señorito, pero nadie respondió; el galopar de los caballos se perdió en el espacio, y las orillas del Sena quedaron en profundo silencio.

FIN DEL SEGUNDO TOMO Y DE LA TERCERA PARTE.